

CARTER DICKSON

de

Empezó entre fieras



Lectulandia

«Empezó entre fieras» es una novela originalísima que nos hipnotiza materialmente. Empieza el relato con las fieras del parque zoológico rugiendo al fondo; es decir, empieza entre fieras, pero acaba con la flema de cualquiera. Míster Benton, además de director del parque zoológico de Londres, es un gran aficionado a los reptiles.

Posee magníficos ejemplares, que cuida con pasión de coleccionista de obras de arte, enseñándoselos a sus amigos como si se tratara de hallazgos inapreciables.

Una noche, cuando varios invitados a cenar llegan a su casa, la encuentran vacía. Benton no aparece por ningún sitio. Al fin lo encuentran en una habitación precintada por dentro, con las rendijas de las ventanas y de las puertas tapadas con papel engomado. La habitación está llena de gas venenoso y allí está muerto Benton, en compañía de uno de los ejemplares más valiosos de sus serpientes. Nadie ha podido salir de la habitación después de precintada. Sin embargo, la muerte de Benton no parece suicidio.

¿Se trata de un crimen?

¿Cómo, de ser así, pudo escapar el asesino?

Este alucinante relato es difícil de leer con sosiego. El lector se ve envuelto en la trama, que llega a dominarle, a obsesionarle, a excitarle.

La solución, sencilla, aunque parezca complicada, nos da idea de hasta dónde llega la habilidad del autor para embrollar un caso que, a todas luces, se presenta claro ante los ojos del lector.

Lectulandia

Carter Dickson

Empezó entre fieras

Henry Merrivale - 15

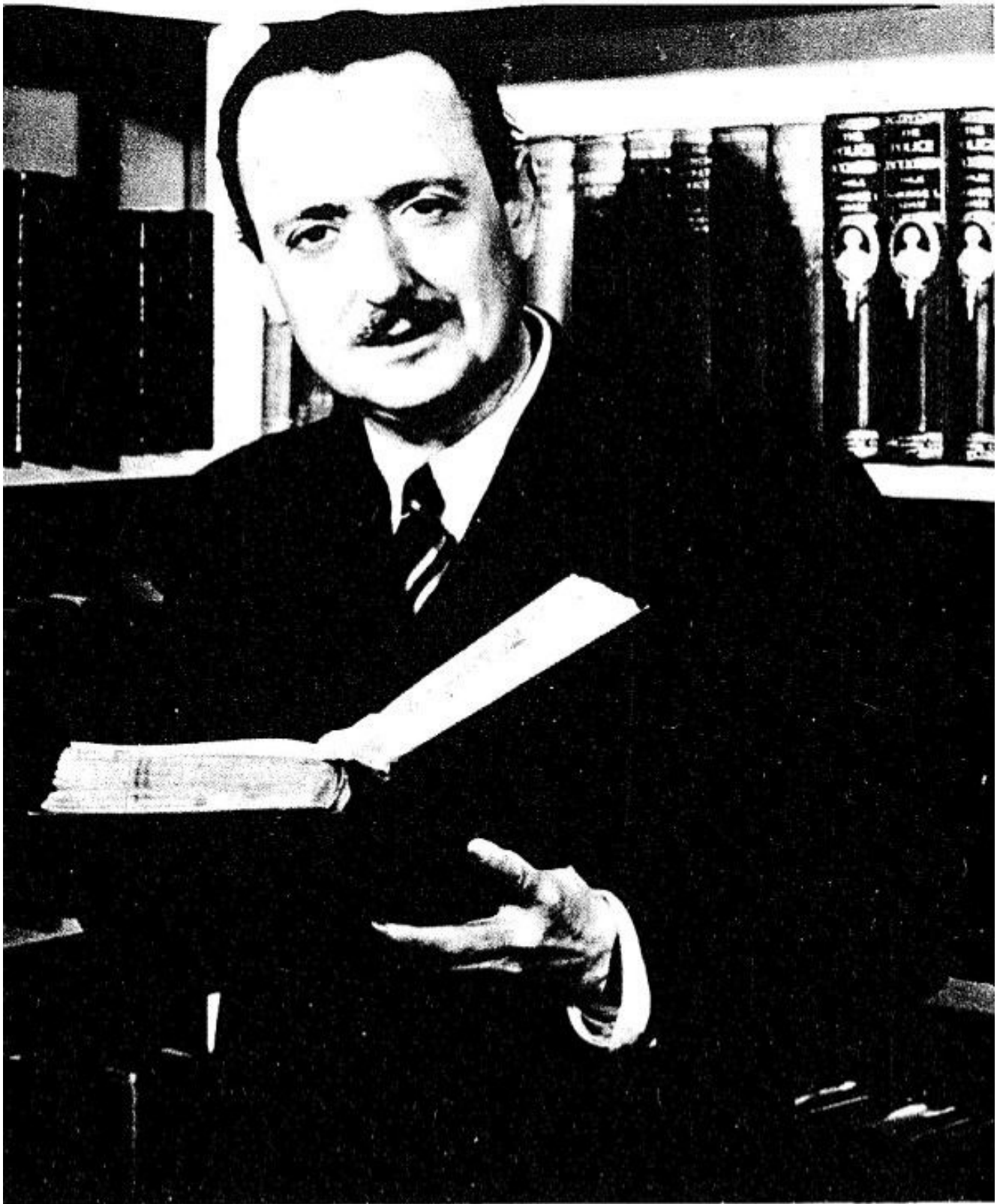
ePub r1.0

Titivillus 07.05.2017

Título original: *He Wouldn't Kill Patience*
Carter Dickson, 1944
Traducción: Francisco Rodríguez Arias

Editor digital: Titivillus
Retoque de portada: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

NOTA PRELIMINAR

CARTER DICKSON

CARTER DICKSON, seudónimo de John Dickson Carr, nació en Uniontown, Pennsylvania, el año 1905. Hijo de un miembro del Congreso, célebre abogado criminalista, que deseaba que su hijo siguiera la misma profesión que él, el pequeño John, siguiendo una línea completamente dispar, decidió dedicarse a escribir novelas policíacas. Para ello utilizó, además de su nombre verdadero, los seudónimos de Dickson Carr y Carter Dickson.

Aparte de numerosas novelas —más de cuarenta—, es autor de una magnífica y bien documentada biografía del creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle.

John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fue honrado con la inclusión en el Detective Club.

Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.

Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fue varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.

J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.

Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.

Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como “H. M.” o “El Anciano”.

La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte han sido y son los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.

John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.

CARTER DICKSON

Carter Dickson, seudónimo de John Dickson Carr, nació en Norteamérica el año 1905. Hijo de un miembro del Congreso, célebre abogado criminalista, que deseaba que su hijo siguiera la misma profesión que él, el pequeño John, siguiendo una línea completamente dispar, decidió dedicarse a escribir novelas policíacas. Para ello utilizó, además de su nombre verdadero, los seudónimos de Dickson Carr y Carter Dickson.

Aparte de las numerosas novelas que lleva escritas, más de cuarenta, es autor de una magnífica y bien documentada biografía del creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle.

Cinco obras constituyen este segundo volumen de Novelas escogidas^[1].

En la primera, Murió como una dama, se nos presenta Carter Dickson como el hábil e inteligente escritor que es, desplegando sus peculiares dotes de argumentista y psicólogo que le han hecho destacarse entre los grandes realizadores de la novela policíaca.

Después de haber estado escuchando la retransmisión de Romeo y Julieta, de Shakespeare, Rita Wainright y su joven amante Sullivan desaparecen, dejando escrita una carta en la que la muchacha dice que, puesto que ha de morir, quiere hacerlo como una dama, igual que Julieta.

Siguiendo sus huellas hasta el acantilado que está próximo a la casa, el anciano doctor Luke, que estuvo de visita con ellos, descubre la muerte de ambos.

Su hallazgo se lo comunica a Alec, el marido de Rita, hombre opulento, de edad madura y que colma a su esposa de joyas.

Alec finge no conocer los amoríos de su esposa con Sullivan, así como su proyecto de fuga con el joven, y dice que la noche del aparente doble suicidio de la pareja —asesinato, en realidad, pues fueron heridos antes de ser arrojados al mar—, él no se movió de su casa.

A un abandonado pabellón de los alrededores llega aquella misma noche, procedente de Londres, Bella Sullivan en busca de su marido.

¿Qué tiene que ver esta mujer, trastornada por el terror, con el drama?

¿Qué papel interpreta en todo aquel conflicto?

El doctor Luke opina que el asesino es un tercer personaje, en tanto que el policía Craft mantiene su creencia en el suicidio, después que uno de los amantes matara al otro; mientras que sir Henry Merrivale sigue otra pista, ayudado por Tom,

hijo de Luke y médico como él.

La pugna entablada por todos los que buscan la solución del conflicto da lugar a escenas movidas, trazadas con maestría absoluta y dominio característico del idioma.

Carter Dickson se apunta con esta novela un tanto a su favor.

La insólita solución del enigma llena de sorpresa al lector.

Empezó entre fieras es una novela originalísima que nos hipnotiza materialmente. Empieza el relato con las fieras del parque zoológico rugiendo al fondo; es decir, empieza entre fieras, pero acaba con la flema de cualquiera.

Míster Benton, además de director del parque zoológico de Londres, es un gran aficionado a los reptiles.

Posee magníficos ejemplares, que cuida con pasión de coleccionista de obras de arte, enseñándoselos a sus amigos como si se tratara de hallazgos inapreciables.

Una noche, cuando varios invitados a cenar llegan a su casa, la encuentran vacía. Benton no aparece por ningún sitio. Al fin lo encuentran en una habitación precintada por dentro, con las rendijas de las ventanas y de las puertas tapadas con papel engomado. La habitación está llena de gas venenoso y allí está muerto Benton, en compañía de uno de los ejemplares más valiosos de sus serpientes.

Nadie ha podido salir de la habitación después de precintada. Sin embargo, la muerte de Benton no parece suicidio.

¿Se trata de un crimen?

¿Cómo, de ser así, pudo escapar el asesino?

Este alucinante relato es difícil de leer con sosiego. El lector se ve envuelto en la trama, que llega a dominarle, a obsesionarle, a excitarle.

La solución, sencilla, aunque parezca complicada, nos da idea de hasta dónde llega la habilidad del autor para embrollar un caso que, a todas luces, se presenta claro ante los ojos del lector.

La tercera novela incluida en este volumen lleva por título Anda de noche, y su autor nos presenta en ella un caso de asesinato perpetrado con una espada de finísimo filo, que ocasiona el decapitamiento de la víctima.

El asesinado es el duque de Saligny.

El misterio más impenetrable rodea este hecho, que causa sensación en los medios sociales a causa de la personalidad de la víctima, estimadísima entre la buena sociedad.

¿Quién pudo asesinarle? Esta es la pregunta que todos se hacen, sin que nadie llegue a dar una contestación precisa.

Carter Dickson, con su maestría acostumbrada, nos presenta una serie de tipos

raros, todos ellos mezclados, más o menos, en este asesinato, sin que haya prueba decisiva contra ninguno de ellos.

Por fin, al cabo de investigaciones fatigosas, se consigue dar con el asesino; pero hasta llegar a ese final, que asombra por lo inesperado, el autor nos hace sentirnos dominados por el terror que se desprende de toda la novela y que llega a alucinarnos como una pesadilla.

Con diálogo conciso, sin prodigar palabras innecesarias ni frases vanas, este relato es buena muestra de la capacidad inventiva de su autor.

Hombre de oro, cuarta novela de este volumen, nos lleva a un mundo de intrigas donde todo está desquiciado.

Los personajes que en ella aparecen tienen aspecto de fantasmas que gravitan en el aire sin lograr posarse nunca en tierra.

El asesinato de Dwight Stanhope cuando intentaba robar en su propia casa es el tema principal de este relato, alrededor del cual gira toda la trama de la obra.

¿Quién apuñaló a Stanhope?

El misterio que envuelve este asesinato lleva consigo el descubrimiento de otros hechos delictivos, que ponen en tensión el ánimo del lector.

Escrita con la sagacidad propia de Carter Dickson, esta novela subyuga desde sus primeras páginas y hace que el lector no la abandone hasta llegar al final.

Betty Stanhope, Nicolás Wood, Vincent James, Christabel Stanhope..., personajes extraños que se mueven cautelosamente en torno de un asesinato incomprensible.

Intriga y emoción son las características de esta obra, que ha sido traducida a todos los idiomas y llevada al cine y al teatro.

Por último, Se alquila un cementerio, como colofón a este volumen de novelas escogidas.

Sir Henry Merrivale, viejo detective inglés, recibe un cable de Manning invitándole a presenciar un milagro en su casa.

El detective se entera por el propio Manning de que desaparecerá en el momento más inesperado sin que nadie sepa cómo, y efectivamente, cuando todos se hallan en la piscina de su casa, Manning se arroja al agua y desaparece sin dejar rastro.

¿Qué ha sucedido?

Hipótesis y cábalas surgen por todas partes.

El misterio, a medida que va pasando el tiempo, se hace más impenetrable.

Sir Henry trata por todos los medios de esclarecer un caso como nunca se le presentó otro. Investiga, pregunta, inquiere...

¿Cómo pudo desaparecer Manning en el interior de una piscina con todo el mundo presente?

Este es el caso que Carter Dickson presenta en esta alucinante novela que deja atónito al lector, pues en ella van aunados el misterio con el interés, la fantasmagoría con la realidad, lo real con lo inverosímil.

Con un diálogo conciso, Carter Dickson nos arrastra hasta el final de la novela, dándonos una solución inesperada e incomprensible, pero verdadera.

Salvador Bordoy Luque.

Su idilio —si es que así puede llamarse— comenzó en la Casa de los Reptiles del Parque Zoológico Royal Albert.

El viejo Mike Parsons lo vio empezar, y se quedó pasmado de asombro. En la larga historia del Royal Albert, de Remington Gardens, no se había conocido un acontecimiento semejante desde que *Jezabel*, la tigresa, estuvo a punto de escaparse de su jaula en el otoño de 1904.

No es exactamente que a Mike Parsons le disgustasen las emociones, no. Es que Mike era un misántropo. Llevaba muchísimo tiempo de guardián en aquel lugar, pero le desagradaba el Zoo, le desagradaban los animales y, en una palabra, todo en general.

Cuando los niños, excitados, reían ante los pingüinos, parloteaban de los osos polares o contemplaban con los ojos muy abiertos la jaula de los leones, Mike se sentía molesto. Aquello era bastante desagradable de por sí en tiempo de paz; ahora, en los comienzos de una guerra, Mike no podía quitar la vista del cielo.

Sin embargo, la Casa de los Reptiles, principal atracción del Royal Albert, le resultaba algo mejor; solamente un poquito mejor. No porque a Mike le gustasen los reptiles, los insectos o los saurios que había bajo aquel famoso pavimento de cristal, sino porque experimentaba cierto extraño sentimiento de compañerismo hacia todos ellos, valga la frase. A veces, se detenía ante el iluminado departamento de vidrio que encerraba en su interior a la serpiente de cascabel, de lomo cubierto de manchas romboidales, y se quedaba contemplando al crótalo, que le devolvía la mirada sin pestañear, mientras su fina lengua, semejante a una tira de goma, salía de su boca con un seco movimiento.

—Tú lo sabes —decía Mike, dirigiéndose al reptil—, tú lo sabes.

Y lanzaba una feroz mirada a cualquiera que anduviese por allí cerca. Esto valió a Mike su reputación de fidelidad y escrúpulo en el trabajo.

—Mike tendrá sus defectos —declaraba míster Edward Benton, director del Royal Albert—, pero está muy encariñado con su trabajo y con todos los que estamos en el Zoo.

Los visitantes de la Casa de los Reptiles —edificio de ladrillo encarnado, de un solo piso, situado enfrente de la jaula del león— veían a Mike, en pie ante la puerta o rondando detrás de ellos, mientras daban vueltas por el interior del edificio. Su mostacho gris y las fieras miradas con que los obsequiaba eran la causa de que muchos de los visitantes apresurasen su marcha. A pesar de ello, había dos clases de visitas sobre las que su presencia no causaba el menor efecto: los niños y los

enamorados. Y existía una buena razón para que estos últimos frecuentasen aquel lugar: el interior de la Casa de los Reptiles se hallaba casi a oscuras.

Su única iluminación —un resplandor amarillento y fantástico— procedía de las luces que había bajo el cristal. En una especie de caverna, en cuyo centro había un bloque cuadrado, de forma que era preciso caminar a su alrededor para visitar el local, se veían departamentos de cristal cuya iluminación contrastaba con las oscuras paredes. En estos departamentos brillaba una gran variedad de escenarios: rocas, árboles artificiales, selvas; todo ello poblado de pequeños monstruos.

Una vez al día —desde las dos a las cuatro de la tarde— se encendían las luces que había bajo el suelo de cristal para mostrar al público la gran atracción del edificio, que consistía precisamente en su pavimento de vidrio grueso, liso, irrompible.

Se amonestaba severamente a los niños para que no patinasen sobre él, aunque siempre lo hacían. (Esto disgustaba a Mike). Y más de un adulto imprudente entraba de prisa, resbalando y cayendo al suelo. (Esto placía a Mike).

Cuando se encendían las luces bajo el pavimento de cristal, los visitantes podían contemplar, tras el vidrio, una charca cenagosa, donde se arrastraban los cocodrilos. Era una magnífica reproducción del natural, que arrancaba exclamaciones de admiración a todo el mundo, menos a Mike. En aquellos momentos la Casa de los Reptiles se convertía en un lugar brillantemente iluminado, cuya luz lanzaba hacia el techo las sombras de los visitantes en un fantástico desorden, mientras se escuchaban los gritos de los niños y Mike los vigilaba rondando entre el público.

Pero, a excepción de estos momentos, la Casa de los Reptiles permanecía tan oscura y sombría como podía desearse, con sus rincones llenos de ecos furtivos y resplandores fugaces. Entonces era cuando los enamorados iban por allí.

—No es que ellos vengan aquí para hacerse el amor —solía decir uno de los guardianes—; pero cuando se encuentran dentro piensan que no es mala idea detenerse un poco, refrescarse y... todo lo demás.

Las opiniones de este comprensivo filósofo no influían en absoluto sobre Mike. No le gustaban los enamorados, mas cuando vio a la joven aquella tarde entró en sospechas inmediatamente.

Era la suave y hermosa tarde del día 6 de septiembre de 1940. Mike se hallaba a la entrada de la Casa de los Reptiles, vestido con su uniforme gris y contemplando al escaso público que había en el exterior. Lo cierto es que se encontraba un poco abstraído, pues hasta su diminuto cerebro se hallaba afectado por la intranquilidad que reinaba entre todo el personal del Royal Albert.

Angus MacTavish, el portero mayor, había expresado la opinión general aquella misma mañana.

—Estoy pensando —anunció gravemente— que pronto comenzarán los *raids* aéreos. Eso no me gusta nada.

Hubo un largo silencio.

—Si hay *raids* —la voz de otro de los guardianes dio vida a la inquietante pregunta—, ¿qué se va a hacer con las fieras? —se refería a las de mayor tamaño—. ¿Y con los elefantes y las serpientes?

Nadie respondió. En la mente de todos estaba presente el peligro del fuego más aún que el de las bombas. Las fieras odian el fuego: los felinos se vuelven locos, los elefantes patean furiosamente, y en cuanto a los reptiles...

—Después de todo, las fieras tienen guaridas de cemento y jaulas de acero —indicó alguien—. Pero ¡los reptiles...! Hay serpientes y arañas venenosas, insectos ponzoñosos encerrados solamente en cajas de cristal. Si el vidrio se rompe, se esparcirán por todo South Kensington. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

Al llegar a este punto, todos dirigieron sus miradas hacia Mike, que era el guardián de la Casa de los Reptiles. La respuesta de este fue característica:

—Lo más probable es que los maten a todos —dijo.

En realidad, jamás había pasado por la imaginación de Mike creer tal cosa. Mister Benton, director del Royal Albert, era un herpetólogo; su afición principal era el estudio de los reptiles, y nunca —pensaba Mike— permitiría que hiciesen aquello con sus serpientes. ¡Desde luego que no!

Sin embargo, aquello le daba vueltas en el cerebro, infiltrando en él una duda fría y persistente. Por muy desagradable que fuese, por mucho que odiase al Zoo, no sería nada divertido perder su empleo a los sesenta años. Porque, a pesar de que el Parque no era de los más grandes, tendrían que cerrarlo mientras durasen las actuales circunstancias.

Estas eran las razones por las que Mike, en aquella hermosa tarde del mes de septiembre, se hallaba a la puerta de la Casa de los Reptiles, con las manos cruzadas a la espalda y haciendo crujir las articulaciones de sus dedos. Miró al plateado globo de barrera que se divisaba hacia el Oeste y frunció el ceño. Estaba colérico y de un humor negro cuando percibió por vez primera la presencia de la muchacha que caminaba hacia él. A primera vista, parecía una muchacha bonita y, tal vez, un poco descarada. Pero no era esto solo lo que se notaba en ella.

La joven parecía sumida en una especie de éxtasis, sin darse cuenta de la dirección que llevaba. Caminaba en línea recta entre la ruidosa muchedumbre, con la mirada perdida en el vacío y concentrada en sí misma. Sus labios parecían moverse sin emitir sonido alguno. Una sola vez se detuvo y, como si se recobrase, hizo un gesto tan majestuoso que llamó la atención de un chiquillo, aunque ella no manifestó el menor interés.

Mike no podía catalogarla. Su rostro, de frescos colores; sus ojos, de un color verde gris; sus espesas pestañas y el cabello castaño, que caía sobre sus hombros en una larga melena, despertaron las peores sospechas en el viejo guardián. Sin embargo...

Su vestido, que consistía en una camisa azul de lana y unos pantalones de pana, de uno de cuyos bolsillos sobresalían unos guantes blancos de algodón, sugerían la

idea de trabajo, aunque sin precisar la clase del mismo. Mike consideró que exhibía demasiado de su persona, pero ella parecía ignorarlo por completo. Por otra parte, parecía no darse cuenta de nada absolutamente, caminando en línea recta hacia Mike, casi hasta chocar con él antes de despertar.

—Per... perdone —balbució la muchacha, levantando hacia él sus velados ojos y una boca de las comúnmente denominadas generosas—. ¿Puede usted...? Quiero decir, ¿tiene usted la bondad de indicarme adónde puedo encontrar la Casa de los Reptiles?

Mike no se dignó contestar. Señaló con el dedo por encima de su cabeza el lugar sobre la puerta donde aparecían grabadas en la piedra las palabras *Casa de los Reptiles*, con letras de casi sesenta centímetros de altura.

—¡Ah, sí! —murmuró la muchacha—. ¡Sí, sí!

Hizo otro majestuoso ademán y, cayendo de nuevo en su especie de letargo, subió corriendo los escalones y entró en el edificio.

Mike se la quedó mirando, murmurando un juramento. Pero lo que le hizo decidirse, lo que confirmó todas sus sospechas, fue la persona a quien vio un minuto después: el joven que parecía seguir a la muchacha.

—¡Dios me asista! —murmuró Mike, renegando de todo aquello.

El joven caminaba también en éxtasis e iba hablando solo. Era un individuo de aspecto al par tétrico y byroniano, lo que le hacía llamar más la atención. «Un petimetre», pensó Mike. El traje gris que vestía estaba admirablemente cortado, y en la corbata llevaba los colores de su colegio. Sin embargo, tanto el traje como la corbata estaban arrugados, y él parecía haber olvidado afeitarse aquel día, lo cual le daba un aspecto siniestro al caminar a grandes zancadas.

En su mano derecha llevaba un maletín de cuero. Movía los labios en la misma forma que la muchacha, aunque él hundía la barbilla en el pecho y parecía estar pronunciando un discurso. Solamente una vez se enderezó y volteó el maletín por encima de su cabeza, dejando atónito y fascinado a un chicuelo.

—Mamá —exclamó el pequeño, dirigiéndose a su madre—, ¡mamá, mira!

El joven no oyó nada. Continuó su camino en dirección a Mike, tropezó en el primer escalón, se rehízo después de un instante de sobresalto, y luego, con voz profunda y bien timbrada, dijo:

—Perdone. ¿Puede usted decirme...?

Mike señaló hacia arriba. Los ojos del joven siguieron la dirección del dedo y, finalmente, comprendió.

—¡Ah, sí! —dijo—. Sí. ¡Claro! ¡Desde luego!

Por un momento permaneció asintiendo con la cabeza, sumido en sus profundos pensamientos. Se habría dicho que comenzaba a meditar de nuevo el principio de su silencioso discurso. Mike, preciso es confesarlo, comenzaba a estar un poco inquieto; era como si estuviese ante un...

Enderezándose y jugueteando con su descuidada corbata, el joven sin afeitar

lanzó un profundo suspiro. No parecía darse cuenta de la presencia de Mike. Hizo otro amplio gesto con el maletín y, de repente, comenzó a hablar en voz alta. Era una voz que parecía salirle de lo más profundo de la garganta; no era una voz muy alta, pero vibraba en el espacio abierto ante la Casa de los Reptiles.

—Por nada del mundo te engañaría —declaró.

—¿Cómo, señor?

—Todo está claro —prosiguió la voz incorpórea—. Todo está a la vista de todos. Todo puede explicarse sencillamente. Lo he dicho antes y lo repito nuevamente, antes de ofrecerte lo que te voy a ofrecer: no hay engaño alguno.

—¡Eh! ¡Oiga, caballero!

—¡Santo Dios! —exclamó el joven, volviendo a la realidad y pasándose la mano por la frente—. Lo siento, estaba hablando solo. No pretendía...

Se veía a las claras que no encontraba las palabras. Rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó media corona, que alargó a Mike. Después, con una lúgubre sonrisa que iluminó su agitado rostro con el relampagueo de unos dientes blanquísimos, subió apresuradamente los escalones en persecución de la joven.

¿Encuentro amoroso? ¿Cita? ¿Pasatiempo?

De lo que Mike no tenía la menor duda era de que estas dos personas tenían alguna relación entre sí, y habían ido allí para encontrarse. Conocía los síntomas. La misma media corona hablaba de soborno y corrupción, pero no llegaba a producir ningún efecto sobre Mike cuando este se encontraba realmente abatido. Comenzó a subir los escalones en su persecución.

A las dos menos cinco de la tarde todavía no habían sido encendidas las luces situadas bajo el suelo de cristal. La muchacha, según pudo comprobar Mike, había torcido hacia la izquierda, mientras que el joven se dirigió hacia la derecha. Si los dos circulaban alrededor del bloque central de departamentos de vidrio, que se elevaba como un sólido muro desde el suelo hasta casi tocar el techo, se encontrarían, sin remedio, en algún punto situado al final del vestíbulo.

Mike aceleró su persecución, dejando atrás multitud de formas desagradables en aquella semi-penumbra. Dejó atrás la brillante y maligna serpiente coral (*micrurus fulvius*). Pasó ante la famosa mamba negra (*dendraspis augusticeps*), que no es negra, sino verde oliva. Pasó ante la oscura mocasin de agua (*akistrodon piscivoras*) dentro de su tanque, lleno de blancas burbujas. Pasó ante la gran araña *aviculariida*, erróneamente denominada tarántula, que miraba a través del cristal con sus brillantes ojos múltiples.

Fue al final del vestíbulo, frente al departamento que contenía a la cobra, donde Mike encontró lo que iba buscando. El joven estaba, en pie, frente al departamento, mirando atentamente a su interior y de espaldas a Mike. A un lado de este espacio central había un panel iluminado, tras el cual estaba el monstruoso gila (*heloderma suspectum*), semejante a una pesadilla. En el departamento del otro lado había un lagarto tropical (*ameiva ameiva*), cuyos ojos escamosos e hinchado cuerpo, rayado de

amarillo, le hacían aparecer aún más horrible.

Pero la cobra, una grasienta masa blanca y negra, dormida entre rocas artificiales, era la principal atracción de aquel lugar. Y allí fue donde Mike Parsons recibió la primera de sus muchas sorpresas, pues el joven parecía realmente interesado en aquella serpiente.

¿Le interesaban las serpientes?

Abriendo su maletín, el joven sacó un cuaderno de dibujo y un lápiz. Mike vio moverse el lapicero rápidamente durante unos veinte segundos, pero el joven no parecía satisfecho. Levantó los hombros, movió la cabeza y pareció murmurar algo, arrojando el cuaderno y el lápiz dentro del maletín.

Entonces, hacia su izquierda, se movió una sombra.

La muchacha de la camisa de lana azul y los pantalones de pana color castaño, con las manos en las caderas, se deslizó suavemente, pasando ante la claridad que irradiaba el departamento que contenía al gila (*heloderma suspectum*). Mike podía verla perfectamente.

Ahora no parecía estar sumida en un éxtasis. Los ojos verde-gris estaban dilatados y no se apartaban del joven. Respiraba profunda e irregularmente, como con furia concentrada.

«Riña de enamorados, ¿eh? Él se disgustó con esta *pájara*, y ahora está ensayando sus excusas para hacer las paces. ¡Perfectamente!».

Durante un momento pareció imposible que la muchacha pudiera dominarse. Mike casi esperaba que se abalanzase al cuello del joven. Únicamente la natural dignidad, o tal vez otra clase de sentimiento, fue lo que la contuvo. Pero era evidente que estaba preparando algunas palabras hirientes y memorables. Deslizándose furtivamente, avanzó hasta situarse dentro del campo visual del joven, y lenta y deliberadamente se cruzó de brazos, hablando con mesurado énfasis:

—¿Qué hay, míster Carey Quint? —dijo.

El joven se volvió rápidamente. Un observador desinteresado hubiera dicho que parecía sinceramente asombrado.

—¡Santo Dios! —exclamó; y, quitándose el incalificable sombrero que llevaba, se la quedó mirando. Transcurrieron varios segundos antes que respondiese—: ¡Oiga! Usted es Madge Palliser, ¿verdad?

La joven echó hacia atrás la cabeza.

—¡Como si usted no lo supiera! —respondió con amargo acento.

—¡Maldita sea! ¡Pues no lo sé! —protestó míster Carey Quint, y quedó mirando a la joven de nuevo—. Después de todo, yo no la he visto más que en fotografías, y he de añadir que..., ¡hum!, no la favorecían mucho. ¡Ah, ah!

Miss Madge Palliser cerró los ojos.

Debemos dejar sentado que las palabras «¡Ah, ah!» carecían absolutamente de significado y que eran, única y exclusivamente, producto del nerviosismo del joven. Fueron pronunciadas a falta de otra cosa mejor que decir. Pero una mujer, especialmente una mujer en el estado de ánimo en que se encontraba miss Palliser, pocas veces oye lo que realmente se dice: oye lo que espera oír.

—¿Se da usted cuenta, míster Carey Quint —preguntó la muchacha con su mesurado tono de voz—, de que no se ha afeitado hace quince días? ¿De que necesita que le planchen la ropa? ¿De que su corbata está deshilachada por los bordes? En una palabra: ¿se da usted cuenta de que, por lo que a su aspecto personal se refiere, se parece como dos gotas de agua a *eso*? —y extendió un índice tembloroso señalando al lagarto del trópico americano, que se encontraba a la derecha del joven.

Este se inclinó un poco para ver hacia dónde había señalado.

El lagarto tropical americano (*ameiva ameiva*) parpadeó y masticó algo con sus descoyuntadas mandíbulas. La comparación era francamente injusta, y míster Carey Quint comenzaba a perder la paciencia.

—¿No sería mejor que dejásemos a un lado mi aspecto personal? —sugirió.

—Entonces, ¿será tan amable que deje también a un lado el mío?

—¡Vamos! Yo no he dicho nada sobre su aspecto personal.

Miss Palliser arqueó las cejas.

—¿De veras? —murmuró—. Pues me pareció, digo que me pareció, que pronunció claramente una exclamación: «¡Ah, ah!».

—Dije «¡Ah, ah!», pero no quise decirlo en ese sentido.

—No es que eso sea de gran interés —dijo miss Palliser—, pero ¿puedo preguntarle qué quiso usted decir exactamente?

Míster Quint extendió las manos.

—En realidad —contestó—, es usted una agradable sorpresa. De veras. Claro que he visto sus fotografías, pero pensé que estaban retocadas con fines publicitarios. Realmente creí que sería usted un adefesio.

La joven se le quedó mirando.

—¡Es usted detestable! —gritó con apasionamiento—. ¡Dios mío! ¡Qué detestable!

—¡Escuche! —exclamó el joven tragando saliva.

Miró a su alrededor, buscando inspiración, como determinado a mostrarse razonable, pero no halló nada que le inspirase. Sus ojos no vieron más que la cobra, el monstruoso gila y el lagarto americano. Un cartel colocado en el departamento de este último manifestaba que era conocido como el «corredor del desierto», debido a su extraordinaria rapidez. Míster Quint colocó cuidadosamente su maletín en el suelo.

—Antes de seguir adelante —dijo—, y antes que digamos cosas de las que después nos arrepintamos, desearía hacerle una sugerencia. ¿Me lo permite?

—No. ¿Qué es?

Míster Quint suplicó.

—¿Por qué no hemos de acabar de una vez con esta maldita y estúpida enemistad? —preguntó.

—¿Estúpida enemistad?

—Durante tres generaciones —continuó el joven— su familia y la mía han estado siempre a mal. ¿Por qué?

—Porque la familia Quint, empezando por su bisabuelo...

—¡Espere! —suplicó el joven—. ¡No lo diga! ¡Esa no es la mejor manera de empezar!

—Lo siento. Tal vez pueda usted indicarme cuál es la mejor forma de hacerlo.

El joven se serenó. Con el fin de dar mayor énfasis a sus palabras, golpeó con la palma de la mano la superficie de cristal tras la cual se encontraba la cobra.

—Esta enemistad —continuó— ha sido un verdadero escándalo público, sin contar lo que ha hecho reír a la gente. Nos hemos peleado, nos hemos insultado en los periódicos, nos hemos pegado en las calles, hemos pleiteado, y todo ¿por qué? Pues simplemente porque su bisabuelo tuvo un disgusto con el mío en el año mil ochocientos setenta y tres.

La mirada de miss Palliser comenzaba a suavizarse.

—Mil ochocientos setenta y cuatro —corrigió.

—Está bien. Mil ochocientos setenta y cuatro. La cuestión es: ¿importa eso?

—Si el honor de la familia —dijo la joven—, si el honor profesional significan tan poco para usted como para el resto de los Quints...

De nuevo el joven golpeó con la mano sobre el cristal. La cobra pareció algo molesta; sus grasientos anillos, blancos y negros, se deslizaron ligeramente hacia adelante entre las rocas artificiales.

Mike Parsons estaba furioso, pero el joven no le prestó atención.

—¡Que reviente el honor de la familia! —exclamó—. Me apuesto algo a que nadie, ni una persona entre diez de cualquiera de los dos bandos, sabe cuál fue el motivo de la riña.

—Yo se lo puedo decir a usted, míster Carey Quint. Su bisabuelo...

—¡No lo diga!

«¡Pam!». De nuevo su mano golpeó sobre el cristal.

—¡Diré lo que quiera! —exclamó miss Palliser—. Su bisabuelo acusó al mío de ser un ladrón.

—Bueno, ¿y qué?

—Supongo que usted dirá, míster Carey Quint, que mi bisabuelo era un ladrón, ¿no? ¿Que él exhibió a Fátima antes que el suyo?

—Si quiere conocer mi opinión más sincera —gruñó el joven—, no lo sé.

—Comprendo que será difícil —replicó la muchacha—, pero trate de darme una respuesta.

—Si lo que desea usted es conocer mi verdadera opinión, le diré que sí. Dudo que su respetado bisabuelo tuviese talento suficiente para ejecutar todo aquello por sí mismo.

—Abel Palliser —gritó su enojada bisnieta— era la cabeza de nuestra profesión. ¡Fue un gran artista!

—Fue el primer hombre que cortó a su esposa por la mitad con una sierra. Lo admito.

—Gracias.

—Pero eso fue todo lo que hizo. Su «guillotina mejorada» resultó un camelo, y su «cámara china de tortura», un fracaso.

Al llegar a este punto, Mike casi se tambaleó.

—Usted sabe —dijo la joven con las mandíbulas apretadas— que la frescura de ciertas gentes me hace..., me hace... —no podía encontrar la palabra adecuada. Era demasiado para ella—. ¿De modo que quiere enterrar el hacha de la guerra? ¿Quiere usted liquidar la cuestión ahora y para siempre?

—Sí.

—Sin embargo, ha tenido la audacia de llamar ladrón a mi bisabuelo y, deliberadamente, está usted pensando al mismo tiempo en robar un truco que es propiedad de mi familia, ¿no?

El joven la miró con fijeza.

—¿De qué demonios está hablando? —preguntó.

—Usted sabe perfectamente de lo que hablo.

—¡Que el diablo me lleve si lo sé! ¡Explíquese!

«¡Pam!». Otro golpe sobre el vidrio.

La cobra comenzaba a disgustarse, según podía apreciar cualquiera. Una diabólica cabecita se levantó y empezó a balancearse con maligna coquetería. La

aplastada caperuza le daba el aspecto de un estúpido rostro provisto de gafas. Es de notar que el gila y el lagarto americano estaban disgustados también.

—¿Puede negar —preguntó la muchacha— que dentro de una semana va a estrenar en su programa el número «las serpientes que desaparecen»?

—¡Naturalmente que no lo niego! Lo haré, esto es —señaló hacia los departamentos de vidrio—, si encuentro los modelos adecuados. Los que tengo ahora no acaban de satisfacerme. Pensé que si yo hago algunos bocetos y consigo que Pedronne me construya los modelos...

—¡Ladrón! —le apostrofó miss Palliser—. ¿No sabe que el número de «las serpientes que desaparecen» fue inventado por mi tío segundo Arthur?

Míster Carey Quint inclinó la barbilla sobre el pecho con un aire de ofendida dignidad, que corría parejas con el de la joven.

—Perdone —dijo el joven con voz de bajo profundo, que resonó lúgubrememente en la Casa de los Reptiles—. El número de «las serpientes que desaparecen» fue inventado por Eugene Quint, mi padre, hace exactamente dieciocho años.

—¡Ja, ja, ja! —se burló miss Palliser.

—¡Le digo que fue inventado por mi padre y puesto en escena en los «Misterios de otoño mil novecientos veintidós»! ¡Y, lo que es más, puedo probarlo!

—¡Ja, ja, ja! —repitió miss Palliser.

—Las serpientes artificiales que utilizó —dijo su compañero casi a gritos— fueron construidas bajo la dirección del herpetólogo de este mismo Parque Zoológico. Si este hombre está todavía aquí, confirmará lo que digo. ¡Yo lo recuerdo! ¡No tenía a la sazón más que doce o trece años, pero lo recuerdo perfectamente! El...

—¡Ja, ja, ja! —volvió a burlarse miss Palliser.

Carey Quint se detuvo; bajó la cabeza otra vez como para serenarse.

—¿Sabe una cosa? —preguntó con distinto tono de voz. Era un tono indiferente, como si las barreras que existían entre ellos se hubiesen venido abajo—. La semana próxima haré mi primera aparición en un escenario, y desearía no haber tenido nunca nada que ver con esta infernal profesión.

La joven abrió mucho los ojos. Ahora no fingía; estaba realmente sorprendida y un poco sobresaltada.

—¿No quiere debutar la semana próxima?

—Le aseguro que no.

—Supongo que se deberá a los nervios.

—Sí, estoy nervioso, lo confieso. No hago más que ensayar mi papel y aclararme la garganta, pensando qué será lo que salga mal. Y estoy despierto toda la noche a causa del miedo que tengo. Pero eso no es lo peor. Yo no he nacido para esto.

Fue como si hubiese blasfemado contra una cosa sagrada.

—¿No le gusta? —preguntó la joven con incredulidad.

—Como pasatiempo o como juego, sí; pero como trabajo serio, no. Tengo un miedo tan infernal a ese *début*, que me despierto por las noches bañado en sudor frío.

—Entonces, ¿por qué demonios lo ha escogido?

—Supongo que ha sido a causa de la presión que me ha hecho la familia. Soy el último de los Quints, lo mismo que usted es la última de los Pallisers. ¡La real familia de la profesión! ¡No reniegues de los antepasados! Pero a nadie se le ha ocurrido pensar nunca que yo pudiera desear una vida y una profesión a mi gusto.

—¡Oh! ¿Y qué es lo que quiere hacer usted?

Una suave y engañosa dulzura impregnaba el acento de la joven. Sus ojos verdegris, la naricilla corta, la redonda barbilla y los labios entreabiertos, enmarcados por el oscuro cabello castaño, le daban una apariencia llena de ingenuidad e interés. Carey, erróneamente, lo tomó por simpatía. Su voz, como la de Hamlet, adquirió un tono amargo.

—Voy a confiarle un secreto —confesó—: quiero ser criminalista.

—¿Qué es lo que quiere ser?

—Deseo estudiar el crimen, ingresar en la Policía, si puedo, y abrirme camino en ella. Esa ha sido la gran ambición de mi vida.

—¿Por qué no lo ha hecho?

—No me dejaron. ¡Malditos sean!

—¿Quiere decir que su familia no lo consintió?

—Exactamente.

La muchacha se inclinó hacia él.

—¡El señor quiere ser detective! —dijo ella con un cambio de tono en su voz que hizo dar un salto al joven—. ¡El señor quiere ser detective —volvió a susurrar miss Palliser con una voz dulce como la miel—, y su antipática familia no le deja! No le permite separarse de sus faldas para que detenga a los grandes criminales —su voz se elevó en una especie de chillido—. ¡Oh! ¡Pobre muchacho, pobre muchacho!

Aquello era demasiado.

Si Madge hubiese tenido algunos años más, se habría dado cuenta de que hay un tono especial que nunca debe emplearse para hablar a los hombres. No pueden perdonarlo y, a veces, suele ser la causa del asesinato conyugal. Emplear este tono es la forma más segura de provocar una explosión. Y por si las cosas no estaban ya lo suficientemente mal, aquel fue el momento que eligió Mike Parsons para intervenir.

Mientras Carey Quint daba un golpe final sobre el vidrio, que hizo escupir a la cobra y saltar al lagarto, Mike se adelantó.

—¡Debiera avergonzarse de sí mismo! —gruñó Mike—. ¡Atormentar así a estas pobres criaturas!

El joven se volvió, encolerizado.

—¿Quéee?

—¡Atormentando a esas pobres criaturas, sí! —dijo Mike señalando a la cobra, que tenía un aspecto de lo más inocente—. ¡Insultando a esta señorita! ¡Llamando la atención! ¡Y no me diga que no, porque lo he visto!

Estaban tan enfrascados en la discusión, que no se daban cuenta de lo que sucedía

a su alrededor.

Habían dado las dos. Bajo el grueso pavimento de vidrio, ligeramente verdoso, se encendieron centenares de lámparas eléctricas, que convirtieron el suelo en un lago de luz, proyectando las sombras hacia el techo e iluminando los rostros de Madge Palliser, Carey Quint y Mike Parsons, al igual que a la cobra, que se balanceaba un poco más lejos. También reveló la presencia de un nuevo visitante, que acababa de entrar en la Casa de los Reptiles.

Era un hombre alto y grueso, vestido con un traje de hilo blanco, que caminaba con paso majestuoso. Bajo el brazo llevaba un panamá de forma detestable, y el hecho de no llevar el sombrero puesto permitía ver una cabeza grande y calva, unas gafas a caballo sobre una ancha nariz y una expresión de tan diabólica ferocidad que ganaba a la de Mike. En la mano izquierda, el recién llegado llevaba una bolsa de papel llena de cacahuets. Con la mano derecha iba extrayéndolos y se los metía en la boca con una mueca horrible, que recordaba la de un tiburón o la de una tortuga. Distanciado y desdeñoso de la gente vulgar, se movía majestuosamente entre las filas de ejemplares del local. Pero al oír las frenéticas voces que procedían del otro lado del vestíbulo, se detuvo.

Mike Parsons amenazó a míster Quint con un dedo.

—¿Sabe usted lo que yo debiera hacer? —preguntó—. ¡Debiera hacerle arrestar!

Míster Quint no dijo nada.

—¡De forma que tratando de romper los cristales!, ¿eh? —prosiguió Mike—. ¿Sabe lo que va a hacer ahora mismo? Pues venirse conmigo, ¡y aprisa!

El joven recobró, por fin, el uso de la palabra.

—¡Fuera de aquí! —exclamó, aunque no en voz muy alta.

—¡Y tendrá que explicárselo todo a míster Benton, el director del Parque! —continuó Mike—. ¡Tratar de romper los cristales!

—¿Se acabará usted de ir? —preguntó Carey con voz siniestra.

—Pero ¿es que cree usted que puede echarme de aquí? —gritó Mike.

—Entonces, ¿no va a marcharse? —preguntó el joven.

—¡No!

—Muy bien —dijo el joven, echándole mano.

—¡Espere! —gritó miss Palliser, evidentemente conmovida por una repentina sensación de catástrofe—. ¡Espere! ¡No! ¡Por favor, no lo haga!

Pero ya era demasiado tarde.

La tranquilidad de maneras de míster Quint contrastaba con la violencia de su acción. Adelantó su largo brazo izquierdo y sus dedos se cerraron sobre la parte posterior del cuello de Mike. Después apoyó su mano derecha sobre el rostro del guardián, colocando la palma en la barbilla de aquel. Míster Quint ajustó los dedos sobre la cara del otro con el mismo cuidado que pone un fotógrafo al colocar a su cliente o un jugador de *cricket* al asir una pelota.

—¿De forma que yo estaba tratando de romper el cristal? —gritó míster Carey

Quint. Y le dio un poderoso empujón.

Mike salió despedido hacia atrás como disparado por una catapulta. Su espalda chocó contra la caja de cristal que contenía al lagarto tropical americano (*ameiva ameiva*); se oyó un crujido de cristales rotos capaz de destrozar los tímpanos en aquel espacio cerrado, y después los acontecimientos comenzaron a sucederse rápidamente.

—¡Miren! —gritaba miss Palliser—. ¡Ese horrible bicho amarillo y negro se está escapando!

Mike Parsons, aturdido, se deslizó hasta quedar sentado en el suelo. El lagarto tropical americano (*ameiva ameiva*) tenía una longitud de dos pies, y se encontraba de mal humor. Su manchado cuerpo se desplomó hacia adelante y cayó al suelo con un enervante rozar de escamas. Durante un momento permaneció inmóvil, jadeante, con los flancos moviéndose como un fuelle. Después entró en acción.

Era una masa estriada de amarillo sobre el iluminado suelo. De repente se lanzó hacia adelante con la velocidad que le había conquistado el remoquete de «corredor del desierto».

Pero no saltó hacia Madge Palliser, que retrocedió gritando; no saltó hacia Carey Quint ni atacó a Mike Parsons. Por el contrario, se abalanzó sobre el grueso caballero calvo de las gafas.

—¡Oiga...! —comenzó a decir este.

En aquel instante su mirada cayó sobre aquella pesadilla que avanzaba hacia él.

«Volverse y echar a correr» es una frase muy poco expresiva y, por consiguiente, no sería adecuado decir simplemente que el caballero grueso se volvió y echó a correr.

Su voluminoso cuerpo giró tan rápidamente y, sin embargo, con tanta gracia como si se columpiase en el portillo de una cerca. Llevaba el mentón saliente, y la parte posterior de su calva cabeza brillaba por efecto de la luz del suelo. Sus piernas, un poco torcidas, se movían con la precisión de dos émbolos. Levantando mucho las rodillas al correr, se dirigió hacia la puerta principal, perseguido por el lagarto tropical americano (*ameiva ameiva*).

—¿Qué demonios encendidos pasa aquí dentro? —gimió con acento de agonía—. ¡Quítenmelo! ¿No pueden? ¡Llévenselo! ¡Lle...!

Mike Parsons, aturdido, se puso en pie.

—¡Esto lo pagará! —dijo, dirigiéndose a Carey Quint.

Y después:

—¡No se dirija hacia la puerta principal, señor! ¡No corra hacia la puerta principal! ¡Es un ejemplar muy valioso! ¡Es...!

Mike no terminó la frase, ya que iba corriendo tras el lagarto y el caballero a una velocidad igual a la de aquellos. El hombre grueso no mostraba ninguna intención de dirigirse hacia la puerta principal. En realidad, daba vueltas, como sobre una pista, por el interior de la Casa de los Reptiles. Rodeando el bloque central de departamentos, desapareció por espacio de unos segundos antes de aparecer

nuevamente corriendo en línea recta. Las atronadoras voces tenían curiosos efectos acústicos dentro del cerrado recinto.

—¡No le excite, señor! ¡No corra! ¡Deténgase! ¡Quédese quieto, y al animal no le sucederá nada!

—¡No tengo la menor duda de que será así! —bramó la voz del caballero grueso—. ¡Dándole la cantidad de ejercicio que necesita, debe de encontrarse estupendamente! Pero el asunto es: ¿qué es lo que me va a pasar a mí?

—¡No es venenoso, señor! ¡Su mordedura es desagradable, pero no es ponzoñosa!

Dando la vuelta a la esquina más lejana, en forma casi majestuosa, el caballero grueso corría en aquel momento en dirección a Madge Palliser y Carey Quint. Ahora llevaba el panamá fuertemente encasquetado en la parte posterior de la cabeza, y con la mano izquierda agarraba todavía la bolsa de cacahuets. La notable seguridad de sus pisadas sobre aquel escurridizo suelo era debida, sin duda alguna, a que llevaba zapatos con piso de goma. Esto se hacía patente, así como los blancos calcetines que llevaba, mientras sus piernas se movían con rapidez vertiginosa.

—Bueno, míster Carey Quint —dijo la joven—, ¿está usted satisfecho con lo que ha hecho?

Estaba escondida detrás de su enemigo. En realidad, hacía todos los esfuerzos imaginables para subirse sobre sus hombros, pero no pudo resistir el deseo que sintió de decir aquello. Sus palabras no causaron efecto alguno sobre el caballero grueso.

—¡Déjese de recriminaciones! —gruñó—. ¡Déjelo todo! ¡No es hora de hacer reproches! ¡Por el amor de Esaú! ¿No puede nadie hacer algo?

—¡Tire los cacahuets al suelo! —gritó míster Quint—. ¡Tal vez se detenga a comérselos!

Esta sugerencia, a pesar de ser la mejor que el joven podía hacer en aquellos momentos, no podía considerarse más que como una estupidez. Por lo menos, esto es lo que le pareció al caballero grueso. Con evidente riesgo de perder el equilibrio, lanzó a su consejero una terrible mirada mientras proseguía su veloz carrera. Parecía como si su voluminoso cuerpo avanzase con la velocidad de un relámpago, mientras su cabeza, vuelta hacia atrás, los miraba con ojos fulgurantes.

—¡No eche cacahuets a los animales! —gritó el furioso Mike—. ¡El reglamento lo prohíbe! ¡El director no lo permite! ¡Es...!

—¡Oiga! —gritó Madge—. ¡Por amor de Dios, escuche!

Fue la distracción de la atención de Mike lo que originó la catástrofe final. Mike patinaba rematadamente mal, peor aún que el lagarto americano (*ameiva ameiva*). Incapaz de frenar al dar la vuelta al ángulo, Mike perdió por completo el equilibrio.

El segundo crujido del cristal no fue tan fuerte como el primero. Mike, protegiéndose el rostro con los brazos, se las compuso para salir ileso por segunda vez. Pero por la abertura del departamento del monstruoso gila (*heloderma suspectum*) apareció el repugnante monstruo.

Más lento y pesado que su pariente, dudó ante la brecha. Parecía moverse pulgada a pulgada; acaso ni siquiera tenía ganas de salir. Pero al chasquear sus mandíbulas, provistas de agudos dientes, hacia el casi desvanecido Mike, cayó fuera de su departamento.

Manchado de rojo y castaño, con la cabeza semejante a la de un *bulldog* de pesadilla, estaba esperando en el centro del pasaje, cuando el caballero grueso se dio con él de manos a boca.

La vivienda de míster Edward Benton, director o superintendente del Royal Albert, se hallaba enclavada en los terrenos del Parque Zoológico.

Estaba próxima al extremo noroeste del recinto, no muy lejos de la verja de hierro que corría a lo largo de la entrada principal, en Bayswater Road. Altos setos la separaban de los terrenos del Zoo, y en la parte posterior se elevaban algunos castaños. En el interior del recinto formado por el seto, un prado de recortado césped llegaba hasta una agradable casa blanca y negra, de tejado cubierto de madera, con arriates de brillantes flores bajo las ventanas. La casa parecía adormecida bajo el sol de la tarde, y a no ser por algún ruido ocasional, nadie hubiera creído que se estaba en las proximidades de un parque zoológico.

Eran las dos y media cuando una pequeña procesión entró por la puerta en que se leían las palabras *Particular. Prohibida la entrada*, y caminó por el prado hacia la casa. Abría la marcha Angus MacTavish, portero mayor, hombre rechoncho, que tenía un lunar junto a la nariz, lo mismo que Cromwell. Detrás de él marchaban Madge Palliser y Carey Quint, escoltados por Mike Parsons a un lado y un tercer guardián al otro. Todos respiraban jadeantes, y el joven balanceaba su maletín.

—¡Por centésima vez! —suplicó míster Quint—. ¡Dejen que me explique!

El guarda mayor MacTavish se volvió.

—Ya se lo explicará a míster Benton —dijo.

—Me he ofrecido a pagar todos los desperfectos. ¡Gustosamente pagaré el doble! Y, después de todo, ¿se han ocasionado muchos perjuicios?

El guarda mayor MacTavish reflexionó.

—No diré que haya habido tantos estropicios como dice Mike; pero lo que no puede negarse es que usted rompió un departamento de vidrio en la Casa de los Reptiles.

—Fueron dos —dijo Mike Parsons.

Míster Quint se detuvo en seco, arqueando los hombros, y señaló a Mike.

—Le aconsejo, míster MacTavish —dijo—, que mantenga alejado de mí a este enano de ojos saltones, antes que me haga perder de nuevo la paciencia. Ya le he tirado antes contra una caja...

—Dos cajas —dijo Mike.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Madge Palliser—. ¡Deje en paz a míster Quint!

¡Misterios de la psicología femenina!

Ante esta repentina defensa, que le llegaba de parte tan insospechada, Carey Quint miró sorprendido a su alrededor. Dándose cuenta inmediatamente de lo

improcedente de su conducta, Madge Palliser apretó los labios. Todavía continuaba silenciosa cuando Angus MacTavish oprimió el timbre de la puerta principal.

Esta fue abierta por una joven de cabello claro, que llevaba puesto un delantal y tenía en la mano un paño de limpiar el polvo. Detrás de ella podía verse un espacioso y fresco vestíbulo, animado por el suave ronroneo de una aspiradora eléctrica, que manejaba una doncella con cofia y delantal.

«Joven» no es la palabra exacta que habría que emplear para describir a la mujer que les abrió la puerta. Tendría unos treinta y cinco años o tal vez algunos más. Sin embargo, esta madurez, madurez del rostro y del cuerpo, combinada con un sencillo aire simpático y juvenil, le hacían parecer mucho más joven. La mirada de sus ojos azules les sonrió. Los sinsabores de la vida no habían dejado huella alguna en su rostro. Enmarcada por el dintel de la puerta, con las ventanas de pequeños cristales y los arriates de brillantes flores a ambos lados, parecía estar en su elemento.

Y, sin embargo...

Si no hubiesen estado tan preocupados, se habrían percatado de algo más. La joven tenía alguna preocupación, una sola, pero que traspasaba su corazón y le hacía latir aceleradamente cada vez que sonaba el timbre de la puerta. Pero ellos no habrían de saberlo hasta más tarde.

—¿Qué desean? —preguntó.

MacTavish saludó.

—No quisiéramos molestarla, miss Louise —dijo, excusándose—, pero desearíamos ver a su padre, si es posible.

—Lo siento —respondió Louise Benton—, pero mi padre no está en casa. Ha ido a ver a alguien de la Compañía de Ferrocarriles. El... ¿Es algo importante?

Le contestó tal coro de voces —Mike, MacTavish y Carey Quint hablando al mismo tiempo—, que su asombro es fácilmente comprensible. El zumbido de la aspiradora, aumentando y disminuyendo según se acercaba o se alejaba, contribuía a hacer más completa la confusión. Cuando Louise Benton ordenó a la doncella que desconectase el aparato, el cese del ruido cogió a Mike Parsons gritando a pleno pulmón.

—¡El gran lagarto! —decía (Carey Quint miró a su alrededor con aire de sospecha antes de comprobar que se refería al *ameiva ameiva*)—. ¡El gran lagarto iba a morder al caballero grueso! ¡Esta es la pura verdad! ¡Y el gila se escapó, y los dos horribles animales comenzaron a morderse mutuamente, hasta que echamos unas redes sobre ellos!

Louise Benton frunció el ceño. Sus labios les sonreían ligeramente, mientras sus azules ojos parecían preocupados.

—Entonces —preguntó—, ¿no hay ningún herido?

—Ninguno, excepto yo, señorita. ¡Oh, no! ¡Yo, tampoco!

Miss Benton replicó, conciliadora:

—Bien, Mike. Por supuesto, yo pretendía...

—Pero no ha sido por su intervención —exclamó Mike, señalando a Carey Quint con un dedo— por lo que no me he hecho pedazos con los cristales y no ha sido mordido el caballero grueso. Yo no sé lo que pasa aquí, señorita, pero me gustaría saber lo que estaba haciendo esta pareja y cómo se ganan la vida. ¡Guillotinas! ¡Cámaras de tortura! ¡Serrando a la gente por la mitad!

—¡Maldita sea! Somos ilusionistas profesionales —dijo—. Mi nombre es Quint; esta señorita es miss Madge Palliser.

Louise Benton le miró fijamente.

—¡Quint! —murmuró—. ¡Palliser! ¿No serán familia de...?

—¡Claro que sí! Cada una de nuestras familias han tenido un teatro en propiedad durante los últimos setenta años. ¿No ha oído usted hablar de *La sala del misterio*, de Quint, en Piccadilly? ¿O de las *Noches fantásticas*, de Palliser, en Saint Martin's Lane?

Se hizo un largo silencio.

Todos los presentes conocían estos nombres. Eran verdaderas instituciones. En los cerebros imaginativos evocaban un panorama completo del Londres de la reina Victoria y del rey Eduardo, con los brillantes sombreros de copa de Piccadilly y la incesante corriente de coches del Parque, una vida que no habría sido completa sin los *Misterios* de Quint y las *Noches fantásticas* de Palliser. Hacían revivir añejas emociones. Recordaban días alegres, y, aunque pueda parecer increíble, hasta Mike Parsons se sentía joven.

El comentario de Louise Benton fue de lo más inesperado.

—¡Quién iba a pensarlo! —exclamó.

Se quitó el delantal y lo arrojó, junto con el paño del polvo, detrás de la puerta. El color animaba sus mejillas, que antes estaban pálidas como la cera.

—Los mejores momentos de mi infancia que puedo recordar —continuó— fueron los que pasé cuando me llevaron a ver a Eugene Quint a la sala de Saint Thomas.

—Era mi padre —dijo Carey con modestia.

Louise se volvió rápidamente.

—Por supuesto —sonrió—. ¿Cuál era el otro nombre?

—Sandros Palliser —contestó Madge casi furiosa—. Mi padre.

—¡Sí, claro! Pero eso no es todo. Hablando de los padres, el mío conocía a Eugene Quint personalmente. Hace muchos, muchos años, mi padre le dio algunos consejos técnicos sobre reptiles para un número de ilusionismo que estaba montando para...

Carey Quint hizo chasquear los dedos.

—¡Espere un momento! —exclamó con el aire de una persona que despierta de pronto—. ¿Cómo dijo usted que se llamaba su padre?

—Benton, Edward Benton.

—¿Un hombre alto, delgado, con el pelo rubio y siempre sonriente?

De repente, algo de la animación que iluminaba el rostro de Louise Benton

desapareció.

—Ahora ya no tiene mucho pelo —dijo, haciendo un esfuerzo por aparecer despreocupada—, y, ¡bueno!, debiera reír algo más de lo que ríe. Está empleado en este Parque desde hace veinte años, y lleva catorce de director —Louise dudó. Trató de desechar alguna preocupación tan violentamente como si cerrase una puerta, y luego estudió a los dos jóvenes—. Pero, perdonen, ¿ustedes son también ilusionistas? —dijo.

Carey se inclinó.

(En su interior, Madge consideró que aquel era el ademán más estúpido que jamás había visto hacer a un hombre. A pesar de no haberse afeitado, el grandísimo bergante no era feo; Louise Benton le estudiaba con decoroso, pero con mal oculto interés. Carey no se daba cuenta de ello; pero Madge, sí).

—Bueno —dijo Louise—; se lo pregunto porque esos dos teatros desde hace muchos años... El otro día pasé por Saint Thomas's Hall, y me pareció extraño lo ruinoso y descuidado que parecía.

Madge habló con voz clara:

—Míster Quint —explicó con un dejo de odio al pronunciar su nombre— va a abrir Saint Thomas's Hall dentro de una semana.

Louise estaba excitada.

—¿De veras?

—Y miss Palliser —dijo Carey— va a comenzar, antes de un mes, una serie de *Noches fantásticas*, la primera después de la guerra mundial de mil novecientos catorce —su voz se elevó—. A pesar de todo lo que ella pueda decirle, no voy a resucitar los *Misterios* de Quint solo para humillarla o hacerla fracasar.

—¿No, míster Quint? —preguntó Madge—. ¿No?

—¡No! Voy a hacerlo porque mi tío segundo, Chester, que es ahora el cabeza de familia, tiene ochenta y un años y está demasiado achacoso para dirigirlos por sí mismo. Por eso quiere que yo me encargue del trabajo, pero yo no quiero. ¡Confío en que las *Noches fantásticas* echen abajo mi espectáculo! ¡Espero que me arruinen! ¡Espero..., bueno!...

Louise Benton se echó a reír, mostrando unos bellos dientes.

—Eso es muy galante por su parte, míster Quint —dijo con admiración—. Estoy segura de que miss Palliser se lo agradece —miró a Madge—. Míster Quint dice que va usted a comenzar a representar de nuevo; ahora no lo hace personalmente, ¿verdad?

Madge se puso seria.

—¿Por qué no?

Louise pareció sorprendida.

—En realidad, no lo sé —admitió—; pero una mujer ilusionista...

—Nunca se ha hecho —dijo Madge—; pero ¿hay alguna razón para que no se haga? Este es mi trabajo, y me gusta. Me han educado en él, y si la gente mala, la

gente mal dispuesta, me dejara...

—Me parece una magnífica idea —dijo Louise con calor—, y puede tener la seguridad de que estaré allí la noche de la inauguración. Pero no podemos estar aquí, parados a la puerta, todo el día. ¡Pasen ustedes!

—¿Qué dice? ¿Que entremos? —dijo Carey, cambiando una mirada de desafío con la última de los Palliser.

—Lo siento —dijo Louise con una sonrisa—, pero no puedo permitir que me digan que no. Mi padre se pondría furioso si no les viera cuando regrese. ¡Por favor! Deben entrar.

Este fue el golpe de gracia para Mike Parsons.

—Perdone, señorita —dijo Mike con voz ronca—; pero ¿y la Policía? ¿No va a llamar a la Policía?

—¿Para qué?

—Para que arreste a ese individuo.

—¿Detener a míster Quint? —exclamó Louise Benton soltando la carcajada—. ¡En mi vida he oído disparate semejante! Váyase, Mike, y sea buen chico. Olvídese de este asunto, que yo responderé de ello ante mi padre.

—Muy bien, señorita, muy bien. Pero ¿cómo va a hacerse responsable ante el caballero grueso? ¿Cómo va a responder ante el caballero grueso, que estuvo a punto de ser mordido por el lagarto?

—¡Oh querido! Me he olvidado de él por completo —dudó un instante, tamborileando con los dedos sobre la puerta. Después se dirigió a Angus MacTavish—. Tiene que haber sido un choque terrible para el pobre hombre, ¿verdad?

—Sí, señorita —respondió MacTavish.

—¿Está muy enfadado?

—Sí, señorita.

—¿Quiere usted ir a verle? Dígale que lo siento muchísimo y todo lo demás. Pregúntele si quiere tomar una taza de té con nosotros, o si desea simplemente un vaso de agua.

—Mire usted, señorita —dijo MacTavish moviendo la cabeza—, usted es quien tiene que decírselo. Pero no estoy muy seguro de la forma en que va a recibir la invitación. Ahora está bebiendo *whisky* en el bar, y parece un león a la hora de comer.

—¿Cómo se llama?

—No se lo pregunté. Dice que quiere ver al doctor Rivers...

—¿Al doctor Rivers? —exclamó Louise, levantando una mano como para protegerse el rostro. El asombro, mezclado con la consternación, se reflejaba en sus ojos—. ¡Por el amor de Dios, oigan! ¿Es un hombre calvo y corpulento, que lleva gafas de concha y que siempre está diciendo «que Dios me ayude» y «que me maten»? —lanzó un gemido al asentir MacTavish—. ¡Estoy verdaderamente consternada! ¡Es sir Henry Merrivale!, ¿saben?

Para la mayoría de ellos, aquel nombre significaba muy poco. Pero quería decir

mucho para Carey Quint.

—¿Sir Henry Merrivale? ¿No será el gran H. M.?

—Sí. ¿Le conoce usted?

—No; pero dejaría que me cortasen las orejas con tal de conocerle —dijo Carey, demostrando por vez primera un sincero entusiasmo. Después se volvió a Madge—. Ese es el sabio del Ministerio de la Guerra que resuelve todos los crímenes sensacionales. Creo que los conozco todos.

—¿De veras? —dijo Madge.

—Siempre he deseado conocerle; pero he oído decir que es un tipo de tal categoría que nadie puede acercarse a él —Carey se quedó mirando a Louise Benton con mayor respeto—. ¿Dice usted que le conoce?

—¡Ya lo creo! —respondió Louise alegremente.

Descendió los dos escalones que daban acceso a la casa —una graciosa figura con un traje blanco de manga corta y con el rubio cabello brillando al sol— y tomó a Carey Quint por un brazo. No había nada reprochable en aquello; era, simplemente, un gesto amistoso por parte de una persona simpática. En verdad que no había razón alguna para que Madge Palliser los obsequiase con una mirada tan fría...

—¡Dios mío! —murmuró Carey—. ¡No tenía la menor idea de que ese fuera el hombre que...! ¿Qué estaba haciendo aquí?

—¿Se refiere usted a H. M.?

—¡Naturalmente!

—El doctor Rivers, un amigo nuestro —al llegar a este punto, Louise Benton enrojeció ligeramente—, le iba a enseñar la forma en que se extrae el veneno de los reptiles vivos. Para trabajos de laboratorio, ¿sabe? ¿No encontró a Jack Rivers en la Casa de los Reptiles?

—No, que yo recuerde. Creo que no había nadie, a excepción de nosotros.

—Seguramente le habrán entretenido. De todas formas, MacTavish hará que H. M. venga aquí. Mientras tanto, pasen ustedes.

Los condujo al interior del amplio vestíbulo de techo bajo, que respiraba frescura e inmaculada limpieza. A la izquierda había dos puertas y otras tres a la derecha. A través de la segunda puerta de la izquierda pudieron ver a una pequeña doncella, de cabello oscuro, que se llevaba la aspiradora de polvo a la cocina.

En el fondo del vestíbulo, frente a ellos, había otra puerta cerrada, de cuyo pestillo colgaba una de esas cartulinas con las palabras *Se ruega no molesten* que, generalmente, se encuentran en los hoteles. Aquella tarjeta ponía una nota tan incongruente en el inmaculado vestíbulo que a Carey Quint le llamó particularmente la atención. Supuso, lógicamente, que aquel debía de ser el estudio del dueño de la casa. Louise Benton los condujo a una de las habitaciones de la izquierda.

Era una salita agradable, resguardada del sol, con miradores de pequeños vidrios cuadrados que se abrían sobre el prado central. Había cómodos sillones y una gran chimenea de oscuros ladrillos rojos. El suelo estaba pulido y ennegrecido por la

acción del tiempo. Las paredes estaban pintadas de blanco, y el techo era bajo. Las estanterías, donde las brillantes encuadernaciones alternaban con las de cuero viejo, comunicaban a la estancia una grata sensación de *confort*. Presentíase que nada violento podría introducirse en aquel lugar.

Por vez primera, Madge Palliser pareció darse cuenta de su camisa de lana y de sus pantalones de pana, de uno de cuyos bolsillos sobresalían todavía los guantes blancos de algodón.

—Me temo —dijo Madge— que no estoy vestida como para ir de visita. Estaba en mi taller...

Louise Benton pareció asombrada.

—¿En su taller?

—En el teatro —dijo Madge enfáticamente—; nosotros mismos nos construimos nuestros aparatos.

—¿Se refiere usted a los aparatos que emplean los ilusionistas?

—Exactamente. Quise hacer un poco de ejercicio... Tomar un poco el aire...

—¡Dios mío! ¡Sí que vino lejos! ¡A Kensington Gardens!

—A decir verdad —explicó Madge, sentándose en un sillón y echando hacia atrás su oscuro cabello, de forma que fuese visible toda la belleza de su rostro—, esa no era la única razón. Pensaba introducir en mi programa un número que fue inventado hace años por mi tío segundo, Arthur.

—¿De veras?

—Quería echar una ojeada a las serpientes que hay aquí. Pero ahora...

Madge estaba excitada. Se había sentado muy tiesa, mordiéndose el rojo labio inferior. Sus vivos colores se habían intensificado; pero sus compañeros observaron —Louise con sorpresa y Carey con consternación— que había lágrimas en sus ojos.

—Pero ahora —continuó— creo que no podré poner en escena ese número. Estará anticuado cuando vaya a presentarlo.

—¡Mire...! —comenzó a decir Carey.

Pero Louise Benton no le prestaba atención. Inclinando la cabeza y con una ligera sonrisa, Louise, sentada frente a ellos, los contemplaba con aire de profundo interés.

—Les aseguro —murmuró— que es lo más romántico que he visto en mi vida.

Carey parpadeó.

—¿Romántico? ¿Qué?

—¡Ustedes dos!

—¿Qué pasa con nosotros dos?

—No es ningún secreto —dijo Louise sonriendo y haciendo un amplio ademán—; al menos, nunca oí que lo fuera, pues, que los Quint y los Palliser siempre han sido enemigos mortales.

—No —replicó Madge—. ¡Puede usted asegurar que es cierto!

—¡Pues por eso es tan romántico! Me refiero al cambio. «De las entrañas de estos dos enemigos nacen unos amantes contrariados que se quitan la vida», como dicen en

Romeo y Julieta.

Carey Quint se enderezó.

—¡Espere un momento! —exclamó con viveza—. ¿Qué dice?

—Largos años de enemistad, ¡Dios sabe por qué!, y luego, el cambio. Un miembro de una de las familias rivales se enamora de un miembro de la otra familia. Por lo menos —corrigió Louise riendo—, a juzgar por el relato de Mike, el propósito de ustedes al entrar en la Casa de los Reptiles era, según dijo él, hacerse el amor. Deben perdonarle; pero..., bueno..., quiero decir...

Hubo un largo silencio. La expresión de Madge Palliser indicaba que no parecía haber oído bien. Extendió los brazos lentamente y se enderezó de nuevo. Su respiración era entrecortada.

—Vamos a ver si entiendo esto —dijo—. ¿Está usted bajo la impresión de que yo... y... este...? —las palabras parecían atragantársele. Movié la cabeza como un boxeador aturdido. Después saltó de su asiento, les volvió la espalda y se dirigió a la ventana, desde donde murmuró algo que pudo entenderse—. ¡Un idilio! ¡Un idilio entre la última de los Palliser y el último de los Quint! ¡Oh Dios mío! ¡Esto es demasiado!

Carey Quint habló suavemente, pero sus palabras produjeron gran efecto.

—¡Oiga! ¿Por qué no trata de portarse con naturalidad?

La pausa que siguió fue quizá la más terrible que se había producido entre los dos. Madge esperó varios segundos antes de volverse.

—¿Qué ha querido usted decir exactamente, míster Carey Quint? —preguntó.

—Exactamente lo que dije.

—¿Insinúa usted que yo no me comporto con naturalidad?

—Francamente, sí. No hay más que mirarla.

Madge estaba tan furiosa, tan confundida, que, instintivamente, se lanzó una rápida ojeada sobre su persona. Pero no era esto lo que Carey quería decir.

—La escena se ha apoderado de usted —dijo—. No puede pronunciar la *r* sin hacer que suene como si hiciera gárgaras. No dice usted amor, pronuncia *amorrr*, y extiende la mano con un gesto digno de mistress Siddons. Yo no digo que no sea usted sincera; probablemente lo que dice es cierto. Pero...

—¡Espere! —interrumpió Louise—. ¡Espere, por favor!

Podían haber imaginado que la inquietud que de pronto pareció apoderarse de Louise Benton era por su causa. Pero ninguno de los dos era tonto, y una mirada les reveló que se debía a un motivo distinto.

Fuera se oían pasos sobre el suelo de madera del vestíbulo. Iban aproximándose a la sala, mientras Louise Benton se ponía en pie lentamente. Su sonrisa era incierta; parecía esperar algo.

—Mi padre —dijo.

Edward Benton entró, cerrando la puerta tras sí. Hasta para uno que le recordase vagamente después de dieciocho años su presencia constituiría una sorpresa. Tal vez sería demasiado deducir que parecía un cadáver andando; sin embargo, tal era la impresión que producía.

Era un hombre alto, delgado, cargado de hombros y embutido en un traje gris, muy holgado. Se quitó el sombrero y miró a su alrededor, buscando un sitio donde colocarlo. Sus sienes, hundidas, daban un extraño aspecto a su alargada cabeza, acentuado por el largo pelo canoso que la cubría por ambos lados. Abstraído, con aire de agotamiento, sonreía constantemente, como pidiendo perdón, y tenía unos amables ojos claros iguales que los de su hija.

—¡Hola, amigos! —dijo.

—Padre —comenzó a decir Louise—, quiero presentarte...

Míster Benton estaba tan abismado en sus pensamientos que parecía no haber notado en absoluto la presencia de los dos visitantes. Se dirigió a una mesita, donde colocó su sombrero, y al lado de este puso el objeto que llevaba en la mano.

Era una caja de madera provista de un asa y con una pequeña línea de agujeros exactamente debajo de la tapa. Del interior se escapaba un ligero ruido, como si algo arañase dentro. Mordiéndose el labio, Louise señaló hacia ella.

—Padre, ¿es por eso por lo que fuiste a la Compañía de Ferrocarriles?

—Serpiente de Borneo —dijo míster Benton, tocando la tapa de la caja casi con reverencia—. Muy rara; interesantísima.

—Pero ¿en estas circunstancias?

—Eso no significa nada, querida —le respondió míster Benton—. Deseo que seas la primera en saberlo: he conseguido sitio en un barco para el gran cargamento. ¡Con guerra o sin ella he conseguido espacio en un barco para el gran cargamento!

—¡No! —gritó Louise—. ¡No es posible!

—Pues lo es. ¿No has invitado a Agnes Noble para esta noche?

—No.

—¿No la has invitado? ¿Por qué?

—No me gusta.

—¡Vamos, vamos! —dijo míster Benton—. Ya he pagado a Agnes una gran cantidad de dinero y...

Por primera vez su mirada cayó en los dos visitantes.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Hay visita? ¡Lo siento!

Su rostro se iluminó con una encantadora sonrisa, sombra de una antigua y

vigorosa personalidad, que hizo variar por completo su aspecto.

—Miss Palliser y míster Quint —dijo Louise.

Hablaba en voz alta, espaciando las palabras, como se hace al dirigirse a una persona algo sorda.

—Míster Quint —prosiguió— es el hijo de Eugene Quint, el famoso ilusionista, ¿recuerdas?

—¿Eugene Quint?

—Sí, padre.

—¡Por San Jorge! ¿Es él? ¡Eugene Quint! Sí..., claro. No he pensado en él desde hace muchísimos años. Murió, ¿verdad? Sí; recuerdo haberlo leído. Lo siento. Era una buena persona. ¡Siéntense, siéntense!

Como forzándose a sí mismo a ser hospitalario, míster Benton les señalaba insistentemente las sillas. Él se sentó en el brazo de un sillón, mientras su hija le observaba. Parecía rebuscar algo en su mente.

Sobre la mesa, a su lado, había un porta-pipas lleno de viejas cachimbas. Míster Benton alargó una mano, ligeramente temblorosa, y tomó una de las pipas. Levantó la tapa de un bote de tabaco y comenzó a llenarla, atacándola con un pulgar largo y calloso. Sacando un paquete de cerillas del bolsillo superior de su chaqueta, comenzó a jugar con él lo mismo que con la pipa.

—Antes que se me olvide, querida... —dijo.

—Di, padre.

—¿Ha venido alguien a buscarme esta tarde? Tú sabes a quién me refiero.

Era evidente que esta era la pregunta que Louise temía. No respondió directamente:

—¡Por favor, padre; déjalo para después!

—Nada de eso. Ahora, dímelo ahora. ¿Qué dijo?

—El Ministerio de Seguridad Interior no quiere llegar a un acuerdo. La colección completa debe ser destruida —respondió Louise.

Edward Benton permaneció silencioso. Mantenía la cerilla encendida por encima de la cazoleta de la pipa. Continuó inmóvil hasta que la cerilla se consumió por completo; después de lo cual arrojó sobre la alfombra el ennegrecido palillo de papel.

Se acentuaron las arrugas que había alrededor de sus ojos y sus labios se movieron convulsivamente. En su rostro se reflejó una expresión tal de angustia, que Carey Quint sintió vehementes deseos de mirar a otra parte. Edward Benton dejó la pipa sobre la mesa y se puso en pie.

—¡Padre! —gritó Louise.

La expresión de míster Benton se suavizó. Inclinandose cortésmente ante sus huéspedes, como pidiendo perdón por su comportamiento, volviole la espalda para salir de la habitación. En su marcha hacia la puerta recordó algo. Rápidamente volvió sobre sus pasos hacia la mesa y tomó la caja de madera con respiraderos.

—Serpiente de Borneo —explicó—. Muy rara e interesante. ¡La paciencia que

tiene este diablillo! Me parece que la llamaré *Patience*. Sí; eso es. Perdonen.

La puerta se cerró tras él.

Madge habló apresuradamente:

—Ha sido un verdadero placer el conocer a usted —dijo—. Pero se está haciendo terriblemente tarde y debemos marcharnos.

—Sí —agregó Carey, aclarándose la garganta—. Sí. Quiero decir...

—No se vayan —dijo Louise, apartando su mirada de la puerta—. No es nada. Lo estaba esperando. Ustedes dos acaban de comenzar su trabajo en las viejas instituciones que son su orgullo. Él está terminando el suyo.

—¿Terminando su trabajo?

—Sí; el trabajo de toda su vida. Van a cerrar el Parque Zoológico.

De nuevo se hizo un penoso silencio.

—¡Lo siento de veras! —dijo Madge impulsivamente.

—¡Es una verdadera vergüenza! —añadió Carey—. Pero ¿por qué lo cierran?

—A causa de los *raids* aéreos.

Louise dio unos pasos hacia el mirador.

—No es que sea exactamente una tragedia el cerrar un parque zoológico —dijo riendo—. Hasta cierto punto, es un poco raro; pero, como ustedes han podido ver, para él no es nada agradable.

Louise hizo un movimiento de cabeza hacia la ventana, por donde se divisaban los globos de barrera, semejantes a pequeños puntos plateados colgando sobre Kensington.

—Creen —continuó— que pronto habrá verdadero peligro. No un avión o así, que arroje una o dos bombas, como ha venido sucediendo hasta ahora, no. Quiero decir verdadero peligro. Y el Royal Albert no es muy importante. No somos precisos.

—¿Qué..., qué es lo que van a hacer exactamente?

—Trasladarán todo al Regent's Park o Whipsnade. La mayor parte me parece que irá a Whipsnade, debido a que se encuentra a treinta millas en el interior del país. Por supuesto, se llevarán todo menos los reptiles y los insectos; estos deben ser destruidos.

—¿Y su padre...?

Louise crispó las manos.

—Desde hace casi un año, a consecuencia de este asunto, tiene metida en la cabeza una idea descabellada. Dice que cuando le quiten el puesto va a hacer algo.

En lugar de proseguir, Louise se contuvo.

—Pero no debo aburrirles con nuestros problemas —añadió—. Si los *raids* aéreos llegan a ser un hecho, supongo que también trastornarán los planes de ustedes, ¿verdad?

—Si; los teatros se cerrarán —admitió Madge.

—¡Así se hará! —observó Carey Quint, disimulando su satisfacción al observar la mirada de Madge fija en él—. Continúe usted, miss Benton. ¿Qué hará su padre?

—¡No tiene importancia, no hablemos más de eso! Es una fantástica idea suya, que no podrá llevar a la práctica por falta de fondos. Él debe de saber que es irrealizable, y yo trato de disuadirle; pero siempre que lo hago gruñe, gruñe, y...

Sus palabras terminaron casi en un grito, y tenía razón para que así fuese.

El ruido que oyeron entonces habría sido alarmante en cualquier momento. Con el recuerdo de Edward Benton en sus mentes, aquel sonido fue algo más que alarmante. Vibró a través de las paredes de la vieja casa; hizo retemblar los cristales de las ventanas e irrumpió en la plácida habitación con toda la violencia de la muerte.

Era el ruido que produce un disparo de pistola.

Durante unos instantes, Louise permaneció completamente inmóvil. Su rostro estaba tan blanco como el vestido que llevaba. Luego echó a correr hacia la puerta, que dio un portazo tras ella, pero no quedó cerrada por completo. Madge Palliser miró a Carey Quint.

—¿Cree usted que míster Benton...?

—No lo sé.

Fue en aquel momento, según recordó después Carey, cuando se encontró mirando al exterior por el gran mirador.

En el centro del prado frontero a la casa, claramente visible a la luz del sol, ya en dirección de su ocaso, estaba un hombre corpulento, vestido con un traje de deporte color mostaza. Tenía el cuello erguido y la cabeza vuelta hacia la casa; era completamente desconocido para Carey. El aspecto de aquel individuo era bastante atrayente: rubicundo, con el cabello gris y aire bonachón. Pero había oído el disparo y sospechaba su significado. En su rostro, bañado por la fuerte luz del sol, había una expresión de expectante ansiedad.

Fue una visión momentánea, que desapareció cuando Carey Quint corrió hacia el vestíbulo. Pero lo recordó después.

Louise había dejado abierta la puerta que daba al vestíbulo. Indeciso sobre lo que debía hacer, Carey la abrió un poco más. Al fondo percibió la puerta del estudio, que estaba ahora abierta, y de la cual colgaba todavía el letrero con las palabras *Se ruega no molesten*. Alivio, asombro y una inexplicable ira sorda hervían en su interior cuando oyó voces dentro de la habitación. Una de ellas era la apagada, temblorosa y un poco asustada voz de Edward Benton.

—¿Qué pasa, querida? ¿Qué ocurre?

—¿No estás herido? —preguntó la voz de Louise. Aunque no hablaba alto, había una nota penetrante en aquella voz—. ¿Tú no...?

—Yo no, ¿qué?

—Nada, nada. ¿Qué estás haciendo con ese revólver?

—No es un revólver, querida; es una pistola automática.

—¡Por favor! No es eso lo que te pregunto. ¿Qué estás haciendo con ese chisme?

—Fue un accidente —dijo el hombre con humildad—. No tenía puesto el seguro. Pensé que lo tenía, pero no era así.

—Haz el favor de darme esa pistola.

—¡Querida! —profunda y llena de reproche, su voz sonó como la de un borrachín que, ya sereno, pidiese perdón por su comportamiento de la noche anterior. Era grotesco y, al mismo tiempo, trágico—. No habrás pensado que intentaba hacer una locura, ¿verdad?

—No, querido; naturalmente que no. Pero dame esa pistola.

—¡Esto es absurdo! —gimió Edward Benton—. Aquí hay también un mechero de gas. ¿Quieres llevártelo también por si se me ocurre dejar abierta la llave?

Carey Quint cerró apresuradamente la puerta del vestíbulo con una sensación de culpabilidad. Se volvió para encontrar a Madge, con una mirada de intensa curiosidad en sus ojos, en pie al lado de la mesita, tamborileando con los nudillos sobre ella.

—¿Ha oído usted? —murmuró el joven.

—Sí, ya he oído —respondió ella, golpeando la mesa—. Aquí pasa algo raro, y las cosas no son lo que parecen a simple vista. ¿Observó usted al hombre que había en el prado, al hombre que iba vestido con un traje color castaño claro?

—¿Lo ha visto usted también?

—No soy ciega, míster Carey Quint. E incluso, si yo puedo comportarme con naturalidad en alguna ocasión...

—Oiga, siento haber dicho eso antes. Se me escapó. No quise decirlo.

—Usted quiso decirlo —le fulminó—. Esa es la desgracia, ¡quiso decirlo! ¡Es la cosa más desagradable que podía haber hecho, y lo sabe!

—¡Chis! ¡Cállese!

Madge se volvió, dando un último y furioso redoble sobre la mesa, en el momento en que Louise regresaba. Miss Benton cerró la puerta suavemente.

—Y ahora —dijo con un gesto que acentuó sus colores— ustedes dos van a insistir en que deben marcharse, y esta vez piensan hacerlo. No se lo reprocho. Pero confío en que este pequeño incidente no haya sido demasiado desagradable. Porque... ¡Bueno! Quisiera pedirles un pequeño favor.

—Por mi parte —dijo Carey vehementemente, golpeándose la pierna con el maletín—, pienso que no hay ningún favor que yo no fuese capaz de hacerle a usted.

—¿Lo dice de verdad?

—Escuche, miss Benton: yo podía haber dado con mis huesos en la cárcel por lo que hice esta tarde. En aquel momento estaba tan furioso que no me importaba nada. Me estremezco al pensar en lo que podía haberme ocurrido. Suponga que la cobra se hubiese escapado...

Ante la sorpresa de los dos jóvenes, Louise permaneció indiferente.

—¡Oh, no es para tanto! Ni siquiera estoy segura de que hubiese importado mucho que se escapase alguna serpiente venenosa.

Carey la miró perplejo.

—¿Que no hubiese importado? ¿Ni aunque hubiera sido una cobra o una mamba negra? ¿Quiere usted decir que les han quitado el veneno de los colmillos?

—¡Oh, no! —respondió Louise—. Son bastante venenosas, desde luego. ¿No le dije a usted que el doctor Rivers iba a enseñar a sir Henry Merrivale cómo se obtiene el veneno de las serpientes vivas para utilizarlo en medicina?

—Bien —dijo Carey exhalando un profundo suspiro—. No sé lo que quiere usted decir; pero sea lo que fuere, lo cierto es que allí se armó un jaleo infernal, y yo fui el responsable de ello. Gracias a usted no he ido a parar a la cárcel. De modo que si sucede algo yo puedo hacer por usted desde ahora hasta más allá de la eternidad...

Louise levantó los ojos y le miró fijamente.

—Es un favor muy sencillo —contestó—. Tengo algunos invitados a cenar esta noche; deseo que ustedes dos asistan a la cena.

Como anticipándose a cualquier posible objeción, y para dar más fuerza a sus palabras, comenzó a hablar rápidamente:

—Ya han oído lo que acaba de suceder. De nada serviría negar que me encuentro preocupada. En el fondo de mi corazón no creo que mi padre sea capaz de atentar contra su vida, pero es un hombre viejo... Ha perdido muchas cosas... Necesita que se le distraiga de su concentración en sí mismo...

—Claro, claro.

—Mi padre ha estado siempre muy interesado en las cosas relacionadas con el ilusionismo. ¡Si pudieran ustedes contar algo respecto a sus padres y abuelos! ¡Algo de los días de esplendor de Saint Thomas's Hall y del teatro de Isis! Acaso podrían hacer algún que otro juego...

Carey se echó a reír.

—Creo que eso puede arreglarse —aseguró—. No sabe usted las veces que se invita a los ilusionistas con ese propósito.

Louise enrojeció.

—No quise...

—¡Claro que no, miss Benton! Lo comprendemos perfectamente.

—¡Sería una ayuda tan grande para mí! —dijo la joven. Se veía que sus nervios estaban en tensión, a pesar de sus modales suaves—. No seremos muchos; únicamente mi padre, el doctor Rivers, el hermano más joven de mi padre y yo.

Madge Palliser habló desde el otro lado de la estancia:

—¡El doctor Rivers! —dijo Madge—. Ha hablado usted de él varias veces. ¿Es, por casualidad, un hombre de mediana edad, grueso, con el cabello gris y un poco encrespado, y que lleva un traje de deporte bastante llamativo?

—¡Cielo santo, no! —una timidez, ya pasada de moda, se apoderó de Louise Benton al mencionarse el nombre del doctor. Después se rehízo—. El doctor Rivers es un hombre joven. El... Pero ha hecho usted una descripción perfecta de mi tío Horace, el hermano de mi padre. Es canadiense y una persona simpatiquísima. El... —frunció el entrecejo y miró a su alrededor—. ¿Dónde lo han conocido? ¿Está aquí?

Madge señaló hacia el mirador con un movimiento de cabeza.

—No hemos sido presentados a él. Se hallaba en el prado hace uno o dos

minutos, pero ahora no se encuentra allí.

Evidentemente, Louise sentía mucho interés por Horace Benton.

—Voy a decirles lo que pienso hacer —dijo rápidamente y con simpática inspiración—. Invitaré también a sir Henry Merrivale, si les interesa a ustedes. Probablemente llegará aquí dentro de unos momentos, sediento de sangre, y le invitaré. Ya sé que es una terrible imposición pedirles que ejecuten juegos de salón que seguramente les aburrirán una enormidad. Pero ¡si pudiesen ustedes ayudarnos!

...

La súplica que se leía en sus ojos, la súplica que emanaba de todo su ser, no podía por menos que causar efecto. Madge Palliser se le acercó rápidamente.

—¡Naturalmente que vendremos! —dijo afectuosamente, tomando la mano que le ofrecía Louise.

—Tendrá que ser un poco tarde, porque el doctor Rivers tiene que venir desde el hospital. A las ocho y media, por ejemplo. Estoy segura de que una velada como la que yo espero cambiará a mi padre por completo —dijo Louise, ofreciendo la otra mano a Carey.

Aquella noche, a las ocho y veinte, en el preciso instante en que Carey Quint abandonaba St. Thomas's Hall, sonó la alarma a consecuencia de un *raid* aéreo.

El lúgubre gemido de las sirenas, al principio un zumbido que se convirtió en un lamento mil veces ampliado, encontró la ciudad de Londres entre dos luces. Piccadilly era un oscuro torrente de tráfico, salpicado por las amortiguadas luces de los vehículos. Por doquier se percibía el atemorizado rumor de gentes que se apresuran, el jadeo, el apagado tumulto de pasos que señalan la inmensidad de la multitud en la oscuridad. Las señales luminosas, rojo y verde en los cruces, ponían en el conjunto una espectral nota de color. En el volumen de la circulación, inmenso desfile de autobuses semejante a una gran luciérnaga, Piccadilly se perdía como en los mejores días de St. Thomas's Hall.

St. Thomas's Hall no es un teatro muy grande. Está situado casi al comienzo del Green Park y es un edificio estrecho, de tres pisos, carente de todo adorno, que pasa inadvertido. No tenía el brillante aspecto del Isis Theatre, de St. Martin's Lane, donde se representaban las *Moches fantásticas* de Palliser, y que se suponía estaba realmente encantado.

St. Thomas's Hall es un lugar íntimo. En la actualidad tenía las ventanas a oscuras y el vestíbulo estaba cerrado por una verja plegadiza de hierro desde la muerte de Eugene Quint, en 1928. Pero en el último piso hay una vivienda.

No es una vivienda confortable —el cuarto de baño, por ejemplo, no había sido instalado adecuadamente—; sin embargo, era tradicional que lo ocupase el Quint que representaba en St. Thomas's Hall. (En el Isis existían un piso y una tradición semejantes, que databan de los tiempos de la rivalidad entre los Palliser y los Quint, incluso antes de su famosa pelea a causa de *Fátima*, el célebre muñeco). Carey Quint vivía actualmente en St. Thomas's, entre trastos y viejos recuerdos. De este piso descendió, por una desvencijada escalera, para dirigirse a la cena a que había sido invitado.

El ulular de las sirenas aumentaba y decrecía, en ondas sonoras, sobre los tejados. Aquella barahúnda significaba muy poco todavía. Solamente indicaba que un solitario avión, o dos, surcaban el firmamento, con ese intermitente ronroneo que constantemente se está esperando oír. Pero si el verdadero peligro llegase... «En tal caso —pensaba Carey—, no valdría la pena inaugurar el nuevo espectáculo». Y sus sentimientos sobre esta posibilidad le intrigaron.

Durante muchos años había maldecido su Destino por ser el heredero de St. Thomas's Hall. Al pensar que en la semana próxima habría de enfrentarse a un

auditorio —perspectiva que pesaba en aquel momento sobre él como la amenaza de una locomotora que se le echase encima a toda marcha—, se le hacía un nudo en la garganta y experimentaba una desagradable sensación en el estómago. Debiera haberse alegrado de tener cualquier pretexto para no realizar su presentación. Había pensado en esto con gran fervor aun aquella misma tarde; sin embargo, por alguna extraña razón, el pensamiento de llevar a cabo el estreno no le resultaba todo lo desagradable que debiera. Además, había otras cosas que le tenían perplejo. Madge Palliser, por ejemplo.

Carey buscó un taxi, y como quiera que esto ocurría en los primeros días de septiembre de 1940, logró encontrar uno. Dentro del vehículo comenzó a pensar en las complejidades de la vida. La imagen de Madge Palliser era tan vivida como si estuviese sentada frente a él, y hasta le pareció que la imagen le miraba.

Las *Noches fantásticas* de Madge Palliser no iban a tener éxito, y esto le preocupaba mucho más de lo que le hubiera gustado. Su padre había dicho en cierta ocasión: «Ninguna mujer que se dedique al ilusionismo ha tenido éxito ni lo tendrá jamás. De nada sirve preguntarse por qué. Es que, sencillamente, es así. El público no las acepta». Y lo que Eugene Quint no conocía acerca de los gustos del público era lo que no valía la pena de conocerse.

Para Madge, la profesión lo era todo. Lo llevaba en la sangre. El hallarse ante un público en suspenso y actuar —actuar en papeles de misterio, rodeada de adornos y con un fondo exótico— era para ella su sueño dorado. Y cuando fracasara, como había de fracasar, echaría la culpa a las traidoras maquinaciones de la familia Quint.

Carey se arrepentía de haber hecho aquella ruin observación sobre su teatral comportamiento en la vida real. Madge no se había dado cuenta de esto en absoluto; era parte de su vida. Aquello siempre le había parecido natural, y cuando se dio cuenta de la realidad y comprobó su propio ridículo, se sintió profundamente herida, lo cual era una verdadera desgracia. Porque la muchacha, a pesar de las largas erres y los gestos dramáticos, era tan sincera y tan endiabladamente atractiva que...

Aún se hallaba sumido en sus tristes pensamientos, estudiando mil medios impracticables para que las cosas se enderezasen, cuando el taxi le dejó a la entrada de Bayswater Road.

La verja de hierro que cercaba el Roval Albert se extendía a lo largo de la parte sur del camino. La puerta principal, un arco de piedra con dos entradas, provistas de aparatos giratorios, se recortaba, blanca, contra un fondo de árboles cuyas hojas susurraban suavemente. El cielo tenía todavía alguna claridad y en él se vislumbraban algunas estrellas. Mientras pagaba el taxi, Carey percibió la silueta de dos personas que se encontraban cerca de la entrada.

Una de ellas era Madge Palliser; la otra, sir Henry Merrivale.

—¡Le voy a matar! —decía una voz harto conocida, con tal cantidad de veneno en su tono que hubiese atraído la atención de cualquier policía que hubiera pasado por allí—. ¡Le voy a rebanar el pescuezo! ¿Qué demonios le pasa a ese individuo?

¿Está chiflado o qué?

—No —contestó Madge con el tono de una persona que desea ser sincera—. No diré que míster Quint hubiese perdido la cabeza. Lo que pasa es que tiene mal genio, ¿sabe? Además, es un poco tonto.

—Lo único que sabe hacer ese guardián —prosiguió el gran hombre— es protestar porque el tipo golpeó con la mano el departamento de cristal donde estaba la cobra. ¡Bueno! ¡Que me asen si no se volvió y tiró al guardián contra el cristal sin pensarlo dos veces!

—A propósito, sir Henry. Me temo que tuve yo la culpa por algo que le dije.

—¿Por algo que usted le dijo?

—Yo le estaba pinchando. ¡Naturalmente que era en broma! Él perdió la paciencia y se desahogó con la primera persona que le vino a mano. Pero no es cierto que él rompiera aquel segundo departamento. De veras que no lo hizo. El...

En aquel momento intervino Carey.

—Muchas gracias por su calurosa defensa —dijo amargamente—. En cuanto a sir Henry, puede cortarme el cuello cuando quiera. Pero no me gustaría ver cómo lo hace, porque siempre he sido su más ferviente admirador.

Hubo una corta pausa. H. M. detuvo el movimiento de su cabeza, que había comenzado a volverse hacia el joven con aire de mortal amenaza; sus gafas brillaban bajo el ala del panamá, que tenía echada hacia la cara.

—Conozco el caso Stanhope —continuó Carey— y el de Constable; el de las muertes en la cámara envenenada; el misterio del estudio de Pineham. Conozco el de Answell y el de la ventana de Judas; el de Haye y el de las cinco cajas, así como el caso Fane en Cheltenham, con aquel asesino invisible. ¡Le aseguro, señor, que no hay en el mundo nadie que pudiera haberlos resuelto!

—¡Sí!... ¡Claro!... —dijo H. M.

Tosió brevemente y se enderezó. Una expresión de gran serenidad se extendió por su semblante.

—Con frecuencia he deseado conocerle, sir Henry —siguió diciendo Carey—. Pero, como decía hoy a miss Palliser, dicen que es usted una persona de tanta importancia que nadie puede acercársele.

El gran hombre hizo un amplio ademán con la mano.

—Sí..., claro... —volvió a decir—. Por naturaleza tengo un porte muy majestuoso, como usted puede apreciar, y esto hace que la gente me juzgue equivocadamente. Seguro que es eso.

—Entonces, ¿quiere usted decir que no era una semblanza exacta?

H. M. se quedó pensativo.

—No tiene una base consistente —explicó—. No se preocupe por eso, hijo mío. Si tiene que hacerme alguna pregunta, hágala —hizo una pausa, carraspeó y, señalando severamente a Madge con el dedo, dijo—: Oiga, hijo, ¿por qué estaba chillándole tanto esta muchacha?

—Yo le decía solamente —interrumpió Madge— que me estaba robando deliberadamente un número de ilusionismo, inventado hace mucho tiempo por mi tío segundo Arthur.

—Si le chilla, hijo mío, zúrrela. Es el único medio de tratar a las muchachas cuando se desmandan.

—¿Quiere usted decir —gritó Madge, tartamudeando por el asombro— que se pone de parte de ese hipócrita?

Ahora no llevaba los pantalones de pana. Aun en aquella semioscuridad, Carey se dio cuenta de que vestía un ajustado traje de color claro y una plateada capita corta, que brillaba cuando hacía algún movimiento.

—¡Oh mi querida niña! —dijo H. M. consternado—. Conozco a los Quint y a los Palliser desde hace muchos años. El ilusionismo entra también en mi campo de acción. Pero no es conveniente mezclarse en esa antigua contienda y discutir las razones o sinrazones de la misma. Eso lo complicaría aún más —su voz se hizo plañidera—. ¡Olvídenlo todo, que hemos venido aquí a cenar con Ned Benton! ¿Vamos a estarnos aquí toda la noche o entramos?

Madge hizo un movimiento de cabeza indicando la puerta de entrada.

—¡Eso es! —dijo—. Pero ¿cómo vamos a entrar?

—Andando.

—Pero ¡ahí no hay ningún portero! —dijo ella—. Y las puertas giratorias no pueden moverse, a menos que alguien las haga funcionar desde dentro.

—¿Cómo sabe usted que las puertas no pueden moverse? —inquirió Carey.

Se dirigió hacia la puerta más próxima y la empujó. Aun habiendo estado cerrada, hubiera sido bastante fácil saltar por encima de ella. Pero la puerta no estaba cerrada y giró sobre sí misma con un áspero chirrido que quebró el silencio de la noche.

—¡Escuchen! —dijo Madge vivamente.

El profundo silencio, roto únicamente por el murmullo de las hojas de los árboles, podía haberse comparado con el silencio que reinaba en Pompeya. Pasaron varios segundos antes que sus oídos pudiesen percibir el zumbido del avión de bombardeo.

Estaba muy lejos; ni siquiera volaba sobre el centro de Londres. Su furioso zumbido era solamente un suave murmullo que cruzaba el firmamento hacia la nada. Los reflectores no le buscaron. Ningún cañón antiaéreo abrió fuego contra él. El ruido fue convirtiéndose en un suave susurro, cada vez más imperceptible, hasta que se apagó por completo. Instantáneamente, como movidos por una corriente telepática, multitud de pequeños ruidos despertaron y se agitaron como en un sueño inquieto.

Dentro del recinto del Royal Albert se escuchó claramente el rugido de un león; se oyó el ligero golpeteo de las pezuñas de los ciervos o de los antílopes, y luego se hizo el silencio. Alguien gritó con voz casi humana; acaso un pájaro o un mono. Después, como si todo quedase adormecido en el seno de una muelle seguridad, el silencio volvió entre las susurrantes hojas.

—¡Bueno! —dijo H. M.—, ¿entramos o no?

Aquellos ruidos, pensaba Carey, tenían algo indefinible, algo siniestro; pero no hizo comentario alguno.

H. M. entró el primero, alumbrándose con una pequeña linterna. Madge le siguió, con Carey tan pegado a ella que casi se tocaban. Como, al parecer, H. M. conocía el camino, le siguieron obedientemente a lo largo de intrincados senderos asfaltados — todos a distinto nivel— hasta que abrió el portillo del seto que rodeaba la casa del director.

El edificio estaba oscuro y silencioso. Los cristales de sus ventanas reflejaban suavemente la clara luz de las estrellas; los arriates de brillantes flores habían perdido el color. Caminaron por el suave declive del prado, y H. M. oprimió el timbre de la puerta principal.

No hubo respuesta.

Con un resoplido de disgusto, que se convirtió en un gruñido de impaciencia, H. M. hizo sonar de nuevo el timbre. Podían oír su repiqueteo en el interior de la casa, como si, al igual que un sabueso, escudriñase todos los rincones antes de ser devuelto hacia ellos. Sin embargo, nada se oyó ni nada se movió en el interior del edificio.

Madge retrocedió unos pasos para observar la línea de oscuras ventanas.

—¿Cree usted —dijo con aire de duda— que han salido todos?

—No lo sé, muchacha —gruñó H. M.—. Si estaban esperándonos para comer, con otros dos invitados, no puede pensarse eso. Pero...

—Hay algo extraño en todo esto —murmuró Carey, mientras por su mente cruzaban desagradables imágenes—. Trate de abrir la puerta, señor.

La puerta no estaba cerrada. Cedió a la presión ejercida por H. M., dejando escapar un torrente de luz que procedía del vestíbulo. Entraron rápidamente, cerrando al momento para no contravenir las órdenes dictadas sobre el oscurecimiento. Después se quedaron esperando, sin que nadie saliera a recibirlos.

—¡Hola! —bramó H. M., que no usaba de cumplidos para anunciar su presencia—. ¡Hola!

Su voz resonó siniestramente, subrayando la sensación de vacío, que casi podía palpase.

El vestíbulo, con arrimaderos de madera de un color verde pálido, se hallaba alumbrado por *apliques* fijos a las paredes, cubiertos por pantallas de colores suaves. El suelo, de pulidas planchas de madera, cubierto por algunas alfombras, brillaba de igual modo como observarían por la tarde. Instintivamente, Carey miró a la puerta que había frente a ellos, al fondo del vestíbulo: la puerta del estudio de Edward Benton. El cartelito que rezaba *Se ruega no interrumpen* colgaba todavía del picaporte. La puerta estaba cerrada y por debajo de ella no se veía luz alguna.

Era la única habitación que estaba a oscuras. A derecha e izquierda las puertas abiertas mostraban las otras habitaciones, dispuestas para una reunión. Por doquier se veían recipientes conteniendo flores recién cortadas, y sobre las pulidas mesas,

paquetes de cerillas y ceniceros. Mirando hacia su izquierda podían ver el saloncito y, más allá, el comedor. H. M. levantó la cabeza, olfateando, como un ogro.

—¡Oigan! —dijo—. ¿No huelo a comida guisada?

—No —replicó Madge—. Huele usted a comida quemada.

Y echó a correr hacia el comedor.

Un reloj de pesas dejaba oír su tictac en un rincón de la estancia. Una gran mesa ovalada estaba dispuesta, con servicio de plata, para siete personas. Sobre ella había candelabros, también de plata, con velas. Sobre el aparador, junto al frutero, se veían dos botellas de clarete y una de vino de Mosela.

Pero sobre todo esto percibieron el olor acre y punzante que, mezclado con otro diferente, se escapaba de la cocina. Al empujar la puerta, que no estaba cerrada, Madge lanzó un grito de consternación.

Era una cocina muy bien equipada, desde el fogón de gas esmaltado de blanco, hasta el fregadero y la refrigeradora, también esmaltados del mismo color. Pero en el cerrado horno se quemaba un asado que despedía un olor amargo que se pegaba a la garganta. Todas las cacerolas colocadas sobre el fogón estaban hirviendo, ya que la llama del gas estaba completamente abierta. En una de ellas saltaban las patatas; la sopa, separada a un lado para reposar, estaba hirviendo; la tapadera de otra cacerola subía y bajaba a impulsos del vapor.

Madge cogió un paño de cocina y tiró de la puerta del horno. Una sofocante nube de humo negro escapó del mismo, convirtiéndose en una neblina gris. Se oyó una serie de golpes; después, el retardado chasquido de los mecheros del gas, al apagarse, mientras ella cerraba todas las llaves del fogón.

—¿Qué demonios estaban haciendo? —dijo Madge, tosiendo a causa del humo.

H. M. y Carey Quint habían retrocedido precipitadamente a causa del humo, y el último empleaba un lenguaje no muy edificante.

—No tartamudee —rugió H. M., tratando de apartar de sí el humo mediante violentos manotazos—. Detesto el tartamudeo. ¿Qué quiere usted decir con eso de «qué estaban haciendo»?

—¡Miren! ¡Alguien abrió por completo todas las llaves del gas!

—¡Bueno!, ¿y qué?

—¡Es absurdo! —indicó Madge—. Además, parece como si...

—¿Como si qué?

—Como si lo hubieran hecho hace muy pocos minutos —contestó Madge.

Cerró la puerta del horno y se arregló un poco el cabello, que se le había caído sobre el rostro, echándoselo hacia atrás.

Carey la veía ahora a plena luz por primera vez desde aquella tarde. Su frente se arrugaba en un gesto de perplejidad; sus ojos, muy separados y llenos de inteligencia, examinaban todos los detalles de aquella cocina. Un ceñido traje de noche, color gris, y una pequeña capita plateada hacían resaltar su figura, que antes había estado embutida en unos pantalones de pana y una blusa de trabajo.

—Sir Henry —dijo la muchacha—, aquí hay algo más que un error. Aquí hay algo horrible.

—¡Tonterías! —gruñó H. M.

—¡Le digo a usted que sí! ¡Lo siento! ¡He estado pensando en ello toda la tarde!

H. M. la miró con altivo desdén, con los brazos en jarras y su lamentable sombrero metido en un bolsillo. Dando una brusca media vuelta, pasó al comedor y, atravesando el vestíbulo, entró en el saloncito.

Carey y Madge le siguieron a la salita, donde la última cerró cuidadosamente la puerta para evitar el desagradable olor de la comida quemada.

—Usted sabe que aquí pasa algo, ¿verdad? —dijo Madge con voz queda.

H. M. estuvo a punto de dejarse caer en una silla; pareció que iba a lanzar un exabrupto. Luego dudó, se arrellanó en el asiento, se miró los zapatos y terminó por aparecer preocupado.

—Es extraño, muy extraño —dijo con acento quejumbroso—. Lo confieso.

—Usted conoce a Louise Benton, ¿verdad?

—Por supuesto. Simpática muchacha. ¿Por qué?

—Creía que su padre pudiera suicidarse.

—Acto que ha realizado —replicó H. M. mirándola por encima de las gafas— haciendo desaparecer de la casa a todo el mundo y quemando después la comida, ¿verdad?

—Entonces, ¿adónde está?

—¿Adónde está su hija? —preguntó H. M.—. ¿Adónde está el doctor Rivers? ¿Adónde están Horace Benton y la doncella? Sepa usted que tengo bastantes cosas en la cabeza para meterme en otro de estos líos que no tienen ningún sentido. Ned Benton está perfectamente. Déjele en paz. Por otra parte, dudo mucho de que se haya quitado de en medio mientras está entretenido con ese nuevo proyecto suyo.

—Escuche —interrumpió Carey, sentándose en el brazo de un sillón—. Miss Benton hablaba hoy de «un nuevo plan» o «un proyecto» de su padre. ¿De qué se trata?

—Quería ser propietario de un parque zoológico —respondió H. M.

—¿Propietario de un parque zoológico?

—Privado y personal, eso es.

Por primera vez consintió Madge en mirar a Carey, si bien es verdad que al punto apartó su mirada de él. Pero hasta aquel breve destello de intimididad...

En la habitación hacía mucho calor. Por debajo de las cortinas de cretona de brillantes colores veíanse las negras cortinas de *reps* necesarias para el oscurecimiento, que estaban corridas ante los dos miradores. Junto al sillón en que reposaba H. M. había una lámpara de pie, que arrojaba su brillante luz sobre su calva cabeza, su roma nariz y su boca de caídas comisuras. De uno de sus profundos bolsillos había extraído una cigarrera, escogiendo un cigarro de endiablado aspecto, que examinaba con aire de aprobación cuando sus ojillos se quedaron inmóviles

detrás de los gruesos cristales de las gafas. Con los sentidos tensos por la espera, todos oyeron un ruido familiar.

El ligero sonido se hizo más audible. Nadie se movió.

Ni aun en aquel momento era fuerte. Pero era más potente que cuando, escasamente veinte minutos antes, oyeran un ruido similar. Parecía salir de la nada. Carey pensó que el zumbido del motor de un bombardero tiene el poder de hacer pensar que se dirige exclusivamente a la casa particular de uno mismo.

—¡Escuchen! —dijo H. M., incorporándose—. El avión se acerca.

Carey esperó unos segundos antes de hablar.

—Está exactamente sobre nosotros, ¿verdad?

—¡Hum..., hum!..., y no muy alto. No hay por qué preocuparse. Únicamente...

—¡Las luces! —gritó una voz.

La voz, que tampoco podía localizarse, produjo el efecto de una explosión. Ni Carey ni Madge habían comprendido hasta qué punto pueden afectar a los nervios una casa vacía, una comida quemada en el horno de un fogón y todas las cosas de la vida cotidiana convertidas en enigmas. Madge se puso en pie de un salto y se abalanzó al mirador más próximo.

—¡En la casa del director se ven luces! —seguía gritando la voz en el exterior.

Y, desde fuera, unos dedos repiquetearon insistentemente en el cristal del mirador. H. M., con exagerados ademanes, guardó el cigarro en la caja y se puso en pie.

—¿Dónde se ven las luces? —gritó.

—En la parte de atrás de la casa —respondió la voz—. En el estudio del director. La ventana de la izquierda.

—Eso es una estupidez —dijo Carey—. Me fijé en esa puerta cuando entramos. ¡No se veía ninguna luz por debajo de ella!

Los invisibles dedos repiqueteaban ahora más insistentemente todavía. Y, lo que es más, todos reconocieron la voz. Era Mike Parsons, de guardia aquella noche en el Parque. Se podía pensar lo que se quisiera de Mike, pero era imposible dudar de su veracidad. La sinceridad con que pronunciaba estas palabras y las que pronunció a continuación dejaron inmóviles a sus oyentes.

—¡Será mejor que vayan allí en seguida! —chillaba Mike—. ¡Hay alguien tendido en el suelo! No puedo ver quién es, porque solo se le ve un brazo. Pero está tendido en el suelo y no se mueve.

Carey Quint sintió que le invadía una sensación desagradable. Había estado tan atento a las palabras de Mike que no se dio cuenta de cómo ni cuándo se desvaneció el ruido del motor. Pareció que se detenía: eso fue todo. De aquella forma caprichosa, que más tarde habrían de aprender tan bien. Pareció que se detenía; volvió el silencio, y la voz de Madge sonó de nuevo:

—¿Está mintiendo otra vez?

—No lo sé, muchacha —dijo H. M.—. No lo sé, pero lo dudo.

Carey se dirigió hacia la puerta que Madge había cerrado cuando entraron. Cogió

el picaporte, le dio la vuelta... y se detuvo ante otra sorpresa, que no había de ser la última de aquella noche.

La puerta que daba al vestíbulo estaba cerrada con llave.

H. M. estaba como galvanizado.

—¿Cerrada? ¿Qué quiere usted decir? —preguntó.

—Lo que he dicho. Cerrada con llave —respondió Carey, inclinándose para mirar por el ojo de la cerradura.

En el exterior no había ninguna llave.

—Cuando entramos —continuó, enderezándose y golpeando la puerta con la mano—, Madge cerró esta puerta. Mientras hemos estado hablando, alguien se ha deslizado por fuera y ha cerrado la puerta, llevándose la llave.

—Entonces, ¿en la casa hay alguien más! —murmuró Madge.

—Sin ningún género de duda.

—¿Quiere usted decir que estamos encerrados en esta habitación? —preguntó H. M. con una curiosa expresión en sus ojillos—. ¿Y que no podemos salir a menos que rompamos una puerta o una ventana?

—¡Oh, no! No hasta ese extremo —dijo Carey—. Yo puedo hacer que salgamos. Espere un momento.

Carey sacó de su bolsillo un objeto tan pequeño que podía esconderse en la palma de la mano. Lo abrió y quedó convertido en una serie de objetos aún más pequeños, delgados, fuertes y flexibles, provistos de unos curiosos ganchos en los extremos. H. M. se quedó mirándolos, inclinando la cabeza hacia adelante con repentino y ávido interés.

—¡Diga, hijo! ¿Qué son esas cosas delgaditas? Parecen...

—Exactamente. Son ganzúas. Hágase a un lado, por favor.

—¡En el nombre de Esaú! ¿Qué va a hacer con las ganzúas?

—En realidad, nada —explicó Madge con extremada dulzura—. Es un pequeño hábito que tiene la familia Quint.

Carey cerró los ojos.

—Traje esto —dijo—, porque miss Benton nos rogó que hiciésemos algunos juegos para entretener a sus invitados. Los números en que se encierra a una persona en una habitación y se escapa de ella son muy bien acogidos en las reuniones —su voz se hizo más fuerte—. Pero le digo que ya me estoy hartando de tantas alusiones innecesarias sobre mi familia.

—¿De veras? —dijo Madge.

—¡Vive Dios! Sí. Siento tener que hacer lo mismo, pero es bien sabido que Edward Palliser jugaba al póquer con desconocidos en los transatlánticos.

—¡Eso es una mentira inmundada!

—Por el contrario: es un hecho muy conocido. Su estimado abuelo...

—¡Escuchen! —interrumpió H. M. con alguna impaciencia—. ¿No oyeron sus dos cabezotas lo que ese tipo de Mike Parsons estaba gritando? ¿Van a estarse ahí arrojándose fango uno al otro en estos momentos? Si puede abrir esa puerta, muchacho, hágalo, ¡por Satanás!

—Sí —dijo Madge—. Sí puede.

Aunque la cerradura no parecía complicada, su trabajo no resultaba nada fácil bajo la escrutadora mirada de Madge. Irritado, inquieto, tratando de mantener seguro el pulso, Carey escogió una ganzúa de mediano tamaño y comenzó a tantear la cerradura. H. M. no facilitó las cosas al gritar a Mike Parsons que abriese la puerta principal.

La ganzúa se enganchó, se escurrió y de nuevo volvió a engancharse. Carey apretó los dientes. Después que transcurrió un espacio de tiempo que pareció una eternidad, y que, en realidad, no eran más que cincuenta segundos, el joven exhaló un profundo suspiro de alivio. Dio vuelta al picaporte y abrió la puerta.

La puerta principal, sin la reglamentaria cortina para el oscurecimiento, se abrió un poco para dejar paso al rostro de Mike Parsons. Mike llevaba puesto un casco de hojalata pintado de azul y alrededor de su cuello veíase un cordón, del que colgaba un silbato. Al notar que no había cortina de oscurecimiento saltó al interior o, tal vez, fue empujado por el joven que entró detrás de él.

—¡Hola, hola! —exclamó el recién llegado.

Era un hombre joven, de mediana estatura, bien constituido, y que llevaba (¡qué lejanos parecían aquellos tiempos!) un esmoquin. Iba muy atildado y pulido. Era un hombre guapo, del llamado estilo clásico, fornido, de facciones regulares y tostado por el sol. Tenía unos ojos castaños que mostraban una esclerótica de un blanco brillante, y un suave cabello rubio oscuro.

Miró primero a Madge y después a Carey.

—Soy Jack Rivers —anunció con una voz de tenor que no era lo suficientemente fuerte para su sólido aspecto, pero que poseía vitalidad y encanto. Una sonrisa dilató sus broncíneas facciones.

—¿El doctor Rivers? —preguntó Madge.

—El mismo. Usted debe de ser miss Palliser, y usted, míster Quint. Louise Benton y el maestro —hizo un movimiento con la cabeza, señalando a H. M.— me hablaron de ustedes. Pero, perdonen, ¿qué están haciendo aquí?

—¿Qué estamos haciendo aquí? —dijo H. M. como un eco, poniendo las manos en la cintura y conteniéndose con un poderoso esfuerzo—. Vinimos a cenar. Eso es lo que estamos haciendo. ¿No lo sabía usted?

El doctor Rivers se le quedó mirando.

—Pero ¡hombre! —rió ligeramente—. La cena se suspendió. ¿No se lo dijo nadie?

—¿Suspendida? ¿Quién la suspendió?

—El propio míster Benton. ¿No le telefoneó a usted?

—No.

En contraste con la rapidez de su voz y de sus movimientos, sus modales eran pausados y serenos, como los de un hombre de más edad.

—He de manifestarles —dijo con tono de desaprobación— que esto no me parece bien. Alguien debió avisarles; Louise debió hacerlo. Yo no he venido más que a saber cómo se encontraba después de la alarma producida por el *raid*.

Al llegar a este punto, el doctor Rivers olfateó el aire.

—Algo se está quemando —dijo como si hubiese hecho un descubrimiento importante, y prosiguió como si no se hubiera interrumpido—: Míster Benton me telefoneó a las siete. Así, sin más ni más. No es que me importe mucho, pero ¡así fue! Dijo que la cena tenía que suspenderse. Dio toda clase de excusas, pero la suspendió. Parecía algo nervioso. Dijo que había adoptado una decisión; que tenía que llevarla a cabo esta misma noche y que no podía posponerla ni un día más...

—¡Espere un momento, muchacho! —gruñó H. M. con una voz tan aguda y tan llena de significados que todos le miraron.

Haciendo un gesto para imponer silencio, se dirigió hacia la puerta del estudio de Edward Benton, al fondo del vestíbulo. Inclinandose, trató de mirar por debajo de la puerta. Luego separó a un lado el cartelito que advertía *Se ruega no interrumpan*, mirando por el ojo de la cerradura, que estaba oculto por la cartulina. Trató de abrir la puerta, pero encontró que estaba cerrada. La voz de Mike Parsons rompió el silencio:

—¡Ya les dije que aquí ocurría algo raro! —exclamó—. ¡Les dije que había un hombre tendido en el suelo! ¡Les dije...!

El doctor Rivers se volvió hacia Mike con el asombro pintado en el rostro. Pero H. M. no le dio tiempo a hablar.

—¡Todo el mundo quieto! —gritó H. M. Parecía que las venas de su cuello iban a estallar. Hizo una seña a Carey—. ¡Usted, muchacho, venga acá! ¿Tiene un cortaplumas?

—Sí. ¿Para qué lo quiere?

H. M. señaló la parte inferior de la puerta.

—Hay un pequeño espacio entre la puerta y el suelo —dijo—. Apenas lo suficientemente grande para introducir la hoja de un cortaplumas. Pero quiero que intente hacerlo con el suyo, corriendo la hoja a todo lo largo de la rendija. Trate de averiguar si hay algo que la obstruya por el interior.

—¿Algo que la obstruya? ¿Por qué?

—No se preocupe. ¡Hágalo!

Carey abrió el cortaplumas y se puso de rodillas. Metió la hoja por debajo de la puerta y la movió cuidadosamente hacia un lado.

—¿Qué hay, hijo?

—En efecto, hay un obstáculo. No es extraño que no viésemos luz.

—¿Qué clase de obstáculo?

—Papel —respondió Carey, volviendo a manipular con la hoja del cortaplumas—. Es un papel grueso. Han pegado una tira a lo largo de la parte inferior de la puerta y el suelo.

—¿A todo lo largo? ¿Está seguro?

—Completamente seguro, sí. Está bastante bien pegada. Como si alguien hubiese querido precintar la habitación para que no entrase el aire o...

—¡Dios mío! —murmuró H. M. volviéndose hacia los otros como galvanizado—. He estado antes en esa habitación y no puedo jurarlo; ¿sabe alguien si hay en ella un mechero de gas?

Madge fue la que respondió:

—Sí —dijo—. Esta tarde se lo oímos mencionar a míster Benton. Dijo...

—La puerta está bien cerrada con llave —continuó H. M.—. La llave no está puesta por dentro en la cerradura, pero hay algo pegado sobre el ojo —miró, lo mismo que hiciera Carey—. Será mejor que se ponga a trabajar con la ganzúa, ¡y hágalo aprisa!

El doctor Rivers se abalanzó hacia ellos. La duda y la ansiedad marcaban en su frente pequeñas arrugas horizontales.

—Si realmente cree que ocurre algo, no es necesaria la ganzúa —dijo, aclarándose la garganta.

—¿Por qué no?

—Todas las puertas que dan al vestíbulo tienen cerraduras idénticas. La llave de una de ellas sirve para las demás, lo mismo que sucede en muchas casas. ¡Veamos!

Todos los movimientos del doctor Rivers eran rápidos y nerviosos y, sin embargo, certeros. Cogió la llave de la puerta del comedor y se la dio a H. M. Este último la introdujo en la cerradura, rompiendo el papel que había pegado por la parte interior de la misma.

—¡Hum! —gruñó H. M.—. ¡Tomen todos una buena cantidad de aire! ¡Y, por el amor de Esaú, consérvenlo hasta que les estallen los pulmones!

El papel se rompió al abrir la puerta de par en par. La ola de gas que se escapó de la habitación era algo semejante a una fuerza física, algo tangible que los golpease. Podía imaginarse que se la veía a la brillante luz de las lámparas del estudio.

Todos ellos, a excepción de H. M., retrocedieron instintivamente. Mike Parsons emitió una especie de balido antes de recordar que debía permanecer con la boca cerrada. H. M. se precipitó al interior de la habitación, seguido por el doctor Rivers.

En el fondo del estudio, en el muro opuesto a la puerta, había dos ventanas con pesados cortinajes de terciopelo color castaño. Entre ellas había una gran caja de cristal, en cuyo interior, según observó Carey como detalle grotesco, veíase una serpiente vercosa enroscada, inmóvil, en las ramas de un pequeño árbol artificial.

Pero nadie se detuvo a ver esto. En la pared de la derecha había una antigua chimenea de caoba, en cuyo interior estaba instalada una estufa de gas. Era una estufa grande, con adornos blancos, en relieve, alrededor de los mecheros. Al escaparse, el

gas silbaba con sordo siseo, que parecía sacudir toda la estancia.

Edward Benton, tan inmóvil como la serpiente de la caja de cristal, se hallaba tendido boca abajo ante la chimenea. Era como si se hubiese caído de un antiguo sillón, tapizado de negro, que estaba cerca del hogar. Su cabeza descansaba sobre el guardafuegos de hierro y tenía los brazos doblados bajo el cuerpo.

Como un demonio de pantomima, H. M. se dirigió a las ventanas inmediatamente y, sin tener para nada en cuenta las órdenes sobre oscurecimiento, descorrió las cortinas. Las ventanas estaban cerradas por dentro y precintadas sus junturas con tiras de papel color castaño. Nuevamente se escuchó el sonido del papel al rasgarse cuando H. M. las abrió.

El doctor Rivers se precipitó hacia la chimenea y cerró la llave del gas. Con enérgico aire de competencia dio la vuelta al cuerpo de Edward Benton, cuya cabeza separó del guardafuego. Fue un cadáver lo que movió.

El rostro estaba azulado, y los ojos no eran más que pequeñas líneas blancas bajo los congestionados párpados. En la parte derecha de la frente podía observarse un violáceo abultamiento, que brillaba débilmente bajo las luces del techo. La boca tenía una expresión lastimosa.

En la muerte, como en la vida, parecía pedir perdón.

Toda la escena parecía desarrollarse como en una pantomima. H. M. señaló el cuerpo y levantó las cejas. El doctor Rivers encogió los hombros con gesto elocuente y movió la cabeza. H. M. hacía gestos de sordomudo, difíciles de entender por un observador. De nuevo movió la cabeza el doctor.

Una ráfaga de aire penetró en la habitación por las abiertas ventanas, haciendo decrecer la densidad del gas. La muerte huía por las ventanas, pero tras sí dejaba un cadáver semejante a un muñeco de paja.

La cabeza de Carey Quint comenzaba a darle vueltas. El gas ataca los rincones más profundos de nuestro ser. Ataca al sistema nervioso y la vista. Tenía el pecho a punto de estallar por el esfuerzo de contener la respiración. Se volvió y pudo ver a Madge detrás de él. Carey le señaló, furioso, la puerta; pero Madge movió la cabeza sin apartar los ojos del cadáver.

El joven no esperó más. La cogió firmemente por un brazo, arrastrándola fuera de la estancia, al vestíbulo. Pasaron ante Mike Parsons, quien por razones solamente por él conocidas, tenía un silbato en la boca y parecía a punto de tocarlo. Hasta que no estuvieron fuera del estudio no habló el joven.

—¡Bueno! —dijo simplemente—. Ya está hecho.

Los dos sentían la cabeza un poco atontada por los efectos del gas. Madge se quitó la plateada capita y la arrojó sobre una silla.

—¿Por qué hizo eso?

—¿Qué?

—Sacarme de ahí.

—¿Cree usted que yo deseaba que respirase veneno?

De repente cambió el tono de la voz de Madge.

—Soy una mala persona, ¿verdad? —preguntó.

En aquel momento no lo parecía. Puede que no tuviese bien la vista. De las bombillas parecían desprenderse los fantasmas de otras bombillas, que danzaban ante sus ojos; los contornos del mobiliario, tapizado de cretona, se movían como en una lenta procesión; un fuelle se abría en la cabeza de Carey, aumentando su mareo.

—¿No lo soy? —insistió Madge.

—Eso no me importa. Es esa infernal costumbre que tiene de salirme con alusiones a la familia siempre que tiene ocasión. Si no lo hace intencionadamente...

—Pero ¡si lo hago! —dijo Madge—. ¡Eso es lo malo! ¡Lo hago intencionadamente! Pero ¿en qué está usted pensando?

—Estaba pensando —respondió él— en lo endiabladamente desconcertante que resulta su proximidad. Estaba pensando en que solamente el hecho de rozar su brazo me hace pensar en cosas de las que es mejor no hablar aquí. En que una mirada de esos picaros ojos me produce la impresión de escapar por una ventana abierta como una flecha de papel. Estaba pensando en echarle la cabeza hacia atrás y besarla hasta que se le bajasen los humos. Estaba pensando...

—¡Carey Quint!... ¿Qué le pasa a usted?

—Sinceramente, señorita, creo que estoy borracho.

—¿Tiene que estar borracho para sentir deseos de besarme?

—Sí.

—Eso no me parece muy agradable.

—¿Quién diablos quiere ser agradable? —preguntó Carey entrando en acción.

Pero apenas sus labios habían tocado su boca, cuando ambos fueron advertidos por el telepático instinto que aparece en los peores momentos.

Madge retrocedió, tratando de disimular como si ni siquiera estuviese en la habitación. Carey, que sentía vacilar su razón, tuvo la vaga certeza de que no estaban solos, aun antes de mirar hacia la puerta de la sala.

Louise Benton estaba en pie en el umbral.

Carey solo podía ver ahora una cosa: un hombre muerto, con el rostro azulado y alterado, hasta el punto de hacer imposible su reconocimiento, tendido de espaldas sobre el suelo del estudio.

Louise Benton no se movió.

El horror se retrataba en sus ojos y en su boca. Con una mano tanteaba la puerta de la sala buscando el picaporte, sin encontrarlo. Llevaba puesto un abrigo ligero, de color claro, y con la otra mano apretaba el bolsillo fuertemente. Veíase que no notaba la presencia de las dos personas que se hallaban ante ella. Veíase que adivinaba, pero que no quería adivinar...

—¿Qué...? —comenzó a decir Louise con un hilo de voz. Se humedeció los labios y luego dijo—: ¡Telefonearon y dijeron que estaba herido!

Madge habló con voz forzada, sin mirarla:

—¿Quién dijo que estaba herido?

—¡Jack Rivers! Dijeron que Jack Rivers estaba herido... Por eso salí. Por eso... —Louise movió bruscamente la mano derecha, golpeándosela contra la puerta—. Por favor, ¿qué ocurre? ¿Qué ha sucedido?

Fue el inapreciable Mike Parsons quien les ayudó a salir del apuro. Se aproximó andando de puntillas, se quitó torpemente su casco de hojalata y tocó a Louise en el hombro.

—Su pobre padre, señorita —dijo con simpático acento de sentimiento—. Está muerto.

Sí, Louise había adivinado. El pesado olor del gas, mezclado con el de la comida quemada, habría anunciado una desgracia hasta a uno que no estuviese enterado de nada.

Louise estuvo a punto de caer; pero Carey, cuyos deseos de asesinar a Mike nunca fueron mayores, corrió hacia ella. Pero su ayuda no fue necesaria; Louise extendió el brazo para apartarle. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para respirar.

—¿Dónde... está?

—En el estudio, miss Benton —respondió Carey dulcemente.

—¿Hay alguien con él?

—Sir Henry Merrivale y el doctor Rivers.

—¡Oh! ¿Está aquí Jack? ¡Menos mal! Yo...

Se volvió, tropezó con el marco de la puerta y luego echó a correr.

—No —dijo Madge—. No vaya con ella. No puede ayudarla. Cierre la puerta.

Carey lo hizo así. Durante el penoso silencio que siguió, mientras pensaban

ambos qué es lo que debían hacer, Carey encontró cigarrillos en una de las cajas que había sobre las mesitas. Pero en el acto de ir a encender uno, se detuvo; no debía hacerlo hasta que la casa estuviese limpia de gas. Ninguno de los dos hizo mención al episodio sucedido hacía uno o dos minutos; los dos se sentían culpables.

—¡Maldita sea! —exclamó Madge de repente—. ¿Por qué las personas tendrán que fastidiarse unas a otras?

—¿Quiere decir por suicidarse?

—Sí. Y todo porque este estúpido Parque va a cerrarse...

—Si es que se suicidó —murmuró Carey.

—¿Sugiere usted algo distinto?

—Bueno —dijo Carey—; ¿no le resulta muy extraño todo esto? —hundió las manos en los bolsillos y comenzó a pasear por la habitación con gesto hosco—. Alguien telefoneó al doctor Rivers y le dijo que la cena se había suspendido. Seguramente para mantenerle alejado de la casa.

—El doctor Rivers dijo que había sido el mismo míster Benton.

—Bien. Supongamos que fue así. Después, alguien telefoneó a Louise Benton, diciéndole que Rivers había sido herido. Probablemente para que se lanzara a una búsqueda desesperada, alejándose así de la casa. ¿Sigue mi pensamiento?

Madge se sentó en el enorme sofá que había próximo a la chimenea.

—Ese es un argumento de mucho peso en favor de la teoría de suicidio.

—¿En favor de la teoría del suicidio? ¿Por qué?

—¿No comprende? Míster Benton se sentía cansado, desesperado, enfermo; iba a suicidarse.

—Bueno, ¿y qué?

—¡Naturalmente, quería estar solo! Como es lógico, no deseaba que alguien le interrumpiese. Por eso telefoneó al doctor Rivers, y le apuesto algo a que también telefoneó a ese individuo, a Horace Benton.

—¿Y Louise?

—Si fingió una llamada a Louise para decirle que Rivers había sido herido en un accidente o algo así, creo que obró mal —dijo Madge—. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Louise no se habría ido por ahí sin decir una palabra a sus invitados, especialmente en unos momentos en que se hallaba bajo el peso de una gran preocupación por su padre, a no ser que tuviese una razón muy poderosa para hacerlo. Está muy enamorada del doctor, ¿no lo ha notado?

—Sí.

—Louise vigilaba a su padre como un halcón a su presa —prosiguió Madge—. Ella era la persona a quien había que quitar de en medio, y esa era la única forma de conseguirlo. Después, todo lo que precisaba era librarse de la doncella, y así se quedaba solo en la casa.

—Pero habrá usted notado que a nosotros no nos avisó.

Madge chasqueó los dedos.

—No nos avisó —dijo— porque no sabía que íbamos a venir —se excitó—. ¿No recuerda? El invitarnos e invitar a H. M. lo pensó Louise a última hora. Probablemente quería darle una sorpresa y no dijo nada. ¡Le apuesto cualquier cosa a que fue eso lo que sucedió!

Carey asintió. Era bastante plausible; encajaba bien. Sin embargo, pensó que había dos hechos que no concordaban con aquella nítida pintura. Estaba a punto de mencionarlos cuando fueron interrumpidos por sir Henry Merrivale. H. M. respiraba con fuerza.

—Siéntese —dijo a Carey, señalando el sofá en que se sentaba Madge—. Tengo que decirles a ustedes dos algo muy serio.

Si ellos le hubiesen conocido mejor, se habrían dado cuenta de que el hecho de que H. M. admitiese la seriedad de cualquier cosa —aparte de las atrocidades contra su dignidad— era algo que no se había oído nunca. Trataron de leer la expresión de su rostro —cosa que los jugadores de póquer del Diógenes Club habían descubierto que eso no daba buenos resultados—, pero percibieron que en ella había un significado y un peligro.

—Louise... —empezó a decir Madge.

—¿Dónde está? —preguntó Carey.

H. M. hizo un movimiento.

—Rivers la lleva arriba —gruñó—. Yo conozco a Rivers desde hace un par de años, y siempre pensé que era un poco presumido; pero no lo es. Es un buen muchacho —y como si diese una información sin importancia, añadió—: La chica se ha desmayado.

—¿Al ver el cuerpo de su padre?

—En parte, por eso, y en parte, por otra cosa. No estoy muy seguro, pero ella adivinó de repente lo que yo he llegado a saber después de mucho pensar.

—¿De qué se trata?

H. M. eludió la respuesta.

—Esa habitación —dijo, señalando con el dedo por encima del hombro— está aireándose. Dentro de unos diez minutos se podrá entrar en ella. Hemos cerrado la puerta y apagado las luces. Mientras tanto, puedo resistir el escuchar los informes que ustedes puedan facilitarme, porque, ¿saben?, ustedes dos son los únicos que pueden ayudarme.

—¿Que nosotros podemos ayudarle? —preguntó Carey con incredulidad.

—Hum... Hum...

—¿En este caso de suicidio? —preguntó Madge.

—En este caso de asesinato —dijo H. M.

Hubo un silencio.

Madge volvió la cabeza para mirar a Carey, y este tuvo una rápida visión de los asombrados ojos verde-gris, de la suave línea de su mejilla y del redondeado mentón antes que la turbadora visión desapareciese. H. M. arrastró un sillón, cuyas ruedas

chirriaron estridentemente, y se colocó frente al sofá.

—Entiéndanme bien —añadió, amenazándoles malévolamente con un dedo—. Esto que voy a decirles no tienen que saberlo más que ustedes dos. No ha de salir de esta habitación. ¿Comprendido? Especialmente, no han de decir ni una sola palabra a la Policía. Déjenla que haga su trabajo y que piense todo lo que quiera. Yo tengo un amigo, llamémosle así —estornudó—, que al presente se encuentra desorganizando el Departamento de Investigación Criminal.

—¿El inspector jefe Masters? —preguntó Carey.

—¿Conoce usted a ese mal sabueso?

—Conozco los casos en que ha intervenido usted.

—¡Oh! ¡Ah! Bueno; traté de hablar con Masters por el teléfono del estudio. No estaba en su despacho, ¡maldito sea! Tenía que ocurrir así. Pero creo que vendrá a husmear por aquí dentro de un día o dos. Dejen que lo haga. Poseo buenas razones para dar a ustedes dos estos detalles y para desear que no los conozca nadie más. Y ya que hemos llegado a este punto, será mejor que les diga algo más sobre Ned Benton.

Ordenando rápidamente todos los hechos en su cerebro, Carey creyó que tenía algo más que una idea de lo que H. M. deseaba. Pero trató de conservar la calma propia de un criminalista.

—En las primeras horas de esta noche —prosiguió H. M.— dije que dudaba de que Ned Benton se suicidase. Podía tener sus rarezas y sus chifladuras, pero estaba demasiado encariñado con su idea de fundar un parque zoológico privado. Desde luego es una idea descabellada. Ned Benton es, mejor dicho, era, un hombre muy rico. Creo que pocas personas adivinarían lo rico que era, porque siempre iba desaliñado y jamás gastaba mucho dinero en nada. Pero los gastos de un parque zoológico privado... ¡Dios mío! Eso significaba la bancarrota. En un año habría perdido todo cuanto hubiese tenido.

Madge frunció el entrecejo.

—¿Quiere usted decir —preguntó— que quería comprar animales de los parques oficiales, como el Regent's Park o el Whipsnade?

H. M. movió la cabeza.

—No, querida. Eso es lo peor.

—¿Qué quiere usted dar a entender?

—Podría comprar en ellos algunas fieras; pero los ejemplares raros, los ejemplares únicos, que son los que quieren los zoólogos, esos no se venden. En primer lugar, desean conservarlos; en segundo, la mayoría de los ejemplares raros proceden de donaciones particulares, y los donantes se pondrían furiosos si fueran vendidos con afán de lucro.

—Entonces, ¿dónde iba a conseguir los ejemplares que deseaba?

—Importándolos —dijo H. M., haciendo una mueca horrible para dar mayor énfasis a sus palabras—. ¿Han oído hablar de una mujer llamada Agnes Noble?

Sus compañeros reflexionaron, haciendo esfuerzos para recordar.

—Alguien mencionó ese nombre en esta misma habitación esta tarde —murmuró Carey—. Pero...

—Agnes Noble —continuó H. M.— es la esposa de un individuo fuerte y taciturno, llamado capitán Noble, que se dedica al negocio de traer fieras vivas. Se pasa la vida vagabundeando por los rincones más extraños de la Tierra, cazando ejemplares para circos y parques zoológicos. Si desean cualquier animalito, desde un gorila hasta la más vulgar culebra, diríjase a él. Agnes Noble es la que dirige el negocio. Conozco a la individua, y es la mujer de negocios más dura que en mi vida he visto, capaz de sacar dinero a las piedras. Un amigo mío dice que el capitán Noble no ha estado en su casa desde hace muchos años a causa de su mujer. Le atosiga, como a todo el mundo, hasta que consigue que entregue el género. Hace casi un año, cuando nació este proyecto, Ned Benton la llamó aquí y le hizo un pedido que los ojos casi se le salieron de las órbitas por el asombro. El capitán Noble tenía que proporcionar un barco lleno de animales, que habría de buscar en dos continentes. La astuta Agnes no dijo: «Pero ¡tenga en cuenta que hay una guerra! Yo puedo conseguirle esos ejemplares, pero no puedo traérselos a Inglaterra». ¡Oh, no! Ella se limitó a decir que se *obtendrían*, y se embolsó un cheque por valor de cinco mil libras. ¡Hum!... He dicho cinco mil libras. Hace tres semanas se recibieron noticias de que el capitán Noble tenía los animalitos y que todo el cargamento estaba dispuesto cerca de Port Elizabeth, en Africa del Sur; pero ¿cómo diablos lo iban a transportar hasta aquí? ¿Ven cómo ahora va tomando forma la historia?

—Perfectamente —dijo Carey, asintiendo.

H. M. quedó en silencio unos instantes, pasándose los dedos por la calva. Después se quedó mirándolos.

—Yo quería a Ned Benton, ¿saben?

Después de esta confesión, que le hizo enrojecer, los miró como invitándoles a hacer algún comentario. Luego prosiguió:

—Este cargamento había de ser la base del nuevo parque zoológico. Allí está esperando, preparado y pagado. Ned no ha podido conseguir su deseo porque no podía obtener permiso del Gobierno para que le dejaran espacio en un barco para traerlo. Esto le deprimió mucho. Aun cuando le dejaran los nuevos ejemplares, no podía tener ninguna clase de reptiles. La colección completa que tiene aquí sería destruida en caso de *raids* aéreos. Sin embargo, allí está el resto del pedido, que significa un nuevo parque zoológico, que significa todo y es todo lo que le queda. Ned Benton era un tipo feliz y entusiasta. Aun antes de esos torpes indicios del llamémosle suicidio no puedo creer, ¡que me asen si lo creo!, que se suicidó antes de tener la seguridad de que no le concedían el permiso para embarcar el cargamento por...

Madge se puso en pie lentamente.

—Pero ¡si se lo concedieron! —gritó.

H. M. se enderezó.

—¡Consiguió el permiso! —repitió Madge muy excitada—. ¿No vio usted esta tarde a míster Benton?

—Me pasé la tarde —dijo H. M.— corriendo por la Casa de los Reptiles, perseguido por un monstruo amarillo y negro, que quería morderme los fondillos de los pantalones. Puede que lo recuerden, ¿no?

Carey carraspeó.

—Escuche, señor —interrumpió—. Todavía no le he pedido perdón por...

Pero H. M. no le escuchaba.

—No contentos con hacer que el corazón de un pobre viejo sufriera palpitaciones y que su sistema nervioso se desequilibrara —prosiguió—, soltaron otro monstruo para que la cosa fuese más interesante. Me divertí extraordinariamente. ¡Muchas gracias!

—¡Fue un accidente, sir Henry!

—Después vine a esta casa —continuó H. M.—, ¿y qué sucede? La joven Louise está aquí con Horace Benton, que acababa de llegar, y, como una cesa especial, me invitan a una cena para que conozca al camorrista, o sea a usted, que es el responsable de todo. Yo le dije que no me importaba conocerle, siempre que a ella no le importase tener la casa un poco desarreglada cuando yo le hubiera arrancado, uno a uno, todos los miembros y después de haber bailado sobre su cuerpo despedazado.

—Pero ¿habló usted con míster Benton? —insistió Madge.

—¿Con cuál de ellos?

—Con Edward Benton, naturalmente. Con el padre de Louise. Con el hombre de quien hemos estado hablando.

—No —admitió H. M.—. Louise iba a mantener en secreto la invitación de los tres comensales extraordinarios, o sea nosotros, para darle una sorpresa.

Madge miró a Carey.

—Se acuerda usted, ¿verdad?

—Tiene razón, sir Henry —dijo Carey—. Cuando míster Benton llegó esta tarde dijo que había conseguido el permiso para el gran cargamento.

H. M. gruñó. Por alguna razón, no parecía muy satisfecho con estas noticias. Aún parecía más preocupado cuando Carey refirió la escena.

—Míster Benton —dijo el joven— iba a conseguir su gran deseo: iba a fundar su parque zoológico privado. En este caso, no tenía razón aparente para suicidarse. Y si no tenía razón para suicidarse...

—Pero ¡asesinato! —protestó Madge.

—¡Oh querida! —dijo H. M.—. La situación es tan extraña como no puede serlo más. ¿Ha pensado en lo que ha ocurrido aquí esta noche? ¿Ha echado una mirada al cuerpo del pobre hombre?

Madge se estremeció.

—No de muy cerca. Y no quiero hacerlo de nuevo —dudó un instante—. Supongo que no hay duda de que ha muerto envenenado por el gas.

—¡Oh, no! Ha muerto envenenado por el gas. En el lado derecho de la frente tiene un golpe, que puede haber sido producido al caer hacia adelante y golpearse la cabeza con el guardafuego. O también pudo producirse alguien que le golpeó en la cabeza, le tiró contra el guardafuego, abrió la llave del gas y le dejó allí para que muriese.

H. M. se detuvo un instante para dejar que la terrible pintura se grabase en sus mentes.

—Solo hay un punto oscuro en todo esto —añadió—. ¿Adivinan cuál?

Carey asintió.

—La habitación precintada, ¿no?

—Exactamente —dijo H. M.—. La habitación literalmente precintada.

Hinchó los carrillos, se ajustó las gafas y fijó en ellos una mirada en la que brillaba algo parecido al espanto.

—¡Que Dios nos asista! —dijo—. Permítanme que les informe de lo que han hecho con el pobre viejo. La puerta estaba cerrada, y las dos ventanas también, por el interior. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

H. M. hizo un gesto burlón.

—Pero eso no dice nada. Simplemente es un hecho sin importancia. El hecho principal, ante el que nos estrellamos, es este: todas las rendijas, hasta las más microscópicas, el espacio que hay en la parte inferior de la puerta, el ojo de la cerradura, las rendijas de las ventanas, todo fue precintado con tiras de papel engomado, «colocado en el interior».

Al llegar a este punto cambió su expresión, mirándolos de soslayo.

—Supongamos que se trata de un asesinato, ¿eh? Por supuesto que hay medios para cerrar las puertas y las ventanas. Yo sé más de ello que ninguna de las personas que actualmente hay en la cárcel. Pero, ¡en nombre del cielo!, ¿cómo puede un asesino matar a su víctima, abrir la llave del gas y salirse lindamente de la habitación, dejándolo todo precintado con papel desde el interior?

Se hizo un profundo silencio. De pronto, en el vestíbulo comenzó a sonar con aguda insistencia el timbre de la puerta. Su sonido hizo saltar a los tres; parecía subrayar burlonamente las palabras de H. M.

—¡Eso es imposible! ¡Eso no puede hacerse! —exclamó Madge.

—¡Oh querida, ya lo sé! Sé que no puede hacerse; pero ¿de qué sirve decirlo cuando ya se ha hecho?

—¿Cómo puede usted estar seguro de ello?

—Yo soy ya viejo —dijo H. M. con sencillez—. Conozco las tretas; las huelo, por decirlo así. Por eso es por lo que deseo que me den un consejo profesional para empezar a trabajar.

—¿Un consejo profesional?

—Los Palliser, y especialmente los Quint, han sido expertos en fugas desde hace

cuatro generaciones. ¡Creo que ustedes tendrán algunas gotas de sangre de la familia en sus venas! Y les repito: ¿no pueden ustedes proporcionarme alguna sugerencia que me sirva de ayuda?

Madge y Carey se miraron. De nuevo sonó el timbre de la puerta, lo que hizo jurar a H. M., quien alargó la cabeza hacia el vestíbulo.

—En efecto —aseguró Madge—, no puede hacerse. Lo más seguro es que el pobre hombre se suicidase.

H. M. tenía una expresión obstinada.

—Sir Henry, lo sé perfectamente. A mi padre, Sandros Palliser, le retaron una vez para que hiciera eso.

—¿Hacer qué?

—Escapar de una habitación y dejarla precintada. Y no pudo aceptar el reto porque no podía hacerlo.

Carey Quint, adoptando un aire doctoral, se acariciaba la barbilla con tal actitud de suficiencia que las sospechas de Madge se despertaron al punto.

—Mi padre... —comenzó Carey.

—¿Va usted a decir, míster Quint, que un miembro de su preciosa pandilla de piratas puede hacer algo que un Palliser no haga?

El timbre sonaba de nuevo.

—¡Por el amor de Esaú! —gruñó H. M.—. ¿Es que no va a ir nadie a abrir esa puerta?

Carey, con un distraído ademán de su mano, que podía significar muchas cosas, se levantó y fue a abrir la puerta. No había señal de Mike Parsons en el vestíbulo.

—¡Oh! —oyó vagamente que le decía H. M.—. Probablemente es la Policía. Tuve que llamar a la División. ¡Mucho cuidado ahora! ¡Ni una palabra de lo que hemos estado hablando hasta que yo diga! ¿Comprenden?

Pero no era la Policía. Abismado en sus pensamientos, tan halagado por verse envuelto en las investigaciones del caso, proponiéndose resolver el problema de la habitación precintada o romperse un vaso sanguíneo del cerebro, Carey abrió la puerta.

Retrocedió, asombrado, al ver a la persona que entró casi corriendo y estuvo a punto de chocar contra él.

—Soy Agnes Noble —dijo la recién llegada—, y tengo que ver a míster Benton inmediatamente.

Carey retrocedió dos pasos.

—El caso es que... —comenzó a decir.

—No le conozco a usted —dijo mistress Noble—. ¿Puedo saber con quién hablo?

Agnes Noble era una mujer de estatura mediana, muy compuesta, de erguida espalda, y que vestía un traje sastre de paño verdoso. Debía de tener unos cuarenta años. Su cabello era crespo y de un color rojo oscuro, hasta el punto de parecer que estaba teñido con un mal tinte. Hubiera sido bonita a no ser por la expresión ceñuda y determinada que se retrataba en su rostro, excesivamente maquillado.

Entró con viveza y cerró la puerta tras sí. Agnes Noble tenía la costumbre de levantar y bajar los hombros, como para dar más fuerza a cualquier argumento. Además, tenía el desconcertante hábito de mantener la mirada fija en el rostro de su interlocutor mientras esperaba una respuesta.

—Me permito rogarle —repitió con trivial cortesía— que me diga con quién estoy hablando.

—Mi nombre es Quint, mistress Noble. Me temo que no podrá ver a míster Benton. El caso es que...

—¿Qué? —preguntó mistress Noble, alargando el cuello como si fuera un poco sorda.

—He dicho que no puede usted ver a míster Benton.

—¿Me permite preguntarle por qué?

—Porque... ¡está muerto!

—¿Muerto? —exclamó mistress Noble, echando hacia atrás la cabeza—. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quiere decirme qué significa esto?

—El caso es, mistress Noble...

—¿Qué? —gritó mistress Noble, alargando nuevamente el cuello y volviéndolo a su posición normal inmediatamente.

Los ojos, que no se separaban de su rostro, eran autoritarios.

—Tenga la bondad de pasar —dijo Carey.

Le siguió al interior de la sala, levantando y bajando los hombros. Sus modales sugerían lo que es posible que ella sintiese: que el hecho real de la muerte de Edward Benton era un deliberado acto de descortesía hacia su persona. Más tarde habrían de saber que Agnes Noble comerció mucho con esto. Carey presentó a sus compañeros.

—Permítame que le presente a miss Madge Palliser y a sir Henry Merrivale, un amigo de la familia. Si desea usted saber algo...

—¿Habría alguien tan amable que me diga qué significa todo esto? ¿Ha muerto

míster Benton?

—¡Hum, hum! —respondió H. M. sin moverse de la silla—. ¿Le ha telefoneado alguien a usted también?

—Perdóneme —dijo mistress Noble— si me abstengo de responder a sus preguntas antes de consultar con mi abogado sobre ciertos aspectos financieros de este asunto. ¿Cómo ha muerto míster Benton?

—Suicidio —respondió H. M.—. Se ha envenenado con emanaciones de gas en su estudio.

Mistress Noble abrió los ojos y apretó los labios. Pero era muy dueña de sí y no hizo ningún comentario. Permaneció en silencio unos momentos, pensando qué era lo que debía hacer.

—Tenga la bondad de informarme —dijo fríamente— si está usted completamente satisfecho.

—¿Satisfecho?

—De que no haya sido otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿Por qué lo pregunta?

—El hecho de contestar a mi pregunta —dijo mistress Noble arqueando las cejas— es una simple cuestión de buena educación.

H. M. cerró los ojos y los abrió de nuevo. Sin embargo, era asombrosa la suavidad con que respondió.

—Ned Benton —dijo— murió en una habitación en la que habían sido precintadas con papel todas las rendijas a fin de que el gas no se escapase del interior. Tendrá usted que pasarse mucho tiempo mirando a las estrellas antes de resolver este problema.

Mistress Noble reflexionó.

—¿Quiénes son los albaceas testamentarios? —preguntó.

—¡Cielo santo! ¿Cómo voy a saberlo? Mi amigo acaba de morir y nadie se ha preocupado de eso.

—Claro —dijo mistress Noble con una ligera sonrisa—. Nadie ha pensado en eso todavía. ¿Ni siquiera su hija?

—Yo no lo sé, señora.

—¿Puedo preguntar dónde se encuentra ahora miss Benton?

—Está arriba.

Mistress Noble se volvió hacia Carey.

—¿Sería usted tan amable, míster Quint, que subiera y preguntase a miss Benton si puede bajar un momento? Me gustaría hablar unas palabras con ella.

—Miss Benton —dijo Carey— ha sufrido un rudo golpe en su sistema nervioso y no me parece conveniente molestarla por el momento.

Mistress Noble parpadeó. Aunque continuaba sonriéndole, su voz vibraba por la sorpresa.

—En realidad, míster Quint, mi petición no es tan irrazonable o tan difícil de

ejecutar, ¿verdad? Perdóneme si le pido algo que le ocasione mucha molestia. Pero me parece que solo por cortesía...

—No creo...

—¿Qué? —preguntó mistress Noble, comprendiéndole al punto y haciendo que Carey se pusiera a la defensiva.

El muchacho había reconocido la táctica y se enfureció, aunque su furia era impotente ante la seguridad de aquella mujer en sí misma.

—Digo —Carey espaciaba las palabras para hacerlas más distintas— que me parece mejor que, por el momento, no molestemos a miss Benton.

Mistress Noble, la incansable estratega, se preparó con gran placer para la batalla.

—Haga el favor de definir claramente su posición, míster Quint. Si le estoy pidiendo un favor demasiado grande, si estoy abusando de su paciencia al pedirle que transmita un mensaje que no es una ofensa, como parece que lo ha sido, para cualquier persona de educación corriente...

—Todo eso no es necesario —interrumpió la voz de Louise Benton.

Louise avanzaba lentamente por el vestíbulo. Su cuerpo estaba rígido y sus ojos enrojecidos por el llanto. El doctor Rivers la seguía, llevándola por el brazo, como para guiarla. El bien parecido doctor demostraba una preocupación y un simpático aire de protección que hicieron aumentar la estima de Carey por él. Hasta sir Henry Merrivale, si esto puede creerse, se levantó de su silla y se acercó a Louise con aspecto de viejo búho.

—No ha debido bajar —dijo Madge.

—Estoy bien —dijo Louise, pasándose el dorso de la mano por la frente—. Quiero estar aquí cuando llegue la Policía.

Se produjo un extraño silencio.

—¡Oh, sí! La Policía —observó mistress Noble—. Buenas noches, miss Benton —añadió muy cortésmente.

—Buenas noches, mistress Noble.

—Me ha causado un profundo asombro y un gran pesar —mistress Noble daba una extraña entonación a cada una de sus palabras— el enterarme de la muerte de su padre. He de añadir que no deseo molestarla más esta noche.

—Gracias.

—Pero mañana, o pasado, cuando le sea conveniente, le rogaré me conceda unos minutos para tratar de un asunto de importancia para las dos. Este infortunado suicidio...

—No ha sido suicidio —dijo Louise con un cambio en sus modales, que se cargaron de violencia—. ¡Lo han asesinado! ¡Lo han asesinado! ¡Lo han asesinado!

De nuevo se produjo un extraño silencio en la habitación.

—Eso es lo que voy a decir a la Policía —dijo Louise—. Eso es lo que voy a decir a todo el mundo hasta que me crean.

—Cálmese, querida —aconsejó el doctor Rivers con voz suave.

Louise Se volvió hacia él y apoyó su vacilante mano en el brazo del joven.

—No me abandonará, ¿verdad?

—¡Claro que no, querida! ¡No la abandonaré!

—¡Qué infamia! —exclamó Louise dirigiéndose a los demás y como buscando las palabras—. ¡Un pobre viejo que no ha hecho jamás el menor daño a nadie! Y, sin embargo, ¡lo han asesinado!

Agnes Noble permanecía impasible y con el aire de mujer de negocios que la caracterizaba.

—¿Tiene usted alguna razón para decir eso, miss Benton?

—Tengo muchas razones —respondió Louise—, pero le diré la más breve. Comprendí que lo habían matado tan pronto como eché una mirada al interior de aquella habitación. ¡Él no habría matado a *Patience*!

Los asombrados oyentes se miraron interrogativamente unos a otros.

—¿No habría matado a *Patience*? —repitió Madge.

Son las cosas nimias las que, al recordar a los muertos, se soportan más difícilmente. Louise se mordió el labio inferior.

—Mi padre tenía una pequeña serpiente arbórea —dijo—. La recibió esta misma tarde, por ferrocarril, encerrada en una caja de madera —Louise se dirigió a Madge y a Carey—. ¿Lo recuerdan? ¡Ustedes estaban aquí cuando la trajo!

Ellos asintieron. Todavía veían en su imaginación a Edward Benton caminando con paso vacilante y llevando con cuidado reverente la caja de madera.

—Dijo que iba a llamarla *Patience* —prosiguió Louise—. La puso en esa caja grande de cristal que tiene en su estudio dedicada a los ejemplares raros. Ahora está muerta, enroscada al árbol artificial que hay dentro de la caja. ¿Se ha dado alguien cuenta de ello?

—¡Hum! Yo me di cuenta —gruñó H. M.

—¡Muerta con el mismo gas que le mató a él!

¿Comprenden? ¡Él no habría hecho eso! ¡Quien diga que sí, es que no conocía a mi padre!

El doctor Rivers se aclaró la garganta.

—Desde luego; es un punto que debe tomarse en consideración —dijo, aunque no muy convencido de ello—. Pero, al mismo tiempo, querida, ¡es un detalle tan insignificante!

—¿Detalle insignificante? —gritó Louise.

—¿No lo es? Teniendo en cuenta todas las otras pruebas...

Louise se dirigió a los demás tan tranquila, con tanto sentido común y claridad como si hubiese estado hablando de otra cosa.

—Esta noche, a eso de las siete —continuó—, Rosemary, la doncella, y yo estábamos preparando la cena, cuando sonó el teléfono. Una voz masculina pidió hablar conmigo y dijo...

Carey se dio cuenta de que todos escuchaban con redoblada atención.

—La voz dijo que el doctor Rivers había sido gravemente herido al chocar su coche con un camión en Giltspur Street, y preguntó si yo podía ir en seguida. Naturalmente, yo me inquieté un poco.

—¡Hum! —gruñó H. M.—. Continúe.

—No sospeché nada, ni aun al enterarme de que el sitio del accidente estaba tan lejos de aquí, precisamente porque se encuentra próximo al Bart's Hospital, y pensé que Jack estaría camino de aquí. Dije a Rosemary que continuase ella con los preparativos de la cena, supliqué a mi padre que explicase todo a los invitados y me fui corriendo. Ni que decir tiene que en Giltspur Street no existía el número 231 B, que fue el que me dieron por teléfono. Mientras iba de un lado a otro tratando de encontrarlo, aumentando mi desesperación a cada momento, ¿quién creerán que apareció? Pues Rosemary. La misma voz había vuelto a llamar, diciéndole que yo la necesitaba para cuidar al doctor Rivers.

H. M., con los brazos cruzados, estaba en pie de espaldas a la chimenea. Louise hacía su relato como si allí no hubiese otra persona más que él.

—Supongo —dijo H. M.. que no era la voz de su padre la que oyó por el teléfono. Louise se le quedó mirando, asombrada.

—¿La voz de mi padre? ¡Cielo santo, no! Mi padre estaba en la misma habitación que yo cuando me llamaron.

—¿Cómo recibió él la noticia? Quiero decir, la noticia del falso accidente de Rivers.

—Pues se sobresaltó. No sé qué otra cosa quiere que le diga.

—¡Hum! Continúe.

—He estado comparando datos con Jack —crispó los dedos sobre el brazo del doctor y le miró a la cara—. Parece ser que él recibió una llamada telefónica, que se supuso provenía de mi padre, diciéndole que la cena se había suspendido.

Rivers se pasó una mano por su suave cabello rubio.

—¡Es la cosa más diabólica que he oído en mi vida! —declaró. Todo su frívolo universo parecía haberse venido abajo—. Después de todo —sus finas cejas se fruncieron—, he de hacer constar que yo habría jurado que era la voz de míster Benton la que me hablaba. Pero supongo que no pudo ser así, a menos que...

—¿A menos qué? —preguntó Louise rápidamente.

—Nada, querida; olvídelo.

—Y ahora —prosiguió Louise, haciendo enormes esfuerzos para contener el llanto—, no hace cinco minutos todavía, nos hemos puesto en contacto con el tío Horace —de nuevo apeló a Rivers—, ¿verdad?

—Sí, querida, pero...

—Allí había ocurrido exactamente igual. Tío Horace tiene un piso en Maida Vale. Alguien le llamó por teléfono cuando se estaba vistiendo para venir aquí. Muy inteligente, ¿verdad? La voz engañó a su mismo hermano; él también creyó que era mi padre.

En aquel momento, Louise perdió el dominio sobre sí misma. Se cogió el rostro con las manos; tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Oh Dios mío! ¡He tenido tanto miedo a que se suicidara! Estaba tan preocupada que casi me volvía loca. Esta tarde... se le disparó una pistola... Por un momento pensé que...; pero después... Sabía que no podía hacerlo.

—Esto tiene que terminar —dijo el doctor Rivers, poniendo un brazo con ademán protector alrededor de los hombros de Louise, cuyo cuerpo temblaba.

—No podía hacerlo —repitió—, porque acababa de decirme que había conseguido en un barco el espacio que necesitaba. Iba a tener su parque zoológico particular. ¡Qué se le iba a hacer! ¡Aun cuando nos arruinásemos! Cuando dejé de preocuparme de ese asunto, solamente un poco, sucede esto otro. Y es esta crueldad incomprensible lo que no puedo entender. ¿Por qué tenían que matarlo? ¿Puede decírmelo alguien?

El doctor Rivers parecía un poco aturdido, pero no tuvo necesidad de contestar.

Fuera, en el vestíbulo, sonaron pasos apresurados de alguien que caminaba pesadamente. Procedían, evidentemente, de la parte posterior de la casa.

Un hombre robusto, de aspecto jovial, entró en la habitación casi sin aliento, rozando el marco de la puerta como pudiera haberlo hecho un gato. Suavemente apartó a un lado a Rivers y se inclinó sobre el rostro de Louise.

—¡Es horrible! —dijo con voz agradable, aunque ronca por el paso de los años y el uso del *whisky* y el oporto—. ¡Esto es horrible! ¿Cómo se encuentra mi niña?

—Gracias, Horace —dijo Louise. El tono de su voz era de agradecimiento y respondió a su intento de sonrisa—. Estoy bien.

El recién llegado se aclaró la garganta.

—¡Me alegro! —dijo con voz insegura—. Sin embargo, es una cosa horrible. Cogí un taxi y vine tan pronto como pude —sacó un enorme pañuelo de seda del bolsillo posterior del pantalón y se enjugó la frente—. Entré por la puerta de atrás. Hay un espantoso olor a gas en toda la casa. ¿Ha sido de esa forma como...?

—Sí.

Horace Benton se estremeció. No era un estremecimiento convencional o fingido, no era un mero gesto. Evidentemente, le repugnaba la idea de la muerte producida por las emanaciones del gas.

—¡Uf! —murmuró, enjugándose de nuevo la frente—. ¡Pobre Ned!

Carey y Madge le habían visto aquella misma tarde, vestido con un traje de deporte color mostaza. Ahora llevaba un traje azul marino. Pero ellos no le habían visto muy de cerca, y Horace Benton era una de esas personas que se hacen agradables instintivamente cuando se las conoce más íntimamente.

Su expresión franca y alegre, las oscuras cejas, que contrastaban con el cabello gris, que en otro tiempo fue negro; los suaves ojos claros, que eran lo único que recordaban a su hermano, hasta la rubicunda piel y su cuello curtido, componían un conjunto de franqueza y amabilidad.

Horace Benton se aclaró la garganta de nuevo.

—Sir Henry Merrivale —dijo, moviendo el pañuelo, como inseguro de la forma en que debía saludar en una casa donde había un cadáver—, mistress Noble. Ustedes dos son, seguramente, los jóvenes que practican el ilusionismo, ¿verdad?

Madge y Carey murmuraron algunas palabras corteses. Horace Benton volvió a guardarse el pañuelo.

—¡Es espantoso! —barbotó—. Especialmente para esta pobre muchacha. Pero no puede decirse que ha sido inesperado. Hace meses que Ned no era el mismo de antes...

Louise juntó las manos con gesto de súplica.

—¡Por favor! —dijo—. ¡Por favor! ¡No digas eso tú también!

—¿Qué pasa, querida? ¿Qué es lo que he dicho?

—¡No se suicidó! ¡Alguien le dio un golpe en la cabeza! ¡Aquí mismo! Y lo dejó ahí para que muriese.

El rostro de Horace Benton expresó la mayor consternación.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡No es momento de bromear, querida! ¿Quién iba a querer matar al pobre Ned?

Pero Louise no le escuchaba. Como si hubiera visto algo con el rabillo del ojo, como si presintiese una acusación que no podía comprender, su expresión se hizo resuelta. Su voz, de ordinario suave, rompió el silencio con una aguda nota. Moviéndose repentinamente la cabeza en dirección a Agnes Noble, preguntó:

—¿Por qué sonrío esa mujer?

—Realmente —observó mistress Noble—, creo que miss Benton se encuentra un poco trastornada —exageraba la cortesía de sus palabras—. Lamento haber entretenido a miss Benton durante tanto rato. Me despediré de ustedes y les quedaré muy agradecida si alguien me busca un taxi.

—¿Por qué sonrías esa mujer?

—¿Estaba sonriendo, querida? —preguntó Horace, visiblemente confundido y disgustado por este desatino—. No me di cuenta. Y de todas formas, ¿eso qué importa? ¡Escucha! En cuanto a ese otro asunto...

—Cuando se marche de esta casa —dijo Louise—, empezará a hablar mal de nosotros. Quiero saber qué acusaciones ha inventado.

—Doctor Rivers —dijo mistress Noble—, ¿será usted tan amable que me consiga un taxi?

El mismo Rivers estaba un poco trastornado. Por pura cortesía echó una mirada a su alrededor buscando un teléfono. Después, mientras se dirigía hacia el estudio, titubeó y se detuvo de repente, dándose cuenta de algo que le produjo una sensación de alivio.

—Lo siento, mistress Noble, pero no puedo hacerlo. Todavía no ha cesado la alarma aérea, y el servicio telefónico está interrumpido mientras dura.

Mistress Noble demostró un gran asombro.

—Es cierto —dijo—. ¿No hay una parada de taxis en Bayswater Road?

—Sí, claro; pero...

—¿Qué? —preguntó mistress Noble, avanzando un poco y alargando el cuello para percibir su respuesta.

—Por lo general, no hay taxis disponibles allí a esta hora de la noche.

—Doctor Rivers, seguramente le será posible llegarse hasta la parada y cerciorarse de ello.

—Pero escuche...

—Quizá tarde usted cinco o diez minutos, y me parece que es una cosa de la más elemental educación. Después de todo, cuando una se ha tomado la molestia de venir hasta aquí...

—Sí —interrumpió Louise—. ¿Por qué ha venido, mistress Noble?

—Si eso le falla, tal vez será usted tan amable que espere un poco por Bayswater Road hasta que encuentre un taxi. En realidad, doctor Rivers, creo que no le estoy pidiendo ninguna cosa fuera de razón, ¿verdad?

—¡No se lo busque, Jack! —dijo Louise—. ¡Por una sola vez! ¡Por favor, haga

que responda a nuestras preguntas, en lugar de obligarnos a contestar a las suyas!

—Doctor Rivers, por lo menos hágame el favor de definir su posición. ¿Es, en su opinión, una cosa extraordinaria el que pida un taxi?

—Está bien; le buscaré uno.

—Gracias, doctor Rivers.

Una vez conseguida esta victoria, mistress Noble se volvió vivamente y con una amable sonrisa se dispuso a entendedérselas con su otro antagonista. Pero con estas cosas no iban a marchar tan bien.

—Ruego a todos ustedes que sean testigos de que he hecho todo lo posible por evitar cualquier choque desagradable con miss Benton.

—¿Por qué ha venido aquí? ¿Le telefoneó mi padre?

—Acaso se les cite a todos ustedes para ser testigos ante los tribunales. No, miss Benton, nadie me telefoneó.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—¿Tiene usted derecho a hacer esa pregunta?

—Lo tengo.

Los oscuros ojos de mistress Noble, tan inexpresivos como los de un buey, parecían, sin embargo, tener reflejos rojos, como su oscuro cabello.

—La muerte de míster Benton —dijo de repente, mostrando la verdadera causa de su disgusto— me ha privado de ciertos ingresos. ¿Puede negar esto, miss Benton?

—¡No sé de lo que está hablando! ¡Le preguntaba a usted...!

—Por mi mediación —prosiguió mistress Noble—, míster Benton compró a mi esposo una considerable cantidad de animales para el parque zoológico que tenía en proyecto. ¿Puede negarlo, miss Benton?

—Yo...

—Por un amigo común —dijo mistress Noble, levantando la voz— me enteré esta tarde de que míster Benton había conseguido, al fin, el ansiado permiso para traer a Inglaterra el cargamento de animales. Una vez que esto se hubiera realizado, míster Benton tenía la intención de encargarse de otra partida, del mismo origen, que costaría aún más dinero. ¿Puede negarlo, miss Benton?

—¡No! ¡Yo no lo niego! Hablé de ello esta misma noche, pero...

—¿Quién tiene interés de índole económica en impedir esto? —preguntó mistress Noble.

Por espacio de unos segundos se quedaron sin comprender lo que quería decir.

—Este proyecto de míster Benton —prosiguió mistress Noble— habría consumido una gran cantidad de dinero. Puede ser que en un año o dos hubiese gastado toda su fortuna. ¿Había alguna persona que tuviese interés en evitar esto antes que comenzase a llevarse a efecto? No digo más. Deseo ser absolutamente sincera. Pero si tienen, si verdaderamente tienen que buscar motivos...

Levantó los hombros y los volvió a bajar con un gesto de decisión.

Louise quedó paralizada por el horror y la incredulidad. Horace Benton abrió la

boca como para hablar y la cerró sin pronunciar palabra. Aquello fue como si ante todos ellos, igual que una serpiente venenosa, apareciese una nueva faceta de aquel asunto, que a ninguno se le hubiese ocurrido antes.

—Y ahora, doctor Rivers, ¿será usted tan amable que me busque un taxi?

Rivers habló suavemente, espaciando las palabras:

—No, mistress Noble. No se lo buscaré. Lo que acaba de decir es una venenosa y totalmente indigna acusación contra miss Benton.

Mistress Noble arqueó las cejas.

—¿De veras, doctor Rivers? No me había dado cuenta de que mencionase el nombre de miss Benton.

—Eso es lo que quería usted decir, ¿no? —preguntó el joven médico.

—Corríjame si me equivoco, doctor Rivers, pero me parece que prometió usted buscarme un taxi, y lo dijo con toda claridad.

—Vamos a hablar con sinceridad —dijo Rivers, apretando las mandíbulas—. ¿Está usted insinuando, o no, que alguien ha matado a míster Benton con objeto de evitar que llevase a cabo su proyecto?

—No estoy en un error; solo hace unos minutos que me hizo usted esa promesa. Yo pedí un taxi. Estoy tratando con caballeros, y aunque tenga mis dudas sobre el proceder de algunos, me parece que no es preciso recordárselo dos veces.

Al llegar a este punto, preciso es confesarlo, Carey Quint estaba ya tan harto del asunto de los taxis que se hubiera puesto a gritar. Experimentaba vehementes deseos de golpear a cualquiera que mencionase aquello otra vez. Pero aquel no era el único signo de que la atmósfera estaba cargada; una atmósfera cuya tensión se hacía peligrosa por momentos.

—¡Jack, tiene que hacer algo! —dijo Louise, recobrándose después del golpe, que la había dejado blanca como el papel—. ¡Iría contando esa historia por todas partes!

Mistress Noble se volvió rápidamente.

—¡Miss Benton, tenga cuidado en no llevar sus impertinencias demasiado lejos!

—¡Acosará a la Policía con ella! —dijo Louise—. ¡No les dejaré un momento de respiro! ¡No cesará de atosigarles hasta que...!

—La muerte de su padre, miss Benton, ha sido un suicidio. Y, por su propio interés, no es conveniente que lo haga pasar por otra cosa.

—¡Cielo santo! ¿Quién piensa ahora en mi propio interés?

—Desde luego que usted no, ¿verdad? —exclamó mistress Noble—. ¡Qué divertido!

—¡Escuchen! —rugió, más que dijo, sir Henry Merrivale.

Se hizo un silencio de muerte. Era la voz que hacía huir a las mecanógrafas como conejos asustados. H. M. había estado escuchando toda la conversación con gesto agrio, con un cigarro apagado en la comisura de la boca. Lo separó de allí para poder gritar; los miró a todos, y después, algo más suavemente, dijo.

—Hemos de ver un cadáver. ¿Tiene alguien que hacer alguna objeción?

—¿Un cadáver? ¿Por qué? —preguntó Horace Benton.

—Tenemos que dejar sentadas unas cuantas cosas ahora y aquí —gruñó H. M.—.
¡Vengan conmigo!

El doctor Rivers comenzó a protestar en beneficio de Louise, pero ella puso suavemente la mano en el brazo del doctor y este se calló. H. M., en silencio, abrió la marcha hacia el estudio.

Las luces estaban encendidas de nuevo. Semejante a un gnomo, con su casco azul y el bigote manchado de nicotina, Mike Parsons arreglaba los pliegues de las cortinas de la ventana situada a la izquierda.

Un penetrante olor a gas llenaba aún la habitación, semejante al aliento del suicidio. Había impregnado los muebles y las maderas de la estancia, y no desaparecería en varios días. Pero, por lo menos, ahora era posible respirar allí y grabar en la mente lo que antes no habían sido más que manchas borrosas.

Evitando mirar el cadáver, que se hallaba ahora tendido de espaldas, con los brazos abiertos, y ante la chimenea de caoba, Carey abrió los ojos para no perder el menor detalle de lo que ocurriese.

El estudio era una habitación cuadrada, de buen aspecto, cuyo suelo estaba cubierto con una alfombra de color castaño claro. La pintura de las paredes era aún más clara, con adornos dorados, imitando oro viejo. Los muebles eran antiguos, al igual que las sillas forradas de cuero negro. También se veían anticuados ceniceros de plata y una vieja librería con las puertas de cristal. En la habitación había un archivo, una mesa de despacho, de caoba, en el centro, un sillón giratorio y un pedestal para el dictáfono.

Carey percibió el desorden que reinaba sobre la mesa. Encima del pliego de papel secante veíanse varios objetos: un trozo de papel color castaño, del que corrientemente se utiliza para los embalajes, del cual habían cortado algunas tiras; un par de tijeras abiertas; un frasco de goma abierto, con el pincel todavía pegajoso, colocado sobre la boca. Todos los preparativos para el suicidio de un hombre calenturiento, que cortó unas tiras de papel para encerrarse con la muerte. En medio de todo aquello había una llave; seguramente la de la habitación. Y entre las dos ventanas, provistas de cortinas de color castaño... Allí estaba la caja. Oblonga, soportada por cuatro esbeltas patas, reflejando las luces del techo. En su interior, como un enigma, la negra serpiente continuaba arrollada a las ramas del árbol artificial, cuyo color verde resaltaba en la habitación de amortiguados tonos.

¡Él no habría matado a *Patience*! ¡Él no habría matado a *Patience*! ¡Él no habría matado a *Patience*! Y, siempre, las miradas convergían hacia el hombre que no habría dado muerte a *Patience*, que se encontraba ahora, inmóvil, junto al hogar.

Con un gemido de dolor, Horace Benton se acercó de puntillas al cadáver, se estremeció y, luego, se separó de allí.

—¡Pobre Ned! —murmuró, enjugándose los ojos furtivamente.

—Sí —dijo Louise, y ocultó el rostro en el hombro del doctor Rivers.

—¿Podemos hacer aquí algo útil? —preguntó el doctor, aclarándose la garganta.

—Esto es muy desagradable —murmuró Agnes Noble.

—He corrido las cortinas de nuevo —dijo Mike Parsons.

Y Madge Palliser, al lado de Carey Quint, experimentó un estremecimiento semejante al que, según el vulgo, se siente cuando «alguien pisa nuestra tumba». Ella tenía la vaga conciencia de lo que estaba ocurriendo. Al oír aquellas voces, apagadas, rápidas, mezclándose unas con otras, tuvo la diabólica sensación de que, entre ellas, susurraba la voz de un asesino. No podía percibir su rostro; solo veía una pintada máscara de goma, que simulaba una expresión de pena o de respeto hacia la muerte. Pero la sensación de perversidad, de positiva y tangible perversidad, que sentía al situarse en aquel plano se hizo tan fuerte que se alegró de que las luces estuvieran encendidas.

H. M., en el centro de la habitación, en pie, al lado de la mesa, lo sentía también.

—Miren bien a su alrededor —dijo— antes que empecemos a discutir por qué se ha hecho esto. Miren bien a su alrededor y luego díganme cómo ha podido hacerse.

Se quitó el cigarro de la boca, los miró a todos otra vez y volvió a colocarse el cigarro entre los labios. Sin hacer caso de las protestas de Mike, corrió las cortinas de las ventanas, y todos pudieron ver las tiras de papel color castaño, rasgadas, que habían precintado las hojas de las ventanas a cada lado de los cierres. Volvió a correr las cortinas y se dirigió hacia la puerta, señalando la tira de papel rota y suelta entre la parte inferior de aquella y el umbral.

—No hay duda de que esto ha sido pegado por la parte de dentro. Este joven —señaló a Carey con la cabeza— lo comprobó con su cortaplumas. ¿Tengo razón, muchacho?

—Sí; es cierto.

—En cuanto a las ventanas, fui a examinarlas tan pronto como entramos aquí, y estaban precintadas sin ningún género de dudas. La puerta y las ventanas son las únicas vías de entrada o salida de la habitación. Si ha habido un asesino, estaba aquí, dentro de la habitación. No se puede golpear a un hombre en la cabeza, no puede abrirse la llave del gas ni pueden utilizarse las tijeras y la goma desde lejos. Bien: ¡díganme cómo diablos salió de aquí!

Se detuvo un momento para que aquello se grabase en sus mentes. Era algo que no se le había ocurrido nunca a Louise. Protegiéndose los ojos con la mano, miró primero hacia la puerta y después hacia las ventanas.

—Yo..., yo no lo sé —admitió.

H. M. explicó el caso más detalladamente, en términos tan claros —pero imposibles de transcribir—, que Horace Benton lanzó un ahogado suspiro de alivio.

—Ya lo ves, querida —dijo Horace, dirigiéndose a su sobrina—. Estás ladrando al árbol que no es; nos estás asustando por nada. El pobre Ned se suicidó.

—He tratado de hacer ver a Louise —dijo el doctor Rivers— que se ha estado atormentando sin necesidad. Esa es la única explicación posible. A no ser que —trató

de adoptar un tono ligero— nuestros dos magos tengan algo que ver con todo esto.

—¿Alguno de ustedes sería tan amable que me explicara lo que quieren decir esas alusiones a los magos? —preguntó mistress Noble.

—¡Quint! ¡Palliser! —dijo Horace—. He visto algunas cosas en el viejo Isis Theatre, tales como el autómatas que juega a los naipes, espectáculo que hace poner el pelo de punta. Una vez vi a Sandros Palliser pasar a través de un muro de ladrillo — miró a Madge con interés—. La mano es más rápida que el ojo, ¿verdad?

Por primera vez en su vida Madge pareció molesta al verse convertida en el centro del interés de todos.

—Siento decirle que no —replicó—, aunque todos nosotros es eso lo que queremos que se piense. La mano no es más rápida que el ojo, ni mucho menos.

—Entonces, ¿cuál es el secreto, miss Palliser?

—Bueno, se basa en el principio de la falsa dirección. Se hace creer al público que ha visto una cosa, cuando, en realidad, ha visto otra. Se le hace creer que ha oído una cosa, cuando se ha oído...

Madge se detuvo bruscamente. En su rostro se reflejaba una expresión parecida al asombro. Siguiendo la dirección de su mirada, Carey vio que sus ojos estaban fijos en una cosa, sin más interés ni significación que una quemada cerilla de papel.

El fósforo, que no era más que un diminuto fragmento, se hallaba sobre la alfombra, próximo a una mesita con útiles de fumador. Carey recordó que Edward Benton había tirado una cerilla en el suelo de la sala cuando empezó a encender su pipa aquella tarde. Seguramente se trataba de una costumbre del muerto.

—Siga, querida —dijo H. M. con un extraño tono de voz—. ¿Tiene alguna idea dentro de esa cabecita?

—¿Idea? ¡Oh! —Madge despertó; se echó a reír moviendo la cabeza, aun cuando todavía quedaba una mirada indefinible en sus ojos verde-gris—. En realidad, no era nada. Solamente un ejemplo, aunque, por supuesto, no lo es.

—Gracias —dijo H. M., mirándola por encima de las gafas—. Eso es de una claridad meridiana.

—Lo que quiero decir es que se pretende que hay una cosa cuando, en realidad, no la hay. Después hay que ocultarla. Cuando pise terreno firme en este asunto, posiblemente me encontraré en condiciones de ayudarles.

—Todo eso está muy bien —dijo el doctor Rivers, no sin cierta impaciencia—. Pero este no es un asunto que precise ayuda, ¿no?

Solo el encanto que emanaban los modales del doctor le salvaron de parecer impertinente. Parecía querer recalcar que el sentido común es sentido común, y nada más.

—¡Al diablo todo! —continuó—. No deseamos ninguna ayuda que nos haga meternos en un lío mayor que este en que estamos. Para eso no queremos ninguna ayuda, ¿verdad? Es un asunto feo, lo admito. Sé lo que Louise siente —se inclinó hacia ella, que le dirigió una mirada tan tímida y, sin embargo, de tan apasionada

devoción, que el doctor pareció embarazado—. ¿De qué sirve decir que se trata de un asesinato cuando podemos ver que no lo es? ¿No está de acuerdo conmigo, Louise?

Louise juntó las manos.

—¡No lo sé! —respondió.

Enferma por la duda y la incertidumbre, tenía un aspecto que, en una persona tan equilibrada, tan sana y tan sencilla, era casi el de una loca. Puede que tenga razón, Jack. No lo sé.

—Ahí está la puerta —el doctor Rivers señaló hacia ella—. Ahí están las ventanas —su ademán fue aún más enérgico—. ¿Puede decirme cómo salió de aquí el asesino?

—No, Jack, no puedo hacerlo.

—Mistress Noble —dijo Rivers amargamente—, ha hecho una acusación o, por lo menos, ha insinuado algo que nos ha trastornado a todos.

—¡Por San Jorge que sí! —dijo Horace Benton.

—Debemos alegrarnos, debemos estar muy contentos de ver que no hay nada en esa acusación. Nunca lo ha habido, por supuesto —Rivers hizo la observación rápidamente—; pero quiero decir que, de todos modos, debemos alegrarnos. Ya se ha preocupado usted bastante, Louise. No he de consentir que siga haciéndolo por más tiempo.

De nuevo el timbre de la puerta principal de la casa dejó oír su insistente repiqueteo. El doctor Rivers parecía arrastrado por su propia elocuencia.

—Es la Policía, sin duda alguna —continuó—. Hemos telefoneado hace mucho tiempo. Si quiere subir y acostarse, yo me las arreglaré de modo que no la molesten esta noche. Pero, sobre todo, querida, olvide todas esas tonterías del asesinato. Nadie en el mundo hubiera querido matar a su padre. ¡Todo el mundo le quería! Ellos..., ellos...

—Era un gran hombre, sí, señor. El patrón era un gran hombre —gruñó Mike Parsons.

—El mejor del mundo —declaró Horace Benton.

Louise se acercó a la caja de cristal que contenía la serpiente muerta, la miró largo rato y después se volvió.

—Mi padre fue asesinado, Jack.

—Louise, ¡por el amor de Dios!

—¡Espere! ¡Escúcheme! —no hablaba fuerte—. Seré buena, Jack. Le estoy muy agradecida. Si quiere que diga algo, lo diré —hablaba con sinceridad y desesperación—. Estoy cansada, estoy asustada, y tengo la impresión de que, ahora que él ha muerto, todo el mundo me abandonará.

—No diga tonterías, querida. No puede creer eso.

—Ya lo sé, Jack. Lo siento, pero es así. Uno no puede evitar el sentir lo que siente. Haré lo que me diga; obedeceré sus órdenes; no preguntaré nada. Y eso a pesar de que sé que ha sido asesinado —su voz subió de tono—. Le digo, querido,

¡que sé que ha sido asesinado! —sus ojos, cargados de asombro y dolor, recorrieron lentamente la habitación, buscando, buscando; sus manos se movían espasmódicamente—. Pero ¿cómo le han matado? ¿Cómo le han matado? ¿Cómo?

Y ahora debe dejarse bien sentado, y no sin sentimiento, que en el poco digno comportamiento de sir Henry Merrivale en la Casa de los Reptiles, la tarde del siguiente día, hubo una buena dosis de burla, que no concordaba con la majestad de su aspecto.

Aquel día, sábado 7 de septiembre, Carey Quint se despertó tarde, después de pasar una mala noche. Experimentó un gran alivio al encontrarse en su habitación del último piso de St. Thomas's Hall, sobre el teatro, bañada por los suaves rayos del sol, que entraban por la ventana de pequeños cristales. Le dolía la cabeza y se sentía cansado. En sueños había visitado lugares lejanos y peligrosos.

Su dormitorio, al igual que la mayoría de las otras habitaciones del piso, era viejo y reducido. El papel de las paredes no había sido cambiado desde principio de siglo, en parte por la gran cantidad de fotografías relacionadas con el teatro que cubrían las paredes. Una cama grande de bronce, contemporánea del papel, que se iba poniendo negra con los años, estaba colocada frente a una chimenea sobre la que colgaba un gran daguerrotipo de su bisabuelo Chester Quint.

Hemos de confesar que el bisabuelo tenía un aspecto imponente.

La fotografía, hecha durante su *tournee* por América, en 1868, le representaba con dos dedos metidos entre la botonadura del pecho de su levita. El rostro consistía, principalmente, en una majestuosa barba negra y unos magníficos bigotes, sobre los que se veían dos ojos acusadores que parecían mirar por encima de una bien colocada bufanda.

Aunque no era una visión muy estimulante, para ser la primera cosa que se viera por la mañana, a Carey le gustaba bastante.

Se sentó sobre la cama, se colocó unas almohadas a la espalda, encendió un cigarrillo y se quedó mirando tristemente a los acusadores ojos de su bisabuelo. El orden por el que fueron ocurriendo a Carey sus pensamientos fue el siguiente:

Primero: Tenía conciencia de que se había puesto en ridículo ante Madge Palliser.

Segundo: ¿Cómo habría podido salir ningún ser humano de aquella habitación precintada?

Por lo que se refiere al primer punto, Carey llegó a la conclusión de que estaba definitivamente perdido. Después de casi destruir la Casa de los Reptiles, y bajo la influencia de las emanaciones del gas, había tratado de raptar a Madge, diciendo cosas que ahora le producían escalofríos.

Ella no le había permitido acompañarla a casa la noche anterior, después de disolverse el grupo; a su casa, es decir, al piso en que vivía, sobre el Isis Theatre. Un

cortés inspector de detectives de la División D, de Paddington, les había tenido allí hasta la una de la madrugada, contestando pacientemente a una serie de preguntas que no tenían más fin que el de destrozarse los nervios.

Por lo que se refiere al punto segundo, aquel milagro de escapar de una habitación precintada con papel engomado..., en el caso de que se tratase de un asesinato. Pero tenía que ser un crimen. H. M., el viejo maestro, lo había dicho.

Lo que exasperaba a Carey de este problema era su extraordinaria simplicidad. Era un reto a sus dotes de adivinación. Sabía, por haber sido educado como correspondía a un Quint, que el secreto, probablemente, era también sencillo. El secreto de los más extraordinarios trucos casi siempre lo es. Tómese, por ejemplo, el caso de *Fátima*, el famoso muñeco que jugaba al *whist*.

Chester Quint, a quien su bisnieto saludaba ahora, había inventado el principio por el que *Fátima* funcionaba, intentando presentarlo en sus *Misterios de otoño*, 1874, dándole el nombre de *Penélope*, que era el nombre de su esposa. Mientras tanto, en las *Noches fantásticas*, de Abel Palliser, apareció un muñeco semejante, con el nombre de *Fátima*, que llenó el Isis Theatre por espacio de seis meses.

Chester Quint creyó que le habían robado su idea, y así lo dijo. Abel Palliser le puso una denuncia por calumnia. Los dos famosos ilusionistas se encontraron al salir de los tribunales, y Chester Quint golpeó en la cabeza a Abel Palliser con un paraguas. Abel Palliser respondió con un puñetazo en la nariz de su adversario, terminando por ir todos a la estación de Policía de Bow Street. Y así comenzó la famosa querrela que ardía ininterrumpidamente desde hacía sesenta y cinco años.

Pero ¿y *Fátima*?

Fátima era un muñeco de metal con figura de mujer. Se exhibía colocado sobre un cilindro de cristal transparente, para demostrar que no existían alambres ni ningún otro medio de comunicación bajo el escenario. El público podía acercarse a ella, tocarla, asegurarse de que no había ningún alambre. Mientras tanto, el muñeco jugaba al *whist* con todo el que lo deseaba, eligiendo las cartas con sus dedos de metal y haciendo girar los ojos cuando le hacían trampa.

«*Fátima* es un misterio», decía la Prensa.

La pura realidad era que no tenía alambre alguno. Dentro de la diminuta figura no podía esconderse una persona y, sin embargo, cuando se explicaba el secreto, era tan sencillo que causaba asombro no haberlo adivinado.^[2]

—¡Escucha, viejo! —dijo Carey, dirigiéndose al daguerrotipo—. Esa habitación precintada es, seguramente, una cosa tan sencilla como *Fátima* o el *Duende de papel*. Pero ¿qué diablos es?

En aquel instante sonó el teléfono colocado a la cabecera de la cama.

Mirando tristemente los imponentes bigotes de Chester, Carey extendió un largo brazo, cogió el teléfono y pronto se olvidó de su bisabuelo.

—¿Hablo con míster Carey Quint? —preguntó una voz dulce, que hizo palpitar aceleradamente el corazón del joven.

—Hola, Madge —dijo Carey.

—Carey.

Era la primera vez que le llamaba por su nombre de pila. La voz era vacilante.

—¿Qué hay?

—Alguien ha tratado de asesinarme durante la pasada noche.

Carey se quedó mirando el teléfono. Después echó a un lado las ropas de la cama y sacó las piernas, sentándose en el borde del lecho. Tiró el cigarrillo sobre la alfombra y durante un segundo estuvo a punto de pisarlo automáticamente con el pie desnudo. Después, cogiendo el teléfono fuertemente, preguntó:

—¿Está usted bromeando?

—No; no estoy bromeando.

—¿No se trata —insistió, lleno de sospechas— de otra zancadilla? ¿No me pondrá en cuidado para después comenzar a decir tonterías de nuevo?

—Estoy hablándole completamente en serio. Es cierto. ¡Estoy asustada!

—¿Qué ha sucedido? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Fue en el teatro —respondió Madge—, cuando volví a casa anoche. No sé quién fue, pero..., bueno, no importa; ya se lo contaré más tarde.

—¿Dónde está usted ahora?

—Estoy en casa de los Benton —contestó Madge—. El inspector de Policía dijo que quería vernos aquí a todos por la mañana. Me refiero a las personas que estábamos en la casa cuando se descubrió el cadáver —al llegar a este punto, Carey tuvo la impresión de que Madge había mirado por encima de su hombro, en actitud vigilante—. Pero Louise está fuera, haciendo la compra, y nadie ha venido; estoy completamente sola. ¿No va usted a venir?

El cigarrillo encendido estaba haciendo un agujero en la vieja alfombra. Carey se inclinó, lo cogió y lo lanzó a la chimenea.

—Estaré ahí —prometió— tan pronto como me haya vestido. ¡Espere un minuto, no se vaya! ¿Puede usted indicarme algún motivo, aparte de uno o dos en los que yo pienso, por el que alguien quisiera...?

—¡No; ahí está la cosa!

—¿No habrá descubierto usted, por casualidad, algo respecto al asesino o a sus métodos?

La voz de Madge volvió a recobrar un poco de su pasada emoción.

—Querido, yo debería decir que sí —dijo con dulzura—. ¡Cómo me gustaría poder hacerlo! —su voz cambió de nuevo—. Pero no. ¡Lo juro! ¡No sé nada! ¿No puede usted venir?

—S. Tenga paciencia. ¡Estaré ahí en un abrir y cerrar de ojos!

Esto era pensar con demasiado optimismo. Carey, a pesar de que recordaba los punzantes comentarios que Madge hiciera el día anterior, se bañó y se afeitó con frenética velocidad en el primitivo cuarto de baño, pero la mañana no fue afortunada para él.

La primera cosa que le ocurrió fue la rotura del cordón de uno de los zapatos.

Para un hombre que tiene prisa hay pocas cosas más desesperantes que esta. Generalmente no suele ocurrir más que en estos casos, y lo peor es que nunca hay un par de cordones de repuesto. Diariamente se pasa por infinidad de calles, ante gentes que venden cordones de zapatos, y nunca se le ocurre a uno comprar un par.

Con los dientes apretados y los dedos temblorosos, Carey hizo un nudo en el cordón roto, con la esperanza de que no se notase mucho. Pero tan pronto como apretó, el nudo se deshizo. Luego de repetir esta operación tres veces, contó hasta diez y se fue a buscar otro par de zapatos. Encontró un zapato, pero no pudo dar con el compañero, y tuvo que resignarse a utilizar el primer par.

Por fin consiguió que el último nudo resistiese, y esto contribuyó a mejorar su humor, hasta que llegó el momento de comenzar la caza cotidiana de una camisa limpia. La primera que halló en el caótico cajón de una cómoda no tenía botón en el cuello. La segunda era diferente: no tenía botones en la pechera. Carey miró al retrato de su bisabuelo y se encaró con él.

—¿Por qué motivo —preguntó con la camisa en la mano— hacen esto en los lavaderos? ¿Por qué arrancan cuidadosamente todos los botones, primero, y luego lavan con todo cariño? ¿Por qué no adoptan una actitud más franca? ¿Por qué no dicen: «Bueno, muchacho; ya hemos arrancado todos los botones de su camisa, ya se la hemos estropeado, ya hemos hecho nuestro trabajo; ahora, ¡lávela usted!»?

No obtuvo respuesta alguna, y ciertos ruidos sospechosos le hicieron correr a la cocina, donde se hacía su desayuno. Cogió la cafetera un momento antes que se saliera el líquido, pero cuando se estaba sirviendo el té se escurrió la tapa y fue a caer dentro de una ensaladera llena de huevos. Aun así y todo, no se habría retrasado mucho de no haber perdido tanto tiempo lanzando juramentos.

Ya había pasado la hora del almuerzo cuando, como disparado por una catapulta, salió de un taxi ante las puertas del Royal Albert.

Como era sábado, el Parque estaba muy concurrido. Carey se desesperó ante la puerta giratoria antes de lograr entrar. Echó a andar por los senderos asfaltados, y a largos pasos llegó en unos segundos a la valla que cercaba la casa del director.

No fue necesario que oprimiese el timbre. La puerta principal estaba de par en par. La primera persona a quien vio fue a Madge Palliser. Salió como una flecha de una puerta situada al fondo y a la derecha del vestíbulo y se precipitó hacia adelante igual que un torbellino, mientras le apuntaba con una pistola automática.

—¡Hola! —gritó Carey.

El hecho de encontrarse con el cañón de una Colt 32 produce cierta sorpresa en cualquier momento. Al ver quién era, Madge bajó el arma.

—¿De dónde diablos ha sacado eso? —preguntó Carey.

—Me la encontré.

—¿Se la encontró?

—Ahí, en el armario.

Y Madge hizo un movimiento con la cabeza en dirección a la puerta por la que acababa de salir.

—¿Qué estaba usted haciendo en el armario?

—Buscando pistas.

Carey metió la cabeza en el mueble, no descubriendo más pistas que dos sacudidores, un cubo, una aspiradora, unos cuantos chanclos y el contador del gas.

—No he encontrado ninguna pista —dijo Madge—; pero, en cambio, he hallado esta pistola. ¿No se acuerda? Míster Benton tenía ayer una pistola y se le disparó. Louise se la quitó y debió de ponerla en el armario, porque la encontré en el entrepaño. Creo que me voy a quedar con ella; me parece que la necesito.

No cabía la menor duda de que la muchacha estaba terriblemente asustada. Sin embargo, no podía sustraerse a la dramática atracción de la pistola. Madge manejaba el arma con un desdeñoso y afectado descuido, igual que si se tratase de una inofensiva pistola de las que usan en las películas. Carey alargó la mano.

—Démela —dijo.

—¡No!

—¿Ha usado alguna antes de ahora? ¿Sabe cómo se manejan?

—Todo lo que hay que hacer —dijo Madge— es apretar el gatillo.

—Sí —dijo Carey—. Por eso es por lo que tengo miedo. ¡Vamos, démela!

Madge se la dio a regañadientes; pero, sin embargo, con cierto alivio. Aunque no demostraba estar contenta de verle, se notaba que era así. El simple hecho de haberla encontrado producía una sensación de alivio en Carey, a pesar de su tardanza, a causa de los cordones de los zapatos, camisas sin botones, cafeteras que rebosan y otras cosas por el estilo, corrientes en la vida cotidiana, que, junto con el perturbador efecto que siempre producía en sus juicios, le hacía poner más reparos de los que eran precisos.

Abrió la recámara de la pistola y comprobó que estaba cargada y que no faltaba más que un cartucho.

—¿Qué se propone usted al registrar las casas de otras personas buscando pistas? —preguntó Carey—. ¿Qué se propone al apoderarse de las cosas que pertenecen a otras personas?

Carey cerró la recámara y se guardó la pistola en el bolsillo.

—¿Qué otra cosa podía hacer cuando no hay nadie aquí?

—¿Quiere usted decir que no ha venido nadie todavía?

—No —dijo Madge—, ni siquiera Louise. Hace horas que estoy aquí. He estado saliendo al vestíbulo para ver si, por fin, aparecía alguien, pero no era así, y volvía a entrar. Una de las veces, cuando estaba mirando en el interior del armario, creí que alguien me observaba desde la puerta principal. Di un grito, pero la persona no respondió y desapareció. ¡Si supiera por lo que he pasado, míster Carey Quint!...

—Cuéntemelo.

Madge respiró profundamente.

—La noche pasada —dijo— alguien abrió la llave del calentador de gas de mi habitación y me encerró mientras dormía.

—¡Diablos del infierno!

Su miedo no era fingido ni se trataba de una *pose* dramática. De nuevo era el foco del mal que se extendía para actuar. Aquello le hizo reaccionar violentamente. Pensó en el llamativo Isis Theatre, con sus viejos asientos y sus cortinas de felpa roja; en el polvo acumulado allí durante años y en el solitario pisito de la última planta, entre los tejados de St. Martin's Lane.

—Si hubiera tenido un sueño corriente —continuó Madge—, hubiera seguido durmiendo y jamás habría despertado. Pero no era así. Después del horrible incidente de anoche, soñaba con gas. Debe de ser el subconsciente o algo por el estilo. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Sí.

—Me desperté —dijo la joven— y noté el olor del gas, viendo que las ventanas estaban cerradas, aunque yo las había dejado abiertas. No pude salir, porque la puerta estaba cerrada por fuera. Pero abrí una de las ventanas y grité. Por la noche, esa parte de la ciudad está terriblemente solitaria, y un policía pudo oírme. Entró, me sacó y eso es todo.

La muchacha era valiente. Contó todo aquello demostrando tan poca emoción como si estuviese relatando lo sucedido a otra persona. Era una figura retadora, vestida con un jersey de brillante color amarillo y una falda color castaño. Pero continuaba echándose hacia atrás, con gesto nervioso, su espeso cabello, aclarándose la garganta y frotándose las manos una contra otra.

—Como usted sabe, se dice que el Isis está encantado —prosiguió—. La gente me dice: «¿Cómo puede usted vivir en ese lugar?». A mi no me ha importado nada hasta anoche. Casi nací y me he criado allí. Es como si se tratara del desván de la casa propia, con todos los baúles y todas las cosas que nos fascinan cuando somos niños. Pero ¡anoche...! —se estremeció—. Si no hubiera sido por aquel guardia, no sé qué es lo que habría hecho. Me dijo que tenía que marcharse; pero yo le hice que se quedara. Le di cerveza y estuve enseñándole juegos de naipes hasta que hubo bastante claridad para distinguir las cosas.

—¿Por qué no me llamó?

—No sabía si a usted le iba a gustar que lo hiciese.

—¡Maldita sea! Pero, Madge...

—Podía usted haber dicho que me estaba comportando de nuevo de una manera teatral.

Carey sintió deseos de arrodillarse y pedirle perdón. Pensó en entregarle la pistola y decirle: «¡Tómela! ¡Quédese con ella!». En lugar de esto, rodeó sus hombros con un brazo y la estrechó fuertemente, como expresándole todo aquello. Ella dudó un momento y luego miró hacia otro lado.

—Carey, tengo miedo.

—Pero ¿por qué habrían de querer...? —se le ocurrió otro pensamiento desagradable—. ¿No hicieron ninguna tontería con papel engomado?

—No; fue sencillamente un intento de asesinato.

—¿Vio u oyó usted algo sospechoso antes de acostarse?

—No; todo estaba como de costumbre.

—¿Cerró la puerta de su dormitorio?

—No; nunca lo hago.

—La primera pregunta a que tenemos que contestar es: ¿cómo entró en el teatro el asesino? Porque no podía ser más que el asesino, sin tener en cuenta cómo lo hizo en su piso.

—Hay cinco entradas en el Isis —dijo Madge—, y los cerrojos de dos de ellas no han funcionado bien desde hace muchos años. Es demasiado costoso tener un guarda de noche cuando el teatro no funciona.

—Pero ¡espere un momento! ¿Cómo pudo ese individuo descubrirla y aparecer en escena cuando no hacía aún seis horas que su primera víctima estaba muerta? ¿Conocía a alguna de estas personas antes de lo que sucedió ayer?

—No.

Carey se frotó la mandíbula.

—Después de todo —indicó—, un teatro no es un sitio corriente para vivir. Cualquier persona que mire en el listín de teléfonos creerá que se trata de la oficina del teatro. Alguien conoce no solamente que usted vive allí, sino el lugar del piso donde se encuentra su dormitorio. ¡Maldita sea! ¿Quién puede saberlo?

—Cualquiera que lea el *Picture Post* —respondió Madge.

Carey se quedó mirándola.

—¡Publicidad! —dijo Madge—. Me dedicaron dos páginas completas. ¡La primera mujer ilusionista! Dónde vivo, cómo vivo, todas mis costumbres y hasta la disposición del piso. Debería saberlo. Dijo usted que había visto las fotografías, y que yo no era tan fea como esperaba.

Carey retiró su brazo de los hombros de Madge. Dio una vuelta por el vestíbulo, batiendo el aire con el puño cerrado. De nada servía preguntarse una y otra vez el porqué de todo aquello.

Era algo diabólico. La presencia del asesino se abatía sobre ellos con una sofocante proximidad; los rodeaba, los envolvía, aun cuando no tenían la menor idea de quién pudiera ser.

—Lo que me da miedo —dijo Madge de repente— es que tratará de hacerlo otra vez.

—No debe continuar en el Isis. Eso es indudable.

—Puedo continuar en el Isis —gritó Madge—. Si míster Benton no estaba seguro en el estudio de su propia casa, ¿dónde lo puedo estar yo?

—Pero ¡ese es el sitio ideal para un asesino! Solitario, apartado, lleno de escondrijos... —se detuvo en sus paseos—. ¡Oiga! ¿Ha hablado a alguien más de este

ataque?

—No. Iba a telefonar a sir Henry Merrivale, pero luego pensé que sería mejor esperar hasta que le viese.

—Entonces el asesino debe de pensar que ha tenido éxito; no debe saber que está viva.

Madge se estremeció, y Carey prosiguió hablando como para borrar lo que significaba todo lo que estaba diciendo.

—Si observamos sus rostros y descubrimos quién es el que muestra sorpresa cuando... —de nuevo se detuvo con una amarga sensación de fracaso—. No; eso tampoco sirve de nada. Si esa persona tiene algún sentido común, se cerciorará primeramente de si su tentativa ha tenido éxito. Puede ser que hasta la oyese gritar llamando al guardia, en cuyo caso sabe ya que ha fracasado. Y esta mañana estará provista de un magnífico rostro de jugador de póquer. Pero es lo único que podemos ensayar. ¡Por el momento, debemos mantener esto en secreto!

—¿Sabe usted —dijo Madge con voz extraña— por qué vine aquí tan pronto esta mañana?

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque estoy asustada. Quería estar cerca de las cosas a las que temo, o bien ver si me ocurría algo. Tiene que ser alguna de estas personas. ¡No puede ser nadie más! A no ser que...

Se interrumpió.

Horace Benton, recién salido de las manos del barbero y fumando un magnífico cigarro, se aproximaba a la casa caminando por el prado. Su robusta figura, vestida decorosamente de negro, bloqueó la puerta principal, privándoles de la luz del sol. Inició un saludo cordial, pero, recordando la presencia de la muerte, tosió, adoptó un aire circunspecto y se acercó a ellos con paso grave.

—Tengo un mensaje para ustedes dos —dijo—. Se requiere su presencia en la Casa de los Reptiles.

—¿En la Casa de los Reptiles? —preguntó Madge—. ¿Por qué allí?

Horace Benton movió la cabeza.

—No se lo puedo decir. Pero allí están Merrivale y Jack Rivers, y también —dudó un instante— un policía.

—¿Se refiere usted al inspector de la División que estuvo aquí anoche? ¿El que nos dijo que viniésemos esta mañana?

—La reunión se ha suspendido también —dijo Horace con una sonrisa tan débil que ni aun a él mismo pareció convincente—, porque este inspector no es el mismo. Es otro distinto; un inspector jefe de Scotland Yard.

Carey silbó.

—¿Se llama Masters y es el inspector jefe? —preguntó.

—Creo que es algo por el estilo —admitió Horace.

Aspiró el fragante humo de su cigarro con menos placer que lo hiciera anteriormente. A consecuencia del calor, su cuello estaba tan rojo y arrugado como el de un pavo. Carey pensó por un momento que tenía todo el aire de un agente comercial ofendido. Luego soltó una carcajada estentórea que dejó asombrados a los dos jóvenes.

—El inspector jefe —continuó— ha tenido la audacia de hacerme un montón de preguntas. ¿Cuándo vine del Canadá? Hace dos meses. ¿Por qué? Para realizar algún trabajo de guerra. ¿Prosperaban mis negocios en el Canadá? No; soy demasiado confiado. ¿Qué estaba haciendo yo anoche entre las ocho y media y las nueve? —Horace volvió a reír estrepitosamente—. Tuve el gusto de decirle que, entre las ocho y media y las nueve, me hallaba en mi piso de Hammersleigh Mansions, en Maida Vale, y que eso lo pueden probar varias personas. Esto fue todo. ¡Adiós y buena suerte!

Guiñando un ojo a consecuencia del humo del cigarro, que se le había introducido en él, Horace movió la mano con un gesto de despedida. Se adelantó un poco y tocó el brazo de Madge como lo hubiese hecho un hermano mayor.

—De todas formas —añadió—, vayan a la Casa de los Reptiles y vean a Merrivale. Louise ha ido a la funeraria; yo echaré una mirada por aquí.

Desde la casa del director a su punto de destino solo había unos dos minutos de camino. Se marcha por la avenida principal, bordeada de árboles y conocida con el nombre de Broad Walk, donde, en tiempo normal, los chiquillos montan sobre los elefantes. Se deja atrás una estatua, increíblemente fea, del príncipe consorte, erigida sobre un pedestal de mármol rosa, cuya inscripción proclama que su alteza real tuvo

un gran placer en inaugurar estos jardines en el año de la Gran Exposición.

Aquel día los caminos estaban llenos de gente, a pesar de las incidentales alarmas diurnas a causa de los *raids*, a las que nadie prestaba la menor atención.

El chapoteo de las focas en su estanque, los gritos de los chiquillos, los inquietantes sonidos, casi humanos, procedentes de la jaula de los monos, perseguían a Carey y a Madge al salir al espacio abierto que hay entre el departamento de los leones y la Casa de los Reptiles.

En los escalones de esta se hallaba sir Henry Merrivale, y frente a él, dando la espalda a los recién llegados, veíase una delgada y erguida figura, que al pronto no reconocieron por ir vestida con un traje de montar y estar cubierta por un bombín. Pero identificaron su chillona y estridente voz.

—Debo preguntarle, sir Henry... —comenzó a decir Agnes Noble.

—¡Por el amor de Dios, mujer! —dijo el descortés gran hombre—. ¡Váyase de aquí y no vuelva! ¿Me explico con claridad? ¡Váyase al diablo! ¡Pronto! ¡Vamos!

—Cualquier caballero... —dijo mistress Noble.

—Por última vez —dijo sir Henry, haciéndole una mueca y dando a su rostro la expresión que él creía no debía ser la de un caballero— le digo que no sirve de nada dirigirse a mí hablando de esa forma. ¡Tengo sangre de pirata! ¡Soy peligroso! ¡Mire! —señaló a otra robusta figura, cubierta por otro bombín, que se dirigía hacia ellos, caminando muy de prisa desde el departamento de los leones—. Ese es el inspector jefe Masters; ese es el individuo a quien usted quiere ver.

—¿Dónde? ¿Cuál?

H. M. señaló otra vez. Mistress Noble se inclinó con fría cortesía y comenzó la persecución del inspector con paso rápido, que sugería la marcha de un ganso, y que pronto se convirtió casi en una carrera. H. M. la miró un momento antes de volverse para mirar a Carey y a Madge.

—¿De modo —gruñó, dirigiéndose a la joven con una sombra de inquietud en el rostro— que ahora han tratado de eliminarla a usted? ¿Abriendo la llave del gas durante la noche, exactamente igual que a Ned Benton?

Madge se quedó parada.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, verá —dijo H. M. como excusándose—. Fue usted salvada por un guardia, ¿no?

—Sí, pero...

—El *poli*— dijo H. M.— tuvo que dar su informe. Este llegó a la Jefatura pocas horas después que el informe sobre el suicidio de Ned Benton. El superintendente tiene un cerebro muy suspicaz y dijo a Masters que echase una ojeada sobre esta rara coincidencia..., y ahí lo tiene.

—¿De modo que el suicidio se admite ahora como asesinato? —dijo Carey.

—No se admite, no. Pero se sospecha tanto como para ponerle la etiqueta. Y después de todo —gruñó H. M. haciendo un gesto con la mano—, está admitido por

mí que se trata de un asesinato. ¿Por qué no?

Carey se le quedó mirando.

—Pero ¿por qué este cambio? —preguntó—. ¡Anoche decía usted a todo el mundo que se trataba de un suicidio!

—Tenía mis razones para ello —dijo H. M., fijando en él una severa mirada—. Confíe en este viejo. Anoche se pronunciaron palabras que causarían sensaciones muy desagradables en el cerebro de una persona inteligente.

—Si tiene usted el hilo del asunto y cree saber quién lo ha hecho...

H. M. dudó. Miró ceñudo hacia la parte en que estaban los leones y dijo:

—Bueno... Eso es mucho decir, muchacho. Pero, extraoficialmente, puedo indicarle quién no lo hizo.

—¿Quién?

—Horace Benton. Tiene una coartada más grande que una casa. ¿Recuerda usted a qué hora descubrimos el cadáver de Ned Benton?

—Creo —dijo Carey amargamente— que hubiera debido mirar el reloj para poder testificar posteriormente, pero estaba demasiado excitado con todo aquel lío. No me fijé en la hora.

—Yo, sí —dijo H. M.—. Eran las nueve menos cuarto. Y eso no es todo. Yo también entiendo algo de medicina —su voz parecía excusarse—, y puedo decirle algo más: cuando entramos en la habitación, Ned no llevaba muerto más de un minuto o dos. ¡Oh Dios mío! ¡Creo que eso quiere decir algo!

Los miró fijamente, pero no esperó a que le respondiesen.

—Entre las ocho y media y las nueve menos cuarto, Horace Benton estuvo sentado en el salón de su piso, a bastante distancia de aquí, leyendo y escuchando la radio. Dice que tres personas entraron allí a distintas horas y que pueden probarlo. Si lo que dice es cierto, y sería estúpido mentir en una cosa que puede comprobarse con tanta facilidad, entonces el tío Horace está descartado definitivamente.

—En cierto modo, me alegro mucho —dijo Madge.

—¿Y eso por qué, querida?

—Porque no me fío de él —dijo Madge, haciendo un mohín con los labios—. No sé por qué, pero no me fío de él.

—Y si ha oído usted los detalles de lo que le sucedió anoche a Madge... —interrumpió Carey, ceñudo.

—Lo sé, lo sé —gruñó H. M., haciendo unos gestos exagerados—. ¡Por el amor de Esaú, denme una oportunidad! Cuando termine mi martirio —miró significativamente a Madge por encima de las gafas— quiero charlar un rato con usted. Mientras tanto, querida, no se separe de mí.

—¡Su martirio! ¿Qué martirio?

—¡Serpientes! —dijo H. M. lacónicamente.

—¿Qué les pasa?

—Un chico muy listo, llamado Rivers —replicó H. M.—, me ha estado dando la

lata hasta que ha conseguido que le prometa ir a ver cómo extrae el veneno de esos malditos bichos. Ayer vine aquí, tranquilo y confiado, y experimenté un choque nervioso que...

—¡Condenación! —gruñó Carey—. ¿No puede olvidar eso?

H. M. no olvidaba nada.

—Les diré un secreto —dijo confidencialmente, mirando a su alrededor para cerciorarse de que nadie le oía—. No me gustan las serpientes —bajó aún más la voz para comunicarles el resto—. ¡Me dan miedo!

Aun a su pesar, Madge esbozó una sonrisa.

—¿De veras, sir Henry?

—Puede usted pensar lo que quiera —aseguró con un expresivo gesto—, pero es cierto. Y no hay nada en el mundo que me arrastre de aquí para ver un ensayo general. Dentro de poco van a destruir las serpientes venenosas, y Rivers quiere obtener un cubo de veneno antes que lo hagan.

Hubo cierto movimiento en la puerta de la Casa de los Reptiles, y apareció el doctor Rivers, que bajó rápidamente los dos escalones. Vestía un traje de deporte, pero en la mano llevaba un maletín de los usados para instrumental quirúrgico. A su lado iba Angus MacTavish con un curioso objeto en la mano: una especie de gancho ahorquillado de alambre al final de un corto mango de madera. El apolíneo doctor aparecía resplandeciente, con su cabello rubio oscuro brillando al sol y la luz del entusiasmo en los ojos.

—Todo está preparado, sir Henry —dijo alegremente.

H. M. asió las alas de su sombrero y se lo encasquetó violentamente.

—Me gustaría mucho, hijo, que no hablase tanto como un maldito dentista —dijo—. Lo que lisa y llanamente digo es esto: ¿está seguro de que todo marcha bien?

—¡Mi querido sir Henry, no hay el menor peligro! —dijo Rivers riendo—. ¿No es cierto, MacTavish?

—Sí, señor —respondió este.

—Míster Benton —el rostro de Rivers se nubló ligeramente— solía llevar serpientes en un saco de lona. Cuando daba conferencias en la Universidad de Highgate llevaba el saco a la sala de actos y dejaba a las serpientes sueltas sobre la mesa.

—Lo cual agradaría extraordinariamente a la concurrencia —dijo H. M.—. ¡Me apuesto cualquier cosa a que eso les encantaba! ¿No se registró nunca ninguna fuga repentina por las ventanas?

—¡Oh, llegaron a acostumbrarse! —Rivers abandonó el tema del temor a las serpientes y añadió—: Eso es atavismo puro y una tontería. Pongamos a mistress Noble, por ejemplo...

H. M. lanzó un gruñido.

—Su esposo, el capitán Noble —prosiguió Rivers—, es un verdadero genio respecto a las serpientes. Sin embargo, la señora no puede resistir el mirarlas siquiera.

Les tiene verdadera fobia —Rivers se detuvo, divertido—. A propósito del capitán Noble. Horace Benton jura y perjura que ha visto a ese tipo en un restaurante del Soho, completamente borracho, y que el camarero le dijo que llevaba allí, en ese estado, dieciocho meses. No puedo comprender qué se propone Horace al hacer circular esa historia sobre el bravo capitán; de todos modos, eso no tiene nada que ver con nuestra teoría. Seguramente ese exagerado temor hacia las serpientes es una cuestión de tipo supersticioso.

—¡O de mordedura de serpiente! —dijo H. M.—. ¡Bromas aparte, hijo! Si uno de esos animalitos muerde a una persona, ¿es grave?

Rivers se quedó pensativo.

—Es cierto —dijo con despreocupación —que la mordedura de la *proteroglyphous*...— al llegar a este punto se detuvo, dándose cuenta de la presencia de Carey y de Madge—. ¡Hola! —saludó—. Vamos a hacer una demostración a sir Henry. ¿Quieren venir ustedes y verla también?

Madge dudó. Cambió una mirada con Carey. Evidentemente, luchaba con la repulsión y su deseo de ver aquello.

—Me gustaría verlo —dijo—, si está usted seguro de que...

El honrado aspecto de MacTavish la tranquilizó.

—¡Nada! —dijo el portero mayor—. Si este joven no comienza a tirar la gente a un lado y a otro, habrá el mismo peligro que puede haber al cruzar una calle.

—Entonces, ¿por qué no vienen? —preguntó Rivers con una sonrisa.

—Antes de seguir adelante —gruñó H. M.—, quiero que se pongan las cosas en claro. Usted, hijo —fijó los ojos en Rivers—, conteste a mi pregunta antes de entrar ahí. Estaba diciendo algo sobre una serpiente con un nombre muy enrevesado.

—¿La serpiente *proteroglyphous*?

—¡Hum! Qué mal suena eso. ¿Qué pasa con ella?

—La *proteroglyphous*, al igual que la cobra, por ejemplo, puede ser muy peligrosa, aun cuando se tengan a mano las antitoxinas. No es como las serpientes del grupo de las viperinas, que con su veneno destruyen los glóbulos blancos de la sangre.

—¡Siga, hijo!

—El veneno de la serpiente *proteroglyphous* actúa sobre el sistema nervioso. Puede significar, y significa, una muerte rápida. En la India —declaró Rivers con el distraído aire de un sabio— mueren anualmente unas veinte mil personas a consecuencia de mordeduras de cobra.

H. M. se encasquetó aún más el sombrero.

—Gracias —dijo—. Eso es muy tranquilizador. Supongo que, para no enredar las cosas, empezaremos por esa cobra grande que vimos ayer, ¿no?

—¡Dios santo, no! ¿Se le ha ocurrido echar una mirada a ese ejemplar, sir Henry? Tiene cerca de tres metros y medio de largo, y sería muy difícil de manejar en el reducido espacio de que disponemos. Empezaremos por un pequeño ejemplar de

África.

—¡Hum! ¿Y qué tamaño tiene la cobra africana?

—Dos metros y medio.

H. M. palideció ligeramente.

—¡Solo dos metros y medio! —dijo—. Es un gran alivio oírle decir que no va a abusar de ningún animalito pequeño. ¿O no considera usted que una serpiente no está bien desarrollada, a no ser que tenga una longitud como la mitad del cable transatlántico?

—No hay peligro alguno —dijo Rivers con esa seguridad de los jóvenes prematuramente envejecidos— mientras no estén enroscadas. Ninguna serpiente ataca si no lo está. Y ya nos ocuparemos nosotros de eso. ¡Vamos!

En el interior del edificio reinaba el mismo ruido que en una jaula de locos. Una compacta muchedumbre, compuesta de pausadas personas mayores y veloces chiquillos, se apretujaba, mirando los ejemplares expuestos. Aún no eran las dos de la tarde; el suelo de vidrio permanecía oscuro, y la penumbra del local parecía intensificada por la pesadez de la atmósfera.

Abriéndose camino entre la multitud, con aire decidido y, sin embargo, cortés, Rivers los guió con paso rápido. Las voces resonaban con tonos agudos. Las miradas permanecían fijas en los iluminados departamentos. El ambiente de excitación que emanaba de los pequeñuelos se apoderaba de todo el que entraba en el edificio. Carey Quint, sintiéndose muy culpable, siguió a Madge.

Y tenía razón para ello. Al fondo del vestíbulo había dos departamentos vacíos y sin luz, con cortinas de harpillera, que ocultaban las desaparecidas paredes delanteras de cristal. Pero entre ellos, en su departamento, tan grande como una habitación de regulares dimensiones, aunque de techo más bajo, la cobra se movía perezosamente con vigilante malicia.

Entre la multitud, Carey percibió también el rostro de Mike Parsons.

—Por aquí —dijo el doctor Rivers.

En la pared de la derecha, antes de volver la esquina, y al fondo, había una puerta. No la hubieran advertido de no habérsela señalado. Se abría entre el departamento que contenía la mamba negra y el de la tarántula de brillantes ojos.

La puerta tenía una cerradura Yale. El doctor Rivers sacó una llave, pero Angus MacTavish se le anticipó; eligió una de un manajo que llevaba y abrió la puerta.

Aparentemente nadie los vio entrar, a excepción de un hombre grueso y viejo, tocado con un sombrero verde, que contemplaba fijamente la mamba negra.

El doctor Rivers se hizo a un lado. La luz proveniente del departamento de la llamada tarántula, donde la furiosa araña se encogía, inmovilizada, en una paciente espera, iluminaba las bien dibujadas facciones del doctor, su ancha nariz y la boca sonriente. Con una cortés inclinación de cabeza y una mirada divertida al notar su vacilación, les invitó para que le precediesen.

—¡Pasen ustedes! —dijo.

La topografía del lugar se les reveló tan pronto como estuvieron dentro.

La puerta daba sobre un pasadizo de piedra que tendría escasamente un metro veinte de anchura, y tan oscuro, que era preciso moverse con sumo cuidado por él. Este pasadizo, formado por el muro exterior de la Casa de los Reptiles y la pared posterior de los departamentos que contenían los animales, corría a lo largo del rectángulo que formaba la sala. La pared que formaba el fondo de los departamentos de las serpientes tenía una serie de pequeñas puertas provistas de un cerrojo cada una; a través de ellas los guardianes podían penetrar en los departamentos de los animales por la parte posterior.

—Tengan cuidado de no tocar esos cerrojos —aconsejó Rivers—. Ahora, síganme.

La puerta, impulsada por un mecanismo automático, se cerró, dejándolos dentro.

—¡Oiga! —dijo H. M., colocándose el sombrero con el ademán con que lo habría hecho un aristócrata francés al subir a la carreta que le conduciría a la guillotina—. No iremos a entrar en esas cajas tan raras, ¿verdad?

—Usted, no —dijo Rivers—. Pero MacTavish lo hará allí, al final del pasillo.

A Carey no le gustaba aquello, y Madge era de la misma opinión.

Hasta ellos llegaba un murmullo de voces procedente del vestíbulo. Una luz blanca y amortiguada, que procedía, sin duda, de alguna ventana que daba al exterior, se filtraba hasta el pasillo, convirtiendo en sombras sus figuras. Radiadores de calefacción conservaban el edificio a una temperatura tropical, con el consiguiente enrarecimiento del ambiente, que se acentuaba por el olor de la piedra.

Sus pisadas resonaban en el suelo de piedra, mientras Rivers los conducía hasta el final del pasillo, cerca de la esquina del fondo.

—Ahora, échense hacia atrás —aconsejóles— y observen. ¡MacTavish! ¡Listo!

Todo sucedió con tal rapidez que Carey se encontró en primera fila antes de tener tiempo de retroceder.

Se abrió la puerta del departamento y por ella se escapó un chorro de luz eléctrica que iluminó el pasillo. Las luces los deslumbraron, pero Carey pudo ver la cobra blanca y castaño, lisa como un trozo de linóleo, moviéndose entre las rocas artificiales.

Angus MacTavish, llevando en la mano el ahorquillado lazo de alambre con mango de madera, penetró en el departamento. Fuera, al otro lado del cristal, en el vestíbulo, los sorprendidos mirones lanzaron un grito agudo. Carey podía ver sus rostros borrosos tras el vidrio, mientras MacTavish lanzaba el lazo de alambre a la

cabeza de la serpiente y la levantaba en el aire.

—¡Atrás! —dijo Rivers fríamente—. Ahora sale.

El consejo era innecesario.

Con una malignidad increíble, el cuerpo de la serpiente cobró vida, curvándose en un signo de interrogación. MacTavish, llevándola separada del cuerpo todo lo que le permitía la longitud de su brazo, marchó en línea recta por el pasillo, y, al llegar al fondo del mismo, torció a la izquierda.

—¡Oiga...! —empezó a decir H. M.

—La lleva al despachito; eso es todo —dijo Rivers—. ¡Sígueme!

El pasillo del fondo, que debía de pasar por la parte posterior de los departamentos que encerraban al gila, a la cobra y al lagarto tropical, tenía a la izquierda las puertas de estos departamentos, y a la derecha, una puerta grande y vulgar, provista de un cerrojo. Al final del pasillo veíase una estrecha ventana con los cristales cubiertos de papel aceitado, con un dibujo de rombos blancos y rojos. De modo que el pasillo quedaba casi a oscuras. Vagamente vieron cómo MacTavish abría la puerta situada a la derecha con su mano izquierda. La puerta daba paso a un despacho amueblado con una mesa, sobre la que había un teléfono, y vitrinas adosadas a las paredes. Recibía la luz por grandes ventanales, provistos de gruesos barrotes. Haciéndoles señas de que entraran en el despacho, Rivers los siguió, cerrando la puerta tras sí.

—¿Ven ustedes? —dijo, sonriendo—. No hay motivo para alarmarse.

Angus MacTavish no perdía el tiempo. Pasando a su mano izquierda el lazo de alambre con mango de madera, tomó un palo provisto en uno de sus extremos de una horquilla de acero. Tiró la cobra al suelo y la sujetó la cabeza entre los dos brazos de la horquilla.

Mientras el doctor Rivers quitaba hábilmente el lazo de alambre, los dedos de MacTavish sujetaron el cuello de la serpiente por debajo de la caperuza. De nuevo se agitó en el aire el cuerpo del reptil.

Oían la fuerte respiración de MacTavish y veían ponerse tensa sobre sus hombros la tela gris del uniforme. La serpiente se agitó una vez; luego se quedó quieta, a excepción de la punta de su cola, que continuaba agitándose como un tentáculo.

Era la diabólica quietud de aquella cosa la sensación de un poderoso fluido, inmovilizado en una temblorosa espera, aguardando el momento de atacar, lo que hacía parecer más siniestro aquel brillante y flexible cuerpo. El doctor Rivers depositó su maletín sobre la mesa y lo abrió.

—Ahora —dijo— podemos realizar ya el trabajo principal, sir Henry. ¿Tiene usted algún inconveniente en sujetar un momento el cuerpo de la cobra?

H. M. le lanzó una larga mirada.

—Hablando con franqueza —replicó—, sí. Deseo que quede bien sentado que me importa mucho.

—¡No hay peligro, sir Henry!

—Claro. Ya lo sé. Lo ha dicho ya, por lo menos, cincuenta veces, y yo debería creerlo —el rostro de H. M. se hinchó de furor—. ¡Maldita sea! ¿Por qué no hace usted algo, en lugar de perder el tiempo diciéndonos cuánto nos vamos a divertir?

—¡Tengo que extraer el veneno, sir Henry!

—Bueno —dijo H. M.—; me complace oír que no se va a hacer ningún otro experimento conmigo. ¿Y cómo va usted a extraer el veneno, aparte de hacerle guiños a ese grosero y dejar que él le golpee la pierna?

—Cuando se le abra la boca.

—¿Y quién le va a abrir la boca? ¿Yo?

—¡Oh, no! Se le aprieta en las glándulas del cuello; eso es todo. Pero será difícil de manejar y no queremos que se nos escape —el doctor hablaba con acento tranquilizador—. Eche una mano, sir Henry. No es cosa difícil y no puede hacerle a usted daño alguno.

H. M. respiró profundamente unas cuantas veces, estudiando a Rivers por encima de las gafas. Adelantose con paso cauteloso, alargó el brazo y posó su dedo índice sobre el lomo de la serpiente.

Instantáneamente, con la rapidez del relámpago, el cuerpo de la cobra se arrolló a su brazo.

El rostro de H. M. se tiñó de un rojo subido.

—Así está bien —dijo el doctor Rivers, cogiendo un tubo de ensayo del maletín y examinándolo a la luz—. Sujétela así un momento, ¿quiere? Lo que necesitamos ahora es...

—Lo que necesitamos ahora —dijo una voz ahogada— es un pitón. Una hermosa serpiente pitón, para que se me enrosque en el otro brazo y presente un efecto de estudiada uniformidad. ¡Oiga, hijo!, esta cosa se me ha arrollado ya cuatro veces, y está tratando de hacerlo otra vez más.

—No le hará daño alguno, sir Henry.

—Le digo, hijo...

—El peor cliente —prosiguió el doctor Rivers— la serpiente de cascabel, con manchas romboidales en el lomo. Tiene la mala costumbre de enroscar la cola en las patas de la mesa, dar un tirón y soltarse. No tengo ningún inconveniente en admitirlo; debemos agradecer que no se trate de esa serpiente de cascabel.

—Si por usted fuese —dijo H. M.—, me apuesto unos ducados contra un zapato viejo a que sería el monstruo de Loch Ness. Tengo miedo de estas cosas, lo confieso. ¿No me puede ayudar nadie a manejar esta manguera viviente? —un angustiado rostro se dirigió hacia Carey—. ¿Qué dice usted, hijo?

Carey apretó los dientes y dio un paso hacia adelante. No le gustaba aquello más que a H. M.; pero antes de perder el valor se adelantó y cogió los retorcidos anillos. Lejos de lo que vulgarmente se dice de las serpientes, aquellos anillos estaban fría y repulsivamente secos. Carey deseó no haber entrado nunca en aquel asunto. Miró por encima de su hombro y vio a Madge, que, con los ojos llenos de inquietud, había

retrocedido hasta apoyarse contra la pared.

—Está bien —dijo H. M.—; ahora, continúe. Haga lo que tenga que hacer y hágalo aprisa. ¿Qué le detiene?

El doctor Rivers, con el ceño ligeramente fruncido, buscaba algo en el maletín.

—¡Qué descuido! —murmuró.

—¿Quién es descuidado?

—Mi ayudante de laboratorio en el hospital —dijo Rivers—. No encuentro mis guantes de goma.

—¡No se preocupe por sus guantes de goma! ¡Por Satanás! ¿A quién le van a importar sus guantes de goma?

—Mi querido señor —dijo Rivers, empujando el maletín con gesto de impaciencia—, no es tan sencillo como todo eso. El manejar ejemplares de esta variedad es peligroso hasta cierto punto.

—Me alegro de oírsele decir —dijo H. M.—. Confieso que a mí no se me había ocurrido antes; pero, de todas formas, me complace oírsele. ¿Tiene usted la desfachatez —añadió con voz enronquecida— de decírmelo a mí?

—Perdone, maestro; pero no me ha comprendido usted. Me refiero a la manipulación de los colmillos venenosos. Usted está al otro extremo de la serpiente.

—¡Cualquiera de los dos extremos de esta maldita cosa es malo! —dijo H. M.—. ¡Por el amor de Esaú! ¿Quiere usted decirnos qué es lo que vamos a hacer?

—Cualquier grieta o arañazo en las manos —explicó Rivers— puede ser fatal. Por tanto... —se detuvo—. ¡Por San Jorge! ¡Ahora me acuerdo!

—¿De qué se acuerda?

—De los guantes de goma. No ha sido culpa de mi ayudante, después de todo. Fui yo el que los dejé en casa de los Benton anteayer. ¡Sujétenla un momento! No tardaré ni dos minutos en ir a recogerlos.

H. M. estaba tan furioso que su rostro, descompuesto, recordaba una carátula de pantomima. Pero Rivers parecía sinceramente contrito.

—Siento mucho Lodo esto. No puedo echar la culpa a nadie; es solo mía. No, decididamente, no. Sujétenla. Vuelvo en un sople.

—He oído que los plomeros suelen hacer esto —observó H. M.—. Pero que un célebre doctor olvide sus herramientas y deje a tres individuos sujetando una serpiente es algo nuevo para mí. Me choca. Todavía tengo mucho que aprender de las bajezas de la naturaleza humana.

Madge habló tranquilamente:

—¿Quiere usted que vaya yo por los guantes, doctor Rivers?

—No quiero molestarla —le aseguró el doctor con su agradable sonrisa—. Es culpa mía e iré yo a buscarlos. Estaré de vuelta dentro de dos minutos, sir Henry —terminó, dirigiéndose ahora a este.

Se llevó una mano a la cabeza, les hizo una inclinación para animarlos, abrió la puerta y los dejó solos.

—Bueno —dijo H. M.—, ¿están todos contentos?

—Si esto no le agrada, señor —dijo Angus MacTavish con su imperturbable cachaza escocesa—, no es preciso que siga usted sujetándola. Déjela.

—¡Ya lo creo! —dijo H. M.—. Podemos dejarla libre, en el suelo, y que la maldita nos muerda a uno después del otro. Y, además, ¿me puede usted decir cómo demonios voy a soltarla, si todavía está arrollada a mi brazo y al de este joven con toda su fuerza? No quisiera calumniar a los progenitores de esta serpiente, pero me parece que su madre tuvo algún desliz con un *boa constrictor*.

—Aprieta lo suyo —admitió Carey.

—¡No es más que una serpiente pequeñita! —continuó H. M., a quien Carey creía al borde de un ataque de apoplejía—. ¡Nada más que una serpiente africana, muy juguetona! ¡No es una serpiente completamente desarrollada, como...!

En aquel instante sonó el teléfono, un teléfono anticuado, cuyo timbre repiqueteó con estridente insistencia.

—No podemos responder —dijo Angus MacTavish, como dirigiéndose al teléfono.

—No —dijo H. M.—; pero nos gustaría hacerlo.

—¿Quiere usted, señor? Pero ¡no sabe quién es!

—No me importa quién sea —dijo H. M., magníficamente tolerante—. Solamente quisiera decir al que llame adónde puede ir. Quisiera desahogar un poquito mis sentimientos. Quiero respirar profundamente y explorar el idioma inglés en relación de mejorar sus maldiciones.

—Yo contestaré —dijo Madge.

Manteniéndose bastante alejada del grupo que sujetaba la serpiente, corrió hacia el teléfono. Carey observó que su mano temblaba al descolgar el receptor.

—Es el inspector jefe Masters —anunció.

—¡Maldi...! —exclamó H. M., lanzando un suspiro que se semejaba al rezo de un vampiro—. De toda la gente que puebla este pícaro mundo, la persona que más me gustaría ver sujetando una cobra viva, mientras yo me sentaba en un rincón, fumándome un cigarro, es Masters. ¡Por el amolde Esaú, aléjelo, aléjelo de aquí, o no veré el fin de todo esto! Dígale...

—Habla miss Palliser... —decía la joven—. Sí..., sí..., en el armario. Si, claro... Por supuesto, si cree usted que es importante... No, de ningún modo.

Con mano insegura, Madge volvió a colgar el receptor.

—El inspector Masters quiere verme en casa de los Benton. ¿Les importaría que les dejase solos?

Carey sabía que odiaba el estar allí; que aquella atmósfera le ahogaba y que la vista de aquella brillante cobra arrollada a sus brazos le estaba destrozando los nervios. Ella no habría admitido jamás una cosa semejante; era demasiado orgullosa para ello. Pero se aferró a aquel pretexto, un pretexto muy legítimo, para escapar.

—¿Les importaría? —repitió con desesperada y casi lastimosa sencillez.

Carey se limitó a hacer un movimiento de cabeza, señalando la puerta, y Madge casi echó a correr. Tuvo una última visión de los ojos de largas pestañas y de la boca que medio sonreía; todo ello enmarcado por el espeso cabello castaño, que le caía hasta los hombros, antes que Madge cerrase la puerta.

—De lo que me quejo —dijo H. M.— es de la ciega maldad de todas las cosas en general. Durante quince años, ¡quince largos años!, sin gloria alguna, he confiado, he rezado y he estado esperando por ver a Humphrey Masters en una situación como esta. Y cuando llega, me sucede a mí. Si esto no es mala sombra, no sé lo que es. La ciega malicia del Destino, que se supone da forma a nuestros fines...

Fuera, en el corredor, Madge Palliser lanzó un grito.

H. M. se interrumpió bruscamente, y los tres hombres se miraron unos a otros.

«Cogerlos desprevenidos y, entonces, ¡atacar!».

La sangre abandonó el corazón de Carey Quint, produciéndole una sensación extraña y horrible, como si se la hubiesen extraído por completo. Sintió una opresión en el pecho y el enrarecido ambiente de la Casa de los Reptiles pareció herirle los pulmones.

Saltó hacia atrás, tratando de liberar su mano derecha de los fríos y viscosos anillos que la aprisionaban. La presión se acentuó con un temblor vital, como de gusano, que la hacía aún más repugnante. Tiró de nuevo bruscamente, y los dedos de MacTavish resbalaron, estando a punto de dejar escapar la cabeza de la serpiente.

Fuera, en el corredor, Madge volvió a gritar.

—¡Calma, hijo! —dijo H. M. con otro tono de voz y hablando bajo—. ¿Puede soltarse?

—Puedo soltarme si empleo toda mi fuerza, pero tengo miedo de arrastrar a este animal, arrancándolo de las manos de MacTavish.

—No le importe —dijo H. M. con la misma extraña voz—. Yo procuraré soportar la presión en el centro. Tire como un demonio, con toda su fuerza.

—¿Listos?

—¡Hum! ¡Vamos!

Clavando los pies en el suelo, Carey reunió todas sus fuerzas y dio un tirón que casi le dislocó el hombro. La serpiente mantuvo su presa, aunque los dos hombres se bambolearon, y Carey vio que la rodilla de MacTavish se dobló ligeramente.

Carey estuvo a punto de lanzar un grito ahogado, pero no llegó a hacerlo. Tiró otra vez, y la cobra, con sinuosa y maligna táctica, aflojó instantáneamente sus anillos.

Carey cayó hacia atrás, dándose un golpe contra la mesa y dejando caer la silla con un ruido seco. Se tambaleó y estuvo a punto de caer. Enderezose y corrió a la puerta del pasillo en el preciso momento que Madge lanzaba un grito tan penetrante que pareció poner en tensión todos sus nervios. Abrió la puerta y, deslumbrado por la brillante luz del despacho, no vio nada en la semioscuridad del pasillo.

La ventana que había al extremo del corredor, cuyos cristales estaban cubiertos de

papel pintado con rombos rojos y blancos, amarillentos por el tiempo, dejaba pasar tan solo una tenue claridad.

Por lo que podía juzgar, en el pasillo no había nadie más que Madge. Se hallaba caída sobre el suelo de piedra; sin duda la habían empujado hacia adelante, hacia la ventana. Estaba tratando de levantarse, apoyándose en las manos y sobre las rodillas; trataba de arrastrarse, de escapar, de proteger su rostro con unos brazos cuyos músculos no la obedecían.

En aquel momento algo se movió, destacándose contra la mortecina luz de la ventana. Algo se elevó suavemente, teniendo por fondo los rombos blancos y rojos sobre un amarillento papel. Entonces Carey vio el otro rostro.

En realidad, no se trataba de un rostro. Primero vio una silueta que se recortaba contra la ventana y que cobró vida; grotesca, estúpida, semejante a un rostro pintado de negro sobre un balón de juguete.

Percibía claramente todos los detalles: la enrarecida atmósfera del corredor, el cabello de Madge, caído hacia adelante, y hasta la Colt automática del 32 que llevaba en el bolsillo, como si todas aquellas cosas se hubieran grabado en su sistema nervioso. Pero aquel rostro que se movía le tenía paralizado. Parecía como si, con sus pintados ojos, llenos de malignidad, atrajese a todo el que lo veía. Aquellos deformes ojos, que, en realidad, no existían, le hipnotizaban. Aquello se elevaba cada vez más alto, con suave balanceo. Llegó a alcanzar la altura de un hombre. Parecía como si siempre hubiese estado allí. Era la cobra, que se disponía a atacar.

En aquel instante, Madge volvió a gritar.

Carey despertó.

Disparó una sola vez, con un movimiento casi instintivo, y destrozó la cabeza del reptil como si se la hubiese cortado con un hacha.

La detonación resonó en el cerrado recinto. Carey observó el pequeño agujero en forma de estrella que hizo el proyectil en el pintado cristal de la ventana. Vio cómo salpicaban el vidrio pequeños trozos de una materia oscura. Vio cómo el cuerpo de la serpiente, de tres metros y medio de longitud, se extendía y agitaba, dando golpes y llenando el corredor con sus anillos, que parecían tener vida aun después de muerto el animal, llegando a rozar a Madge en sus movimientos.

Después se hizo el más completo silencio, roto únicamente por los gritos de Madge.

Eran las tres y media de la tarde y no todo marchaba bien.

Al dar la media, cuatro personas se hallaban sentadas alrededor de los restos de un almuerzo muy retrasado en el restaurante del Royal Albert.

El restaurante es una amplia y soleada habitación, orientada al Este, hacia el pequeño lago de los cisnes y a espaldas del monumento al príncipe consorte. Las mesas estaban desiertas, a excepción de la que ocupaban Madge Palliser, Carey Quint, sir Henry Merrivale y el inspector jefe Masters.

El inspector jefe, grande, respetuoso y suave, con el grisáceo cabello cuidadosamente cepillado para ocultar su calva, tenía en la mano un cuaderno de apuntes y vaciaba una pinta de cerveza.

—Y si alguien —gruñó sir Henry Merrivale con acento salvaje—, si alguien dice por quincuagésima vez que este es un mal negocio...

Masters no le escuchaba.

—Un mal negocio —declaró, moviendo la cabeza—. Un negocio pésimo. ¡Oh, sí! —sus maneras se hicieron más persuasivas—. Si pudiera arreglárselas, señorita, para decirnos algo más sobre ello...

—Perdone —interrumpió Carey—; pero miss Palliser lo ha contado ya las cincuenta veces de que hablaba sir Henry. ¡Está muy cansada!

—De acuerdo —convino el inspector suavemente—. Pero, señorita, ¿no podría decirnos algo más?

Madge apuró el resto de su coñac y retiró la copa.

—No tengo inconveniente alguno —murmuró—, pero es que no sé qué quiere que le diga.

—Siempre es difícil, señorita —dijo Masters—. Según he entendido, esa persona llamó al teléfono de la Casa de los Reptiles fingiendo que era yo, ¿no?

—Exactamente.

—Bien. ¿Reconoció la voz?

—No. ¡Claro que no!

—¿La había oído usted antes, señorita?

—No; creo que no.

—Pero ¿está usted completamente segura de que era voz de hombre?

—Sí; es decir... —Madge titubeó—. Sí; creo que sí.

De nuevo se aclaró Masters la garganta.

—¿Se parecía a mi voz, señorita? Quiero decir si era igual a como la oye usted ahora.

—¡Dios santo, no! Era más...

—Perfectamente —dijo el inspector, bastante satisfecho—. ¿Una voz refinada?

—¡Oh, no! Eso, no. Era... —Madge hizo un gesto—, era simplemente una voz.

—¿Y qué dijo?

—Me preguntó si había encontrado una pistola automática en el armario que hay en el vestíbulo de la casa de los Benton. Ya le he dicho a usted eso. Le dije que sí. Me preguntó si tendría inconveniente en ir a la casa para contestar a unas preguntas y yo le dije que no. Y si Carey no hubiese tenido aquella pistola en el bolsillo, con la cobra en el pasillo...

—Está bien, señorita. ¡Tranquilícese!

Madge apoyó los codos sobre la mesa y se oprimió las sienes con las manos. Se encontraba mal; no podía ocultarlo. Para distraer su atención, Carey sacó un paquete de cigarrillos y se lo ofreció. Ella aceptó uno, y el muchacho le dio fuego con su encendedor; pero la mano que sostenía el cigarrillo atrajo la atención de todos. Madge sonreía, sonreía.

Masters continuaba insistiendo, aunque en vano.

—Comprendo, señorita. Usted salió al pasillo y cerró la puerta del despacho. ¿Y después?

—Después —dijo Madge— alguien me agarró.

—Prosiga.

—Alguien me cogió por los hombros, por detrás —ilustró el gesto—, y me empujó hacia adelante, en dirección a la ventana. Caí al suelo, y entonces grité por primera vez. Después vi que algo se movía; vi que era la cobra, y grité de nuevo. Acaso fueran dos veces. Eso es todo. Usted sabe el resto.

—Pero ¿no vio usted a la persona que la empujó?

—No.

—Vamos, señorita —Masters hablaba con amabilidad, pero con tono persuasivo—, ¿no vio absolutamente nada?

—Nada. Estaba demasiado oscuro.

—¿Y es eso todo lo que nos puede decir?

—Absolutamente todo.

Masters frunció el ceño y se echó hacia atrás. Levantó su jarro, lo vació y de nuevo volvió a fruncir el ceño. Luego miró a H. M., que estaba sentado frente a él.

—¡Malo! —dijo, moviendo la cabeza—. ¡Hum! ¡Siga! Hemos hablado con todas las personas que había en el despachito de la Casa de los Reptiles. En particular, he charlado un rato con ese individuo —consultó su cuaderno de apuntes—, MacTavish, y creo que podemos reconstruir fácilmente lo ocurrido, ¿no es cierto, señor?

—Creo que sí, muchacho —gruñó H. M.—. Reconstrúyalo usted.

Masters reflexionó.

—Quienquiera que tuviese intención de atacar a esta señorita, sabía que todos ustedes se encontraban en el despachito. ¿Por qué? Porque el despachito tiene unas

grandes ventanas que dan al exterior, sobre uno de los paseos públicos. ¿De acuerdo?

—¡Hum!

—Según MacTavish —el inspector jefe parecía algo molesto—, no sería muy difícil hacer salir a la cobra de su departamento, sin necesidad de tocarla ni de acercarse a ella. ¿Por qué? Porque MacTavish dice que las serpientes odian a la gente. Cuando hay mucha gente en la parte de fuera, las serpientes huyen hacia los sitios oscuros. Por tanto, el asesino, llamémosle así, entra en el pasillo, descorre el cerrojo del departamento de la cobra y lo deja abierto unas cuantas pulgadas. Después se retira. Es casi seguro que la cobra se deslizase hacia el pasillo, que estaba oscuro. Y eso no es todo. Lo que es totalmente seguro es que la serpiente se arrolló bajo la ventana, donde se encuentran los radiadores de la calefacción. Vamos, como si se hubiese colocado una bomba.

Masters se detuvo. Era evidente que el inspector jefe no sentía ninguna simpatía por las serpientes. Carraspeó antes de continuar.

—Pasemos ahora al asunto del teléfono. Hay una cabina pública próxima a la Casa de los Reptiles; a una docena de pasos y a la vista de las ventanas del despacho. Después que el asesino soltó a la serpiente, se dirigió a la cabina y llamó a miss Palliser. Regresó a tiempo de cogerla cuando salía al pasillo. La agarró, la lanzó contra la cobra, y... eso es todo.

Masters subrayó sus palabras con un ademán.

—¡Espere! —protestó Carey, que trataba de reconstruir la escena.

—Dígame, señor.

—No hace más que hablar de que el asesino entró y salió del pasillo a su antojo.

—¿Y qué?

—Pues que la puerta exterior del pasillo, la que da al vestíbulo, tiene una cerradura automática —Carey reflexionó—. Recuerdo que la oí cerrarse la primera vez que entramos. ¿Cómo pudo entrar y salir el asesino siempre que quiso?

—Pues —replicó el inspector secamente— me temo que fue usted quien le proporcionó el medio de hacerlo, señor.

Carey se le quedó mirando.

—¿Que yo le proporcioné el medio?

H. M., con el pico de una servilleta prendido del cuello, estaba sentado, un poco alejado de la mesa, y en su rostro se retrataba una maligna expresión de contrariedad.

—¿No lo ve, hijo? —preguntó—. ¡Se trata de esas malditas cajas de cristal! ¿No se acuerda de aquellas dos que rompió ayer?

—¿Quiere usted decir...?

—Naturalmente. No arreglaron los cristales, como, probablemente, vería usted. Se llevaron los dos lagartos, apagaron las luces y en la parte de delante colocaron unas cortinas de harpillera. Las puertas de atrás no tenían los cerrojos corridos, porque los departamentos estaban vacíos. Es muy sencillo, ¿comprende? El vestíbulo estaba a oscuras y, además, había mucha gente. Todo lo que el asesino tuvo que hacer

fue meterse por debajo de la cortina de harpillera, atravesar uno de los departamentos y salir al pasillo, al otro lado. Sencilísimo y, al mismo tiempo, desalentador. ¡Oiga, Masters! ¿Ha comprobado usted si hay alguna persona que viera entrar a ese individuo?

Masters asintió.

—¡Oh, ya lo creo! En estos momentos tengo un hombre encargado de eso. Lo malo es, señor, que nadie ha visto nada.

Exasperado, el inspector jefe consultó las hojas de su cuaderno de apuntes.

—Tomemos, por ejemplo, a ese joven doctor. ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí! Doctor Rivers.

—¿Qué pasa con él, hijo?

—Unos tres minutos antes que miss Palliser fuera atacada —prosiguió Masters—, el doctor Rivers les dejó a ustedes en el despacho para ir a casa de los Benton a recoger un par de guantes de goma. Es un chico listo ese doctor. En el preciso momento de abandonarlos, esa maldita serpiente debió de ser colocada bajo la ventana. Podría pensarse, por lo menos, que el doctor debió de ver algo. ¿Lo vio? ¡Oh, no! Estaba demasiado oscuro. Recoge los guantes y regresa casi sin aliento. Y entonces ya ha terminado todo.

Estaban sentados junto a uno de los grandes ventanales, que convertían el restaurante en una habitación de cristal. El sol de la tarde comenzaba a alargar las sombras; fuera brillaban las hojas de los árboles, levemente teñidas de oro, más por los reflejos del sol que por la llegada del otoño.

—Sí —convino para sí—; todo había terminado.

El inspector jefe Masters se excitaba.

—¡Lo mismo ocurre con todos los testigos del caso! —añadió—. «¿Dónde estaba usted?». «¡No lo recuerdo bien!». «¿Puede probarlo?». «¡No sé!». Eso es todo lo que saben del ataque de la serpiente a miss Palliser esta tarde. Es lo mismo que sucede con el asunto de anoche, cuando alguien trató de asesinar a miss Palliser con gas en su cuarto del teatro. Finalmente, acontece exactamente igual con el principal asunto de todo este lío en que estamos metidos: la muerte de míster Benton durante la noche pasada. Con la sola excepción de Horace Benton, que parece tener una coartada indiscutible, todo se reduce a «No estoy seguro», «No puedo imaginarlo» y «¿Por qué me molesta?».

Masters se interrumpió y sus ojos azules se fijaron en H. M. con profundo recelo. Sir Henry, con una asombrosa semejanza con un viejo vampiro, se mecía en su silla, divirtiéndose en su interior.

—¡Oh, oh! —dijo—. ¿No ve que está saliendo otra vez, Masters?

—¿Qué sale, señor?

—El coco, el viejo coco —exclamó H. M., haciendo un ademán de hipnotizador—. ¡El viejo duende de las treinta y nueve colas! Ned Benton fue asesinado en una habitación precintada por el interior. ¿Cómo le asesinaron?

Masters cambió de color; su respuesta estaba llena de dignidad:

—Eso es lo que debió de ser. Nosotros no podemos decir si fue un asesino; eso se debe decidir en la encuesta.

—¡Oh Masters, hijo mío! Usted sabe que fue un asesino, ¿verdad?

—Sé una cosa —el tono del inspector jefe era siniestro; se inclinó hacia Madge—. Sé que alguien quiere asesinar a esta señorita; que quiere quitarla de en medio sin reparar en nada.

Se produjo un largo silencio. Una ligera brisa penetró por las abiertas ventanas. H. M. se quitó la servilleta y la dejó sobre la mesa.

—Sí —dijo—. Y antes que siga adelante, vamos a decidir por qué razón alguien desea matarla.

El enorme rostro de H. M. se había suavizado. Su seriedad y los agudos ojillos que chispeaban detrás de las gafas intensificaban la sensación de peligro.

—He pensado y meditado mucho sobre este asunto —dijo como disculpándose— y he hallado que es bastante sencillo. No hay más que una razón por la que alguien esté en contra suya. Ella no había encontrado nunca, antes de ahora, a ninguna de estas dos personas; no tenía relación alguna con los asuntos del Royal Albert. No se necesita pensar mucho para llegar a la conclusión de que está en peligro porque sabe algo que no conviene que sepa.

—¡Por favor! —dijo Madge, dejando su cigarrillo en el borde de un cenicero y oprimiéndose la frente con los puños cerrados—. ¿Cuántas veces les voy a tener que decir que yo no sé nada?

H. M. habló suavemente:

—No es eso, querida. Haya averiguado algo o no, alguien cree que lo ha hecho.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que eso es muy peligroso y no es nada consolador, que digamos. Porque si no ha averiguado nada, o si está a punto de averiguar algo, aun sin que usted misma sepa lo cerca que está de la verdad, se encuentra...

—Siga, por favor.

—Lo intentarán de nuevo —resumió H. M.

Sacó un pañuelo y se limpió la nariz ruidosamente, lo cual significaba que no estaba satisfecho.

—Tenía que decirle eso —dijo con acento de excusa— y, acaso, asustarla más, con tal que dejemos arreglado este asunto. Por una u otra razón, ¡que me maten si lo sé!, usted puede hacer que sea colgado el asesino.

—¿De verdad, sir Henry?

—Aguarde un momento —la hizo callar nuevamente—. Anoche, cuando estábamos en casa de los Benton, usted dijo o hizo algo que hizo pensar al asesino que le había descubierto. Pero eso debe de ser fácil de averiguar, pues cuanto más pienso, más me acuerdo de lo poco que usted dijo o hizo. Solamente una vez, una sola, pudo haber pisado terreno peligroso —al llegar a este punto hizo un guiño a

Carey—. ¿Se acuerda, hijo?

—¿De qué?

—Estábamos en el estudio, todos, justamente antes que sonase el timbre de la puerta y llegara la Policía. ¿Recuerda la escena?

—Sí.

—Alguien preguntaba a esta muchacha —H. M. señaló a Madge— los principios del ilusionismo y eso otro de que la mano es más rápida que el ojo. Ella estaba dando una respuesta, cuando, de repente, se le ocurrió algo y quedó callada. ¿Se acuerda ahora?

—Sí —repuso Carey—; me acuerdo perfectamente. Estaba relacionado de algún modo con un fósforo quemado.

El asombro, ahora, fue de H. M.

—¿Un fósforo quemado?

—Ella —insistió Carey— estaba mirando un fósforo de papel, quemado, que míster Benton u otra persona había tirado en la habitación. En aquel momento fue cuando ella pensó lo que quiera que fuese.

—Hijo —dijo H. M., frotándose la barbilla—, yo no sé nada de un fósforo quemado en el estudio, o si el tal fósforo pudo decir a esta muchacha quién mató a Ned Benton o cómo lo hizo. Tengo la sospecha... —se detuvo, gruñendo sordamente, y después se volvió hacia Madge—. De todos modos, querida, creo que no lo habrá olvidado, ¿verdad?

—No; claro que no —respondió Madge.

H. M. hizo un horrible gesto para demostrar su interés.

—Es la única pista que tenemos, aparte de una pequeña idea mía. Pero puede presentarnos la verdad servida en bandeja. Usted estaba respondiendo a una pregunta sobre ilusionismo; vio un fósforo quemado, y eso le hizo recordar algo que dio un disgusto al asesino. Bien; ¿qué fue lo que le recordó?

Carey Quint no respiraba, esperando la respuesta; contenía la respiración, lo que le producía dolor en el pecho. H. M. al igual que el inspector jefe Masters, estaba inclinado sobre la mesa.

Madge abrió los labios para responder. Alargó una vacilante mano para coger el cigarrillo del borde del cenicero, pero se detuvo. Una expresión de asombro, a la que siguió otra de profundo espanto, apareció en sus ojos verde-gris. Se humedeció los labios, se pasó una mano por la frente y miró asombrada a los otros tres.

—No me acuerdo —fue todo lo que dijo.

—¡Oh Dios mío! —gimió H. M.

Se echó hacia atrás en la silla, mientras sus brazos colgaban inertes. Casi al momento pareció de nuevo en tensión; se ajustó las gafas y, haciendo exagerados gestos de alguien que mandase parar un autobús, dijo:

—¡Tiene que acordarse! ¡Usted puede descubrir el truco completo del asesino!

—Lo siento...

—¡Piense, señorita! —insistió el inspector jefe, enrojeciendo—. ¡Piense en el fósforo quemado! ¡Piense en..., piense en cualquier cosa!

—¡Por favor —dijo Madge—, déjenme tranquila! —crispó los puños sobre la mesa—. ¡No puede haber sido nada importante, pues, de lo contrario, lo recordaría!

—Pero ¡es muy importante, señorita! —suplicó Masters—. ¡Su propia vida depende de ello!

—Muchas gracias. Eso ayuda algo.

—¡Piense en el fósforo! ¡Imagine que lo está viendo! ¡Así! ¿Qué más ve usted?

—Voy a decirle lo que veo —dijo Madge.

—¿Qué?

—Veo el capuchón de la cobra, que se levanta poco a poco ante la ventana. Veo las señales de sus colmillos en mi pierna; dos señales que se inflaman, que se ponen negras, hasta que muero en medio de convulsiones. ¡Eso es lo que veo!

—¡Cálmese, señorita!

—¡Veo a alguien detrás de mí! ¡Siempre detrás! Siguiéndome como un perro y vigilando siempre, sin perderme de vista ni un segundo. Esperando el momento propicio para cogerme por los hombros y... —Madge agitó las manos y lanzó un sollozo contenido que hizo temblar todo su cuerpo—. Lamento no poderles ayudar. No pensaba en eso. Pensaba en mi habitación en el teatro; en mi despertar, horrorizada, en la oscuridad, oyendo el silbido del gas, y en la horrible sensación de sentirme encerrada y no poder gritar pidiendo auxilio. Tal vez no esté bien. Quizá comience a perder la cabeza. Pero ¡no puedo pensar en otra cosa! ¡No saber quién es nuestro amigo y quién nuestro enemigo! ¡No saber quién nos sigue! ¡Sospechar de todos! ¡Sospechar hasta de...!

Incapaz de completar la frase, frenética, señaló con un dedo hacia Carey Quint.

Este se puso en pie lentamente.

—¡Cielo santo! —dijo, tan asombrado, que apenas podía ver el rostro de la muchacha; era como si entre ellos se hubiese levantado una muralla de increíbles palabras—. ¿Cree usted que yo tengo que ver con todo eso?

Sus palabras terminaron con una especie de gruñido. Madge dijo con desprecio:

—¿Que no lo he pensado? —exclamó con la violencia de una persona que, al fin, puede desahogarse; sus ojos se llenaron de lágrimas que corrían por sus mejillas—. ¡Oh, supongo que, en realidad, no lo haría! De lo contrario, no me habría salvado tan rápidamente de la cobra, ¿verdad?

—¡Por el amor de Dios, Madge, escuche!

—Pero me hizo que lo pensase una o dos veces, Carey Quint. Usted es un experto de la ganzúa. Usted pudo haber entrado en el teatro con la misma facilidad que se bebe un vaso de agua. Y su maldita familia nos ha odiado... ¡Sí, nos ha odiado desde hace años y años!

—¡Madge, escúcheme!

La joven también se había puesto en pie. Carey trató de poner una mano sobre su brazo, pero ella le rechazó; sin embargo, él sabía que, aun cuando sus acusaciones se hacían cada vez más furiosas, aquello le hacía bien. Para ella era un alivio dar salida a las más fantásticas ideas, a todas las sospechas que pueden cruzar por la mente de una mujer, por el solo placer de oír cómo él las negaba, y, a sabiendas, en el fondo de su alma, de que no eran ciertas. Carey comprendía que la tormenta habría de pasar así más rápidamente.

Y pasó.

Haciendo sonar un montón de platos, un inquieto camarero abrió la puerta giratoria que comunicaba con la cocina y se les quedó mirando. El clamor de las voces cesó. Madge se sentó a la mesa, y cuando el inspector jefe Masters comenzó a hablar, H. M. le hizo que callase.

—Soy un asno —dijo, desolado—. Esta chica ha sufrido un choque terrible. Mucho peor de lo que yo pensaba —su expresión se hizo terrorífica—, y hemos estado golpeando su cerebro como...

—Pero ¡la prueba, señor!

—Eso puede esperar y, además, tenemos visita.

Hizo un movimiento con la cabeza hacia las puertas vidrieras del restaurante. El doctor Rivers y Louise Benton se aproximaban por el sendero de asfalto, bajo los árboles; la joven venía casi corriendo.

Louise se precipitó en el interior de la habitación con tanto interés, con tanta preocupación retratada en su rostro, que demostraba que podía hacerse cargo de las pesadumbres de los demás tan bien como de las suyas propias. Carey notó que iba vestida de negro, cosa depresiva; pero ella debió de pensar que era su deber hacerlo así. La ropa negra acentuaba la palidez de su cutis, haciendo resaltar los dulces ojos azules y el cabello, del color del maíz, que llevaba peinado por detrás de las orejas y recogido en la nuca por un moño bajo. Corrió directamente hacia Madge.

—¡Pobre muchacha! —dijo Louise; miró preocupada de H. M. a Masters, y luego, a Madge—. Los he estado buscando por todas partes, pero nadie sabía dónde se encontraban. Míster Masters me dijo lo que había sucedido en la Casa de los

Reptiles; pero..., pero... ¿qué puedo decir yo?

Y colocó suavemente sus dedos en el hombro de Madge.

Hasta el aire parecía ahora envenenado.

—¡Apártese de mí! —gritó Madge de repente, levantándose de la silla y retrocediendo con el cuerpo rígido—. ¡Por el amor de Dios, apártese de mí!

Fue como si hubiese abofeteado a Louise.

Profundamente sorprendida, enrojeciendo primero y palideciendo después, Louise retrocedió. Pero no se dio por ofendida. Era evidente que comprendía y simpatizaba.

—Lo siento infinito —dijo a Madge—. ¡Qué estúpida he sido! Créame; sé muy bien lo que son los nervios. ¡Y luego ese asunto de la Casa de los Reptiles!

—¡Créame! —dijo el doctor Rivers con el tono del que promulga una ley—. Si hubiera sabido que alguien iba a atacarla, miss Palliser, nunca la hubiese dejado entrar en aquel sitio. ¿Por qué no me lo dijo nadie?

—¿De modo que me van a echar la culpa otra vez? —preguntó H. M.

Como si trataran de apartar la atención de Madge y borrar todo lo sucedido, los tres empezaron a hablar en voz alta.

—¡Oiga! —dijo H. M., dirigiéndose a Louise con una especie de gruñido—. ¿Qué ha estado usted haciendo durante todo el día?

—Fui a la funeraria —respondió Louise, mordiéndose los labios—. Quería ver cuándo...; bueno, cuándo podría hacerse el funeral.

—¡Ah, ya! —gritó H. M.

—No permiten hacerlo —dijo el doctor Rivers— hasta que se haya celebrado la encuesta el lunes.

—Y, después, cuando regresé —continuó Louise—, Agnes Noble ha estado persiguiéndome. Siguiéndome dondequiera que iba y diciendo «¿Quéeee?» en el momento en que mi voz se debilitaba.

—¿Agnes Noble? ¿Qué quería?

—Era sobre el nuevo cargamento de animales que mi padre quería traer para su parque zoológico. Mistress Noble dice que, mediante una comisión, ella podría disponer de los animales para algún circo, cosa que no es probable, o hacer que los destruyan. Me pareció una frescura por su parte, después de todas las cosas que me estuvo diciendo anoche; pero ya estoy cansada de todo esto. Es una persona muy hábil, y ella lo sabe.

—¿Era ese el *negocio* para el que quería verla hoy?

—Sí —Louise titubeó—. ¿Comprende, sir Henry? ¿Comprende usted?

—Comprender, ¿qué?

—¡Que no podemos traer esa colección a Inglaterra! ¡No podemos!

—Sí, claro. Naturalmente.

—Quiero cumplir en todo los deseos de mi padre. Pero ¡este proyecto es impracticable! El tío Horace cree que él podría disponer de algunos animales.

—¿Horace? —dijo H. M., abriendo los ojos con asombro.

—Sí. Horace tiene un negocio de animales en el Canadá; un negocio pequeño — Louise sonrió—. Pero no me fío mucho de él. Bebe demasiado a la hora de la comida y después hace toda clase de cosas raras. Ya que Agnes Noble...

—Perdone —interrumpió Madge.

Madge había permanecido en pie, vuelta de espaldas, con las manos cruzadas sobre su pecho, jadeante. Cuando se volvió todavía quedaban señales de lágrimas en sus ojos; pero había conseguido dominarse por completo.

—Me encuentro bien —dijo—; pero me he portado terriblemente mal y quisiera pedir perdón.

Louise comenzó a protestar; pero Madge no la dejó.

—Especialmente —continuó—, cuando usted estaba anoche en peor situación que yo estoy ahora, no hizo las tonterías que yo he hecho ni se derrumbó. Lo siento. Perdí los estribos; pero no volverá a suceder. ¿Puedo hacer algo para que no continúe enfadada conmigo?

—¡Querida! —Louise parecía emocionada—. No es cuestión de enfado. De todos modos...

—Diga.

—Bien —dijo Louise con aire de perfecta ama de casa, a pesar de que todavía estaba soltera, mirando a su alrededor—; la comida aquí es horrible, aunque no debiera decirlo yo. Quiero que se venga conmigo a casa para tomar una taza de té, si es que puede hacerlo, después de haber comido.

—¡Encantada! —respondió Madge.

Carey iba a decir: «Espere un momento» con su voz de bajo, que tan sorprendente efecto producía cuando hablaba de repente. Pero tanto Louise como el doctor Rivers le miraron con aire de sorpresa, y se tragó las palabras. Enloquecido y lleno de asombro, miró a H. M. y al inspector Masters. Su muda pregunta era: «¿Está bien esto?», y la respuesta pareció decir «Sí». Pero aquello no tranquilizó a Carey, que en aquellos momentos luchaba con tantos fantasmas desagradables como la misma Madge.

—¡Espléndido! —dijo Louise con sincera afabilidad—. ¿Viene usted también, míster Quint?

—Sí; me encant...

—No va —dijo H. M.

—Repito, miss Benton, que...

—No va —repitió H. M., clavando en él sus ojos y señalándole la silla con ademán severo—. Tenemos que hablar. Lo mejor será que ustedes se marchen, aunque creo que Masters querrá hacerles algunas preguntas de cuando en cuando.

—¡Cada cosa a su tiempo! —dijo el inspector con su aire suave y siniestro—. ¡Cada cosa a su tiempo!

Carey se sentó de nuevo. En silencio contempló a Madge, que salía del restaurante entre Louise y el doctor Rivers. Notó que a él no le había pedido perdón.

¿Qué pensaría ella aun ahora...?

Mala o no, y ella no lo era, su ausencia le producía una especie de vacío y desánimo. La sensación era desagradable y le perturbaba. El inspector Masters le miró, no sin amabilidad.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Masters casi alegremente—. No hay motivo para alarmarse. ¡Todavía no!

—¿Qué quiere usted decir con eso de «todavía no»?

—Uno de mis hombres no perderá de vista al grupo. Ahora no ocurrirá nada; puede apostar cualquier cosa a que será así.

—Pero ¡no pueden estar protegiéndola siempre!

El rostro de Masters se ensombreció.

—Eso es cierto. Es una verdadera lástima que no pueda acordarse, precisamente ahora, de lo que queremos. Supongo —murmuró el inspector, cogiendo un tenedor y golpeando con él sobre la mesa— que la señorita no estaba fingiendo que no recordaba, ¿verdad?

H. M. se le quedó mirando.

—Pero ¡Masters, hijo mío, si está medio muerta de miedo!

—Pero ¿se acordará?

—No lo sé, muchacho. Puede que sí o puede que no.

—Bien; ¿y si no recuerda?

—En ese caso, nosotros habremos de hacer un poco más de ejercicio con el cerebro.

—Hemos estado muy cerca —murmuró el inspector— y, sin embargo, nos han interrumpido cuando la joven iba a decir... —tiró el tenedor—. Y otra cosa, señor. De nada sirve tratar de engañarme.

—¿Engañarle, muchacho? ¿Le engañaría yo?

El tono de Masters se hizo amargo.

—No siempre —dijo—. No; únicamente cuando puede hacerlo. Pero le conozco desde hace mucho tiempo para no adivinar cuándo tiene algo escondido en la manga. Si tiene alguna idea sobre esto, díganosla.

—Bueno... —dijo H. M., quedando pensativo un momento—. Tengo una idea, sí. Especialmente cuando considero el temperamento de cierta persona; pero no hay nada que la sostenga. Y no nos dirá cómo salió el asesino de la habitación precintada.

Al llegar a este punto se detuvo, mirando por una de las abiertas ventanas.

—¡Eh! —llamó con voz tan chillona que Masters dio un salto en su silla—. ¡Eh! ¡Venga acá!

Por la ventana que señalaba se veía el rostro de Mike Parsons, mirando en la forma que lo haría un perro receloso.

En una mano Mike¹ llevaba una humeante taza de té, cuyo borde trataba de colocar bajo sus mostachos mientras los vigilaba como una serpiente. Mike habló con dignidad:

—¿Hablabas conmigo, señor?

—Exactamente. Venga aquí.

Mike pasó por la ventana abierta.

—Si creen ustedes —dijo— que estoy descuidando mis obligaciones porque no estoy en la Casa de los Reptiles y me encuentro aquí, tomando una taza de té —en este momento pareció venirle a la memoria alguna frase conveniente de una carta comercial—, debo manifestarles que los guardias están allí y mi presencia no es necesaria, por el momento.

Para subrayar sus palabras, Mike sorbió un poco de té. H. M. permaneció imperturbable.

—No pensaba en eso, muchacho.

—¿No, señor?

—No —dijo H. M.—; lo que quiero es saber por qué nos mintió usted anoche.

Después de un silencio absoluto, que tal vez durase unos diez segundos, durante los cuales el color del rostro de Mike se demudó y la humeante taza permaneció inmóvil junto a su boca, el inspector Masters saltó.

—¡Ah! —murmuró Masters—. ¡Por San Jorge, ahora llegamos a ello! ¿Es esta su idea para una solución?

—¡Oh, no! —dijo H. M. con calma.

Masters se le quedó mirando.

—¿No es esa su idea?

—No, hijo. Es la desagradable sospecha de que la vida de Ned Benton hubiera podido salvarse si alguien hubiese actuado con más rapidez —señaló a Mike—. ¡Venga acá! Vamos a poner en claro este asunto. ¿Por qué nos dijo usted aquella mentira?

Aunque muy asustado, Mike había recuperado algo de su antiguo aspecto. Depositó la taza sobre la mesa.

—¿Quiere decirme de qué mentira habla, señor? —dijo roncamente.

—Usted estaba anoche de guardia, ¿no?

—Sí, señor. No tengo por qué negarlo, pero...

—Anoche, en el mismo momento en que el avión volaba sobre la casa, pasó usted por allí gritando: «¡Luces, luces!». ¿Recuerdas el momento a que me refiero?

—No, señor —respondió Mike—, porque ningún avión enemigo voló anoche sobre la casa.

—¡Calma, sir Henry! —aconsejó Masters al ver que H. M. levantaba los crispados puños.

Dominándose mediante un poderoso esfuerzo, H. M. cerró un ojo y estudió a Mike, al parecer con gran interés.

—Ya veo que es usted un caso fascinador, amigo. De veras que lo es. No puedo determinar si es que miente usted impulsado por alguna extraña razón patológica o simplemente por el solo placer de contradecir a los demás. Escuche, ¿recuerda o no

recuerda cuándo gritó lo de las luces?

—Lo recuerdo. Pero ningún avión enemigo o propio se encontraba...

—Espere un momento. ¿Recuerda lo que dijo además de eso? Dijo que había una luz encendida en el estudio, en la parte trasera de la casa.

—Pregunte al doctor Rivers —respondió Mike—. El doctor estaba conmigo; pasaba por allí en aquel momento. Y, tan cierto como que me he de morir, no había ningún avión en el cielo.

—¿Va usted a escucharme, abuelo? —preguntó H. M. casi con suavidad—. Usted dijo que se veía una luz en la parte de atrás. Dijo que había mirado por la abertura de las cortinas y que vio a alguien tendido en el suelo. ¿Fue eso? ¿Lo vio usted?

—Sí, es verdad.

—Bueno. Dijo usted que no sabía quién pudiera ser, porque no veía más que el brazo y el puño de la camisa del hombre. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor.

—¡Oh, no! No lo es, hijo mío —dijo H. M. alzando la voz—. Cuando nosotros entramos en el estudio, diez minutos después, encontramos que el cuerpo del muerto tenía los brazos plegados bajo el torso. Todas las personas que estaban presentes lo recordarán, incluso usted mismo. Así es que usted no pudo haber visto el brazo desde la ventana ni desde otro sitio cualquiera.

Mike abrió y cerró la boca. Pudieron ver cómo la nuez subía y bajaba en su flaca garganta. Sus turbios ojos se iluminaron con una curiosa expresión, no de culpabilidad, sino más bien de repentino pánico. Se le dilataron cada vez más los ojos, como si todo el malvado mundo estuviese en contra suya.

—¡Voy a consultar con mi abogado! —dijo Mike.

Y antes que nadie pudiera detenerle, antes que les diese tiempo de moverse, se marchó de allí con una rapidez que no se hubiera sospechado en una persona de su edad. En cuatro largas zancadas salió del restaurante. Cerró de golpe la puerta de cristal y echó a andar por el asfaltado camino.

Lanzando un enérgico juramento, el inspector Masters emprendió su persecución; pero no había dado más que un paso, cuando H. M. le detuvo.

—No, Masters —dijo—; ahora, no. Deje que se vaya.

—¿Que le deje que se vaya?

—¡Naturalmente! No hay nada en contra suya. Por lo menos...

—¡Por el amor de Dios, sir Henry! —dijo Carey—. ¿Dice usted que ese gusano de aire inocente no tiene algo que ver con este asunto?

—¡No, no y no! —gruñó H. M. y continuó haciendo exagerados gestos, como si los otros dos persistieran en no comprenderle—. No es a eso a lo que me refiero. No es que esté mezclado en esto. Pero ¿es que no ven ustedes, cabezotas, lo que quiere decir?

—¡Hablando por mí —dijo Masters—, que me maten si lo sé!

—Escuche, hijo —H. M. hablaba con gran claridad—. Mike está de guardia. No

hay nadie más de guardia en la puerta principal, y la ocasión es magnífica para largarse a la taberna y echar un trago. Y después, cuando regresa...

De repente, H. M. guardó silencio. Se quedó mirando al vacío como si se le hubiera ocurrido un pensamiento tan diáfano que se asombrase de no haberlo pensado antes. Ya no parloteaba. Este era el «maestro», este era el «viejo».

—Bueno, bueno, bueno —murmuró con voz ronca.

Masters asintió.

—¡Ah! —dijo el inspector jefe—. No sé de qué se trata, señor; pero me apuesto algo a que ahora está sobre la pista.

—¿Eh?

—¿Lo ha descubierto? No empiece ahora con sus acostumbradas bromas. ¿Empieza a comprender?

H. M. continuaba mirando al vacío.

—¿Sabe una cosa, Masters? —respondió, inclinándose con gesto distraído—. Es algo curioso; es lo más raro de todo. Ahora empiezo a no comprender.

Bramaban las sirenas en el cielo antes que las manecillas del reloj señalasen las ocho.

Carey Quint las oyó ulular desde su piso, situado encima del St. Thomas's Hall, en Piccadilly. Dejó de pasear arriba y abajo por la salita y se dirigió a su dormitorio para telefonar a Madge Palliser.

No había oído ningún cañonazo aquel día; a decir verdad, nadie en el West End oyó disparar una pieza hasta la noche del siguiente miércoles. A la densa atmósfera, cargada de abominación, que envolvía el cerebro como un remolino, siguió una calma mortal.

Carey llegó a casa a tiempo de oír por la radio el boletín de las seis.

«En las últimas horas de la tarde —decía el locutor—, una gran formación de aviones enemigos cruzó la costa de Kent y se aproximó a Londres. Fueron duramente hostilizados por nuestros cazas y defensa antiaérea, pero algunos de los aviones enemigos consiguieron penetrar en el área industrial del este de la capital. Fueron abatidos ciento un aviones», decían las noticias.

Sin embargo, todo parecía lejano, tan lejano como aquellos aviones que volaban y luchaban bajo un cielo iluminado por el sol, sobre la costa. Carey, como la mayoría de los londinenses, estaba demasiado preocupado por otros asuntos.

Lo que más le alarmaba era la conversación que sostuvo con Masters antes de abandonar el restaurante del Royal Albert. H. M. se había marchado solo, apresuradamente, a la jaula de los loros, según dijo, para estar tranquilo y poder pensar. Pero cuando Carey intentó marcharse también, el inspector jefe le detuvo, poniéndole una mano en el brazo.

—Perdóneme, señor. ¿Me permite que le pregunte adónde va?

—Voy a casa de los Benton —respondió Carey—. Madge debe de estar todavía allí, tomando el té con Louise y el doctor Rivers.

—Exacto —dijo Masters—. Pero escuche. Si yo fuera usted, no iría allí. Ahora, no.

—¿Por qué demonios?

Masters movió la cabeza con un aire tan suave y paternal que hasta su rostro parecía iluminado.

—Bueno —dijo persuasivamente con un gesto—. Miss Palliser es lo que podríamos llamar una joven altamente impresionable. Usted la excita, amigo; eso es evidente.

—¿Quiere usted decir que me detesta hasta ese extremo?

Masters se acarició la mandíbula.

—Pues no —dijo como si reflexionase—. No, señor; no es eso exactamente lo que yo diría. ¿Está usted casado?

—¡Dios santo, no! ¿Por qué me lo pregunta?

—La mente de las mujeres —declaró Masters como si estuviese explicando una profunda tesis— funciona, a veces, en una forma muy rara. ¡Oh! —sonrió levemente—. No queremos excitarla. Si ha de recordar lo que se le ocurrió anoche sobre un fósforo quemado y la solución de este asunto...

—¿Por qué diablos no se lo pregunta a sir Henry Merrivale? Parece tener él alguna idea acerca de eso.

Masters bajó la voz confidencialmente:

—Voy a confiarle un pequeño secreto —dijo—. Algunas veces el viejo resulta un poco difícil de manejar.

—¡Me asombra usted!

—El entrega los géneros —Masters hablaba con afectación—. ¡Ya lo creo! No diré que algunas veces no lo haga de una manera un poco rara. Cuando lo hace es igual que si una carga de muebles le cayese a uno sobre la cabeza desde la ventana de un quinto piso. Pero entrega la mercancía. Y la única forma de estar seguro de que lo hace..., ¡Dios mío!, ¿no lo sé yo?, es dejarle que lo haga a su manera.

Carey extendió las manos.

—La muchacha está en peligro —dijo, hablando con claridad, como si su interlocutor fuese sordo.

—¡Ya lo sé!

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? Si ella insiste en permanecer esta noche en el Isis Theatre...

Masters se mostró tranquilizador.

—Si insiste en eso, ya me encargaré yo de que haya una persona con ella en todo momento hasta que las cosas se aclaren. No puedo decirle nada más.

—Yo podría estar con ella.

El inspector jefe tosió.

—¡Oh, claro que sí! Pero me parece que a la señorita le gustará más que no lo haga. Déjela que se concentre, por ahora, en otras cosas más importantes.

—Pero...

—Váyase a casa solo, señor —la persuasión envolvió a Carey como una manta—. Váyase a casa solo. Siga mi consejo; deje sola a la señorita. Dígame dónde puedo encontrarle y le tendré al corriente de todos los acontecimientos. ¡Se lo prometo! Mientras tanto...

Carey tuvo que resignarse.

El enfadarse con Madge era una tontería, una tontería exactamente igual que la actitud que había adoptado la muchacha. Sin embargo, aquello le dolió. Se fue a casa, y después deseó no haberlo hecho.

Mientras paseaba por la larga salita del piso de St. Thomas's Hall tuvo la

sensación de que los acontecimientos se aproximaban a una crisis. Lo que ahora quedaba era un problema que había que resolver de algún modo.

A pesar de que la noche estaba próxima, en el piso, situado bajo las planchas de plomo del tejado, hacía un calor sofocante.

A Carey le agradaba la salita, le agradaban las sillas y la gastada alfombra, sus trofeos y sus lámparas. Adosadas a las paredes había varias librerías que contenían una inmensa biblioteca sobre ilusionismo, acumulada por cuatro generaciones de los Quint. Las librerías rodeaban la habitación, cargadas de curiosos secretos: desde el arrugado y ennegrecido *Hocus-Pocus Junior* y *The Anatomy of Legerdemain* (1623) hasta los más modernos tratados de Goldston y Cannell.

Sin embargo, el secreto de precintar una habitación por el interior y...

Como Carey había dicho a Madge la noche antes, también su padre acarició esta idea en una ocasión. Pero no recordaba que hubiese ninguna referencia sobre ella en los desordenados apuntes de Eugene Quint que se encontraban en el fondo de la librería. ¿Qué se le podía haber ocurrido a Madge a la vista de un fósforo quemado?

Dieron las seis y media; luego, las siete. Mientras paseaba, a medida que las sombras aumentaban gradualmente, Carey escuchaba subconscientemente para oír el timbre del teléfono que había en su dormitorio. Lo esperaba; estaba alerta. Pero casi dio un salto cuando a las siete y veinte sonó el teléfono.

En la semioscuridad, su dormitorio aparecía ahora cuidadosamente arreglado después de la intervención de la asistenta. Allí estaba el retrato de su bisabuelo Chester, colocado entre las demás fotografías que colgaban de las paredes. Mientras sonaba el timbre del teléfono, Carey tuvo la impresión de que los ojos de su bisabuelo le lanzaban una mirada de advertencia.

—¡Hola! —saludó en voz alta al retrato.

Estaba adquiriendo una especie de fobia contra los teléfonos. Desde hacía cuarenta y ocho horas algún genio maléfico había estado utilizando el teléfono con miras a un posterior intento de asesinato cuidadosamente planeado. Habló una voz sugestiva; cambió la decoración y los colmillos atacaron, llevando la muerte o casi la muerte. Esta vez, Carey se juró a sí mismo que no habría tontería alguna.

Y por aquella vez no la hubo. Al descolgar el auricular, carraspeó y preguntó: «¿Quién?», con los oídos alerta para captar cualquier falsa inflexión de la voz. Pero la voz que le respondió era inconfundible y estuvo a punto de arrancarle un grito de disgusto.

—¿Hablo con míster Carey Quint? —preguntó la voz de Agnes Noble.

La Blasfemia, aunque sin hacerle emitir sonido alguno, escribió una palabra en el cerebro de Carey.

—Sí —dijo.

—Habla mistress Noble —explicó aquella incansable mujer—. ¿Podría decirme, míster Quint, si estará ocupado el lunes por la mañana?

Si Carey hubiese tenido un poco de sentido común, hubiera dicho que sí,

colgando el receptor inmediatamente. Porque Agnes Noble era uno de esos seres que se pegan al teléfono como una sanguijuela y retienen a su interlocutor, quiera o no quiera, como bajo el influjo de un poder hipnótico. Carey contemporizó, y esa fue su perdición.

—Entonces, míster Quint, ¿puedo dar como seguro que no está usted ocupado para el lunes por la mañana?

—No lo sé. ¿Por qué lo pregunta?

—Le agradeceré, míster Quint, que me dé una respuesta concreta ahora mismo.

Aquella mujer era una brillante estratega. Adivinaba la curiosidad que sentía por el caso y su deseo de averiguar si aquello tenía algo que ver con el asunto. Ella utilizaba aquello, aprovechándolo en todo lo que valía, para conseguir sus fines particulares.

—Es una sencilla pregunta, míster Quint. ¿Estará o no estará ocupado el lunes por la mañana?

—No se lo puedo decir. Probablemente, no; pero...

—Bien —dijo mistress Noble—. Entonces, le agradeceré que se pase por el despacho de mis abogados, los señores Macdonald, Macdonald y Fishmann, a eso de las once.

—¿Para qué?

—El no acudir —continuó mistress Noble— puede acarrear más adelante consecuencias muy desagradables. ¿Quiere apuntar las señas?

—¿Para qué me quiere?

Podía imaginarse la triunfante sonrisa de los apretados labios de mistress Noble.

—La dirección —prosiguió— es: Southampton Row, ochocientos setenta y dos, W. C. dos. Haga el favor de anotarla: Southampton Row, ochocientos setenta y dos, W. C. dos, y le agradeceré que sea puntual.

—¡Escuche, mistress Noble!...

—Creo que acaso le interesará una explicación parcial. Esta noche voy a ver a la hija de míster Benton o, mejor dicho, a su hijastra, para un asunto de negocios.

Carey se quedó mirando al teléfono.

—¿La hijastra de míster Benton? —repitió—. ¿Qué hijastra?

—Pues miss Louise Benton.

—Pero ¡Louise no es su hijastra! ¡Es su hija!

Pareció como si el teléfono, por decirlo así, arquease las cejas.

En su imaginación, Carey vio moverse las arrugas del rostro de Agnes Noble y los acerados ojos oscuros, que traicionaban la impaciencia que le producía el oír este comentario.

—En realidad, míster Quint —dijo con voz fría—, si se molesta en preguntar a la señorita, descubrirá que es solamente hija del primer marido de la fallecida mistress Benton. Con seguridad que no es un asunto de tanta importancia como para discutirlo, ¿verdad?

—¡Ni he dicho que fuera importante ni lo discutía! Lo que quiero saber es para qué pretenden que me presente el lunes en el despacho de ese abogado.

—¿Tiene usted las señas, míster Quint? Deje que le repita la dirección: Southampton Row, ochocientos setenta y dos, W. C. dos.

—¿Ha presentado alguna demanda contra alguien?

—Eso, míster Quint, se verá a su debido tiempo.

—Escuche —dijo Carey, cogiendo el teléfono con más fuerza—: o me dice lo que significa todo esto o no voy el lunes ni ningún otro día.

Oyó un suspiro, casi de placer, como si mistress Noble se aprestase a dar la batalla. Pero Carey no podía resistir más. Colgó el auricular, cortando la comunicación, y regresó a la salita.

Eran las siete y veintiséis.

Mientras aquella mujer había estado diciendo tonterías que no tenían significado alguno, pensó, el inspector Masters podía haber llamado para comunicarle alguna noticia, encontrando la línea ocupada. Al pensar en esta posibilidad, Carey se enfureció.

Y, aparentemente, era algo más que una posibilidad. Porque el teléfono volvió a sonar cuando Carey comenzó de nuevo sus paseos, encendiendo otro cigarrillo. El joven regresó a su dormitorio con mayor rapidez que antes.

—Lo que iba a decirle a usted, míster Quint... —comenzó a decir Agnes Noble con inflexible calma.

—¡Por el amor de Dios, deje libre la línea! —gritó Carey.

Dejó el auricular, sintiendo que sus nervios se crispaban. Más pronto o más tarde, pensó, Agnes Noble llegaría a cansarse. Pero si continuaba colgada del teléfono mientras Masters trataba de llamarle para decirle algo de verdadera importancia...

Dominándose, como si sintiera que mistress Noble iba detrás de él, Carey regresó a la salita.

Dio una larga chupada al cigarrillo y lo aplastó. Se limpió el sudor de la frente, aunque ya no hacía tanto calor. Algo pasaba con el aire aquella noche, algo que le hacía parecer pesado y sin vida. Por los débiles ruidos que llegaban hasta él, le pareció que el disminuido tráfico de Piccadilly se apresuraba.

Dieron las ocho menos cuarto en el reloj de la chimenea. La hora del oscurecimiento se aproximaba.

Mistress Noble no volvió a telefonar, pero tampoco lo hizo Masters. Cuanto más pensaba Carey y más vueltas daba a la imaginación, más seguro estaba de que el inspector había tratado de ponerse en contacto con él.

¿Y Madge?

Carey se aproximó a una de las ventanas y miró al exterior. Frente al Ritz, tres pisos más abajo, dos guardias con casco de acero hablaban animadamente. La calle había perdido todo su color, difuminándose ahora en blanco y gris. Más allá, el Green Park se destacaba imponente como una selva. Hasta él llegó el ruido del motor de un

coche.

La inactividad no conducía a nada. Tenía que ponerse en contacto con Madge. Por tercera vez corrió al dormitorio, sin importarle nada lo que Madge o la Policía pensarán, y se dirigió al teléfono.

Se detuvo en seco, como si de pronto le hubiesen golpeado en el pecho, a la vista de un rostro humano que le miraba en la semioscuridad. Carey no comprendía por qué se fijó en él; no sabía si fue por una simple casualidad o bien porque, inconscientemente, lo estuviera buscando.

El rostro no se parecía a lo que él tomara como rostro en el capuchón de la cobra. No le infundía miedo como el peligroso animal que viera balanceándose bajo la ventana.

No era más que una fotografía, una vieja fotografía de las muchas que colgaban de la pared, sobre la cómoda. Era la imagen de un hombre, medio de frente, medio de perfil, mostrando la cabeza y el torso del individuo. Sin duda alguna, se trataba de una fotografía de alguien relacionado con el teatro, pero que, sin embargo, tenía un aire disoluto y marcial. Los ojos sonreían. La mano izquierda estaba metida, descuidadamente, en el bolsillo del blanco chaleco.

Carey no tenía la menor idea de quién pudiera ser aquel hombre. Sin embargo, el repentino aguijonazo en la pantalla de su cerebro le aturdió y le hizo detenerse.

—Yo he visto hoy esa cara en alguna parte —dijo en voz alta.

Y si no fue aquel rostro el que vio, era su copia exacta. Acaso un poco borroso. Sin embargo, quedaba ese indefinible gesto que se llama personalidad y que se conserva a pesar de la edad y se transmite por herencia. Cuanto más absurdo le parecía encontrárselo aquí, entre los recuerdos de su familia, más seguro estaba Carey de haberlo visto.

No era posible y, sin embargo, así era.

Tropezó con un par de zapatos, a los que dio un puntapié, enviándolos al otro extremo de la habitación. Cuando descolgó la fotografía y la llevó junto a la ventana, para examinarla a la luz que por ella entraba, sentía la garganta seca.

Sopló el polvo que se había depositado sobre el cristal del retrato. (¿Cristal? ¿Se trataba de una asociación de ideas?). Se fijó con tal concentración en la imagen que sus ojos bizqueaban al contemplar aquel rostro redondo y aquellos cabellos rubios.

A diferencia de muchos de los recuerdos que allí había, el retrato no estaba dedicado. Ni el anverso ni el reverso de la fotografía le dijeron nada. Por el traje de aquel hombre, calculó que el retrato estaba hecho hacía unos veinticinco años. Excepto que debía de tratarse de algún amigo de su padre o de su abuelo, y seguramente relacionado en alguna forma con el negocio de espectáculos, no pudo sacar nada en limpio.

Frenético, Carey pasó la manga de su chaqueta por el cristal —con toda seguridad, aquello estaba asociado con cristal—, como si limpiándolo pudiera arrancarle su secreto, como a la lámpara de Aladino.

—¿Dónde he visto yo hoy a este tipo? —preguntó, primero al vacío y luego a la fotografía de su bisabuelo—. ¡Maldita sea! ¿No ves lo que esto significa?

Si aquello era verdad, si no se trataba de una manía o una ilusión de su cerebro, aquello ponía en sus manos algo que habían estado buscando. Proporcionaba un eslabón entre dos lados desconectados del caso. Edward Benton había sido asesinado mediante la utilización de un truco de ilusionismo. Madge Palliser, hija de una familia de ilusionistas, se encontraba en peligro de muerte por alguna razón que tenía algo que ver con aquel asesinato. Y un rostro tentador, un rostro cuya imagen había visto Carey aquel mismo día, aparecía en la pared del piso de St. Thomas's Hall. De algún modo misterioso, aquello cerraba el círculo.

Carey Quint, luchando de nuevo con una multitud de fantasmas, se hallaba en el centro de la habitación apretando fuertemente el retrato y preguntándose lo que iba a hacer.

El rugido de las sirenas, próximo y apremiante, le sacó de su abstracción.

Una de las sirenas, colocada en un tejado cercano, emitía un lúgubre sonido que, como los fuelles de un órgano, se concentraba zumbando con una especie de estruendoso murmullo antes de desbordarse en un fuerte toque de prevención. Su estrépito, muy cerca de su oído, ahogaba el de las otras sirenas, hasta que todas ellas unían sus aullidos, que anunciaban el peligro por todos los tejados. Aquella noche, en su gemido no había ninguna nota especial de apremio. Esto se lo imaginaba uno después. Pero despertó en Carey una necesidad vital de apresurarse.

«¡Uuuuuh!...», continuaron rugiendo las sirenas, ineludibles e incansables. Carey miró al teléfono, que ahora no le servía para nada.

Era preciso que viese a Madge Palliser.

En la parte oeste de St. Martin's Lane, unas doce yardas más allá de Carrick Street, el Isis Theatre se alzaba como un fantasma negro, recortándose contra un cielo escasamente iluminado.

Su arquitectura tenía débiles rasgos orientales. Sus cúpulas y alminares, cuyos abigarrados ladrillos y grecas de piedra se habían suavizado por el transcurso de los años, mostrábanse tan oscuros de día como de noche. Su masa, alta y espaciosa como una caverna, se dibujaba vagamente contra el cielo, mientras Carey Quint subía apresuradamente desde la estación del Metro de Leicester Square y a largos pasos cubría la distancia que hay entre Charing Cross Road y St. Martin's Lane.

Sin embargo, ¿podía decirse que era tan vago el perfil de aquel teatro?

Lejos, hacia el Este, el cielo tenía un ligero tinte rosado, que Carey apenas notó, ocupado como estaba en preguntarse dónde se encontraría exactamente la entrada que conducía al piso de Madge sobre el teatro. Si no recordaba mal, había un pequeño vestíbulo y una puertecilla a la izquierda del vestíbulo principal.

Y en aquel punto encontró a Louise Benton.

Ambos corrían hacia la misma puerta. Se dieron un encontronazo, retrocedieron y permanecieron mirándose uno al otro. Las blancas facciones de Louise eran lo único visible en la oscuridad, debido a su traje negro.

—¿Qué hace usted aquí? —gritó Louise.

—¿Y usted, qué está haciendo aquí?

Aún había suficiente luz para poder distinguir los contornos de su rostro. La voz de Louise tenía una curiosa nota de apremio, casi de alarma.

—Estaba cenando con Jack —respondió ella— en el Coquille, ahí enfrente — hizo un gesto, moviendo la cabeza en dirección al restaurante—, pero Jack tenía que ir al Bart's Hospital, y yo pensé que sería mejor que me fuera a casa. Dicen...

Miró al cielo, dudando, y no prosiguió.

—De todos modos —continuó—, creí mejor venir y asegurarme de que Madge se encontraba bien. Dicen que estará perfectamente, pero algunas veces dicen cualquier cosa, Madge es una criatura encantadora, Carey.

—Encantadora —dijo Carey— no es exactamente la expresión que yo utilizaría. Pero al mismo tiempo... ¡No importa!

Los azules ojos le miraron con ansiedad, medio sonrientes.

—¿Está usted preocupado por ella?

—Si.

—¿Tiene usted alguna razón especial para venir aquí?

(¿Fue un ligero temblor en el aire lo que notó? No un ruido exactamente; solo un temblor).

—Cierta sabueso llamado Masters —explicó Carey con un tono amargo, que podía compararse con el usado por sir Henry Merrivale— casi me prometió tenerme al corriente de los acontecimientos, pero no me ha telefonado; no ha hecho nada. ¿Hay alguna novedad?

Louise abrió mucho los ojos.

—¡Una verdadera montaña de noticias! —contestó—. ¿Quiere usted decir que no ha oído nada?

—¿Oído qué?

—Sir Henry Merrivale ha tenido una inspiración.

—Oí que empezaba a tenerla. ¿Ha ido más lejos?

—¡Ni siquiera puedo decirle de qué se trata! —dijo Louise, abriendo y cerrando nerviosamente su bolso—. Llegó a casa, empezó a quitar las cosas de su sitio, tirándolo todo y portándose como un demente. Quería ver a la doncella, pero la pobre Rosemary se fue a su casa anoche y se ha negado a volver.

—Continúe.

Louise se encogió de hombros, impotente.

—Cuando le pregunté qué significaba todo aquello me miró de reojo de un modo misterioso y me dijo que confiase en el viejo. Pero parecía estar particularmente interesado en el armario que hay en el vestíbulo.

—¿El armario del vestíbulo? —preguntó Carey vivamente—. ¿Qué pasa allí?

—Lo ignoro. Parecía mirar en una forma muy extraña al contador del gas.

El contador del gas...

Con un gesto de furia impotente ante lo que no podía comprender, Carey se volvió para estudiar la fachada del Isis Theatre. La entrada de piedra, en forma de arco y con enrevesados adornos, semejante a una gruta, tenía una marquesina de cristales. Hasta en la calle parecía respirarse el enmohecido y pesado ambiente de los tiempos pasados. La puerta que buscaba estaba a la izquierda, separada del teatro —aunque había otras entradas entre la sala y la vivienda—, e hizo señas a Louise para que le precediese.

—Entre —dijo, golpeando el paquete que llevaba bajo el brazo—. He encontrado algo en mi piso que puede interesarle.

La puerta, o mejor dicho, el vestíbulo (puesto que no se hallaba protegido por ninguna otra puerta exterior) se abría sobre un corto y angosto pasadizo. La oscuridad los envolvió, apagando los ruidos de la calle. Carey tanteó la pared con la mano izquierda, mientras Louise caminaba casi pegada a él. El joven sentía su proximidad y percibía su respiración.

—Tienen una pista para dar caza al asesino, ¿sabe? —dijo Louise.

Carey se paró en seco. Intentó encender un fósforo y le rompió la cabeza, porque sus manos temblaban lo mismo que su corazón dentro del pecho. ¿Había algo

subconsciente en todo aquello? ¿Qué era aquel temblor infernal del aire?

Encendió otro fósforo y lo levantó.

—¿Le ha dicho Masters —prosiguió Louise— que puso uno de sus hombres en la Casa de los Reptiles para hacer averiguaciones esta tarde? Para..., bueno, para ver si encontraba algún testigo que pudiera haber visto entrar al asesino cuando soltó a la cobra que atacó a Madge.

—Sí.

—¿Recuerda los dos departamentos que contenían a los lagartos y que estaban rotos? ¿Aquellos que tenían las cortinas de arpillera, por los que el asesino —la palabra le repugnaba— pudo deslizarse hasta el pasillo?

—Ya lo creo que me acuerdo, Louise; fui yo quien los rompió. ¿Qué importancia tienen?

—Un niño, un muchacho de unos ocho años, jura que vio entrar a un hombre a una hora que concuerda perfectamente.

—¿Hizo alguna descripción?

—Sí; pero me temo que no es muy buena —dijo Louise sonriendo—. Podía ser la del mismo míster Masters. El chico dice que el hombre llevaba botas altas, como las de un oficial de Policía, e iba tocado con un bombín. Por otra parte, estaba algo oscuro, y un chiquillo como testigo... Pero algo es algo... O...

Antes que el fósforo se consumiera, Carey estudió su preocupado semblante y las enguantadas manos apretadas contra su pecho. Al final del pasillo había una puerta.

Carey vio con sorpresa que el cristal, por una asombrosa coincidencia, estaba cubierto por detrás con un papel de dibujos rojos y blancos. Se le aparecía como la ventana ante la cual se había levantado la cabeza de la cobra. A uno de los lados se veía el esmaltado pulsador de un timbre eléctrico. Lo oprimió y pudo oír cómo resonaba a lo lejos, arriba, en el momento en que se apagaba el fósforo.

¡Madge se encontraba perfectamente! ¡Aquel no era momento de alucinaciones!

Carey encendió otro fósforo. Quitó el periódico con que había envuelto la fotografía que encontrara en su piso y se la mostró a Louise, explicándole todo concisamente.

—Estúchela bien y dígame si no le recuerda a usted alguna persona.

De nuevo pulsó el timbre, mientras el segundo fósforo le quemaba los dedos y Louise miraba fijamente la fotografía. Frunció el ceño, movió la cabeza y miró hacia arriba con aire de duda y como excusándose.

—¿Debe recordarme a alguien? —preguntó Louise—. ¿A quién?

—Ese es el asunto. ¡No lo sé!

—Me temo que no —respondió Louise al apagarse el fósforo y envolverles la oscuridad, lo mismo que envolvía su cerebro—. Tengo la certeza de no conocer a este hombre y de que no me recuerda a nadie.

—Sin embargo, hoy mismo yo he visto ese rostro, o uno muy parecido, en alguna parte.

En la oscuridad, Louise lanzó una ligera carcajada.

—Pero, ¡mi querido Carey —dijo—, si no le importa que le llame así!, usted no ha visto hoy a nadie, aparte de un centenar de visitantes del parque y a excepción de sir Henry, míster Masters, Madge, Jack Rivers y el tío Horace y, por supuesto, a mí.

Carey presintió que ella hacía una mueca burlona amparada por la oscuridad.

—De todos modos —añadió en un tono cuya ligereza no podía ocultar su sincero alivio—, después de todas las cosas terribles que han estado sucediendo a nuestro alrededor, me alegro de poder decir que, por lo menos, el pobre Horace está ahora fuera de este asunto.

—¿Ha sido probada definitivamente la coartada de su tío?

—De un modo categórico.

—¿Por qué está usted tan segura?

—El detective míster Masters lo comprobó esta tarde —replicó Louise con sencillez—. Míster Masters se lo comunicó a sir Henry y este me lo dijo a mí.

—Louise, ¿sabe que el viejo parece estimarla mucho?

—Lo sé. Aunque no comprendo cómo puede estimarme nadie.

En su tono se notaba cierta amargura.

Carey se preguntó si estaría pensando en Rivers. Y si Rivers no la estimaba, pensó, es que era el mayor idiota del mundo.

—De todos modos —prosiguió Louise—, Horace está fuera. Se hallaba en su piso entre las ocho y media y las nueve anoche. Durante ese tiempo, tres testigos, a cubierto de toda sospecha, le telefonearon. Horace estaba allí leyendo y oyendo la radio...

De nuevo sintió Carey que su razón vacilaba.

—¡Dios mío! —exclamó con voz asustada—. ¿No me querrá decir que es una coartada telefónica?

—Pero ¿por qué no?

—¿Una coartada telefónica? ¿Después de todo lo que hemos pasado? ¡Creí que esa gente había hablado con él personalmente!

—Pero ¡si lo hicieron! —indicó Louise, poniéndole una mano en el brazo. Él sintió la suave presión de sus dedos—. Después de todo, es una coartada tan buena como cualquiera otra, ¿no?

—¡Hum! Sí, sí. Supongo que sí.

—No parece usted muy convencido.

—No estoy convencido, Louise. Todo esto me parece una locura.

—¿Por qué?

—Porque lo parece, simplemente por eso. Yo no puedo probarlo. Si Masters y sir Henry Merrivale están satisfechos, eso debe bastarme. Sin embargo...

—¿No le extraña —sus dedos hicieron una ligera presión sobre el brazo de Carey, que oyó cómo contenía la respiración— que Madge tarde tanto en responder?

Se hizo un largo silencio. Carey trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con

llave.

—¡Espere! —dijo Louise apresuradamente—. ¡Por el amor de Dios, espere y no se dispare! ¡Puede ser que tenga miedo de abrir la puerta!

—Master me juró —dijo Carey— que siempre habría aquí uno de sus hombres. ¿Por qué han de tener miedo de abrir la puerta?

—No sé.

—¡No es posible que sean todos unos estúpidos! No pueden dejar que eso suceda de nuevo... Supongo que se vendría a casa, ¿no?

—Vino a casa. Jack y yo la trajimos, y, ahora que pienso en ello, nos siguió un coche de la Policía —la voz de Louise se hizo más aguda cuando Carey apartó su mano del brazo y comenzó a quitarse la chaqueta—. ¡Por el amor de Dios, tenga cuidado! ¡Es usted el hombre más impulsivo que he conocido! ¿Qué va usted a hacer?

—Voy a entrar ahí.

—Madge dijo que usted abrió las puertas anoche con una ganzúa. ¿No tiene ganzúas aquí?

—Sí. Pero no es porque ande buscando ningún cofre para descerrajarlo, sino porque no me he cambiado de traje. Pero esto requiere medidas más radicales.

—Entonces, ¿qué va usted a hacer, Carey Quint? ¡Será usted capaz de...!

—Tiene usted razón —convino Carey.

Y con la chaqueta liada alrededor de la mano derecha, dio un golpe al cristal.

La protesta de Louise fue ahogada por el crujido de los vidrios. A Carey, que asomó la cabeza por el cristal roto, buscando una llave en el interior y haciéndose una cortadura en la sien por su apresuramiento, le pareció que se movía en un laberinto en medio de aquel ruido de cristales rotos.

Dentro se veía una luz, una pequeña y mortecina luz, que colgaba del techo, alumbrando una escalera cubierta por una vieja alfombra. La llave que había puesta en la cerradura, por la parte de dentro, era pesada y de forma antigua. Carey le dio la vuelta y abrió.

—¡Madge! —gritó.

Aun aquí, en la misma entrada, la enrarecida atmósfera del Isis Theatre los envolvía de una manera tan palpable como el incienso. La mortecina luz de la parte superior de la escalera era un globo perforado, que moteaba los escalones de diminutas lagunas luminosas.

Inteligentes en lograr efectos, sabias en el arte de crear atmósfera fueron las cuatro generaciones de los Palliser. De las paredes de la estrecha escalera colgaban pequeños cuadros, en los que un grabador del siglo XVIII había expresado sus conocimientos del *asunto*, es decir, de la tortura, como se aplicaba en algunos países de Europa después de la Edad Media. Los puntos de luz titilaban mortecinamente sobre ellos. Hablaban de humo, de oscuridad y de un alma diabólica. Los miembros de las víctimas aparecían exangües; sus rostros semejaban pequeños cráneos.

—¡Madge! —gritó Carey.

Sacudiendo los fragmentos de cristal de su chaqueta, corrió por la escalera mientras se la ponía.

Oyó a Louise que le llamaba, pero no se detuvo. Aquel primer tramo de escalera parecía no terminar nunca. Llegó a un descansillo que torcía bruscamente, de modo que la mortecina luz quedaba casi oculta, y después a otro tramo de escalera que se elevaba como una pesadilla.

Carey subió corriendo el segundo tramo, mientras su corazón le latía aceleradamente, experimentando náuseas, solo para encontrarse con un interminable tercer tramo. Como subía los escalones de dos en dos la sangre le zumbaba en los oídos y experimentaba una sensación de vértigo, como si estuviese realizando una ascensión a una altura semejante a la de St. Paul.

Continuó su ascensión en medio de la oscuridad. Únicamente el reflejo de la luz que había abajo rompía las tinieblas. El viejo edificio, pesado, alto y vacilante, pareció vibrar como si una conmoción exterior chocase contra sus paredes.

—¡Madge!

No podía hacerse oír gritando de aquella manera, con la respiración entrecortada, lo que hacía que la sangre se agolpase aún más en su cabeza. En las tinieblas vislumbró una puerta. Un hilo de luz se escapaba por debajo.

El eco rebotó, pero no hubo respuesta. Carey abrió la puerta, que daba a un pasillo iluminado. Se hallaba en el piso inmediatamente debajo del tejado. Aturdido, se apoyó contra la puerta para calmar el torbellino que sentía en su pecho y aclarar su vista, ante la que todo parecía dar vueltas.

—¡Madge!

Una bombilla eléctrica, cubierta con una pantalla de color rosa, colgaba del techo en el pasillo. Aquella rosada forma tenía una sencillez y una vulgaridad que hacía del pasadizo un cuadro de la época del rey Eduardo. Desde el otro extremo, una armadura japonesa, cubierta con una máscara diabólica, le miraba con ojos insondables. Estaba flanqueada por carteles anunciadores, que con grandes letras negras recordaban las *Noches fantásticas* de Palliser, de fechas muy lejanas.

A izquierda y a derecha se abrían varias puertas. Pero Carey se interesó únicamente por una de ellas. Estaba situada a la derecha, casi al final del pasillo. Del otro lado de aquella puerta, que estaba abierta de par en par, le llegó el rumor de pasos que corrían. ¡Ligeros pasos que resonaban débilmente en lo que parecía ser una superficie metálica!

Y era una superficie de metal, en efecto. Carey lo descubrió cuando se arrojó por aquella puerta que se le presentaba abierta. Y el abismo se abrió tan repentinamente a sus pies, que pareció como si le hubiesen golpeado en la nuca. Resbaló sobre el pulido enrejado, se tambaleó, se enderezó y pudo recobrarse a tiempo para evitar caer de cabeza al escenario del Isis Theatre desde una altura de cuarenta pies.

Permaneció inmóvil, zumbándole la cabeza y con los pulmones doloridos

mientras trataba de recobrar el aliento.

No solamente se hallaba dentro del teatro, sino que se encontraba dentro y en la parte superior del escenario. Hasta él llegaba el olor de pólvora, de grasa y de pintura, que se mezclaban como el polvo que se desprende de una alfombra al sacudirla. El eco resonaba como en el interior de una caracola.

El enrejado de hierro sobre el que se hallaba era el balconcillo corrido que tienen todos los teatros en el escenario: una estrecha plataforma con barandilla, que corría por tres de los lados en el interior del proscenio. Colgado de la pared, era un peligroso circuito. Abajo, entre cuerdas, cables y decoraciones, podía ver el escenario en sombras. Podía ver el telón, las candilejas y, más allá del arco del proscenio, varias filas de butacas tapizadas de pana roja.

Muy abajo pudo distinguir uno o dos focos, que derramaban pálidos resplandores sobre una parte del escenario. Por encima de él, la bóveda estaba sumida en la oscuridad. El rayo de luz de los focos no tocaba las sucias paredes de ladrillo, que ofrecían un desolado aspecto, pero iluminaban una figura que había en el escenario. La figura de una muchacha vestida con un traje blanco y plateado. Vista desde arriba, solo podía distinguirse la cabeza y la parte superior del cuerpo. El cabello de la joven era de un color castaño oscuro, cortado en melena y aureolado de oro donde la luz se bañaba. La muchacha estaba inmóvil.

Sola en el escenario, ausente y fantasmal, estaba sentada en una postura rígida y poco natural. Su mirada se dirigía hacia el público, un público inexistente, un público de fantasmas en un teatro en tinieblas. El ruido no la molestaba... Los fantasmas no la turbaban. Su completa inmovilidad era la inmovilidad de la muerte o...

Carey Quint también permaneció inmóvil.

Estaba asustado, tan asustado, que no podía moverse ni tragar saliva, no atreviéndose ni siquiera a respirar. Se sentía helado; no quería creer. Por su mejilla corría un hilillo de sangre que se escapaba de la cortadura que tenía en la sien. Sentía correr la sangre, se daba perfecta cuenta de ello, pero de nada más. Lo sentía, porque su rostro, que antes estuviera ardiendo, se encontraba ahora tan frío como el frío que sentía en el corazón.

Algo le oprimía el pecho, produciéndole un intenso dolor. Le parecía que todo el teatro, todo lo que le rodeaba, se había convertido en un sueño de pesadilla. ¡No podía ser! ¡Él no permitiría que fuese! ¡Él...!

—¡Carey! —gritó una voz.

El eco la siguió, empujándola suavemente hacia arriba.

Pero la voz no provenía de la inmóvil figura del escenario. Venía de alguna parte alta, lejana. Llegaba hasta él suavemente, con ansiedad exenta de terror. Aturdido todavía por el golpe de lo que creyó ver, agarrándose a la barandilla de hierro de la pasarela, como si aquello fuese lo único que le pusiese en contacto con la realidad, Carey se volvió lentamente.

Viva y sana, Madge Palliser le contemplaba desde el otro lado de la pasarela de

hierro.

Sus manos se asían también al borde de hierro de la baranda. Se inclinaba hacia adelante, con los ojos fijos en él. Cálida, humana, viva, los labios entreabiertos, los ojos brillantes y en el rostro una expresión que Carey no podía leer. Madge fue la que se movió primero, corriendo hacia él.

—¡Carey! —dijo de nuevo.

Por encima del solitario escenario, los tacones de sus zapatos repiqueteaban sobre el enrejado de hierro por el que corría.

Por el efecto de la reacción, por la revulsión de sensaciones que experimentaba después de lo que había temido, Carey Quint no podía pronunciar palabra. Pero no fue necesario. Después de una riña en la que se han lanzado acusaciones que no pueden ser retiradas, el único deseo que se experimenta es borrar el pasado, echar abajo las barreras y arrojar lejos el recuerdo de los viejos tiempos sin pronunciar una palabra.

Madge también lo deseaba; Carey lo comprendió por el estremecimiento de su cuerpo cuando la tomó en sus brazos. Había lágrimas en sus mejillas cuando la besó en la boca, en los ojos, en la garganta; y la oprimía con tan insensata fuerza que, de todas formas, ella no hubiera podido hablar. Y de esta manera fue como los encontró Louise Benton uno o dos minutos después.

Luego, más tarde, recordaron que su conversación en aquellos momentos fue algo caótico.

—¿Creías de verdad —preguntó Carey— todas las cosas que dijiste de mí esta tarde?

—¡Por favor! ¡Me estás haciendo daño en los brazos!

—¿Te importa?

—No.

—¿Lo creías?

—Creer, ¿qué?

—¡No evadas la pregunta! ¿Decías de verdad todo aquello de que yo quería hacerte daño?

—¡No, no y no! —dijo Madge con voz ahogada—. Por lo menos —rectificó—, no todas —y continuó hablando rápidamente para evitar una explosión sobre este punto—. Supongo que estás borracho, Carey Quint, ¿no?

—¿Por qué supones que estoy borracho? ¡No he probado una sola gota de nada en toda la noche! ¡Estoy tan sereno como...!

Miró a su alrededor, como buscando una comparación, y no encontró ninguna. La magnitud de su sobriedad, por lo menos alcohólica, le aturdí y le asombraba.

—Tú dijiste —dijo Madge, estrechándose más contra su hombro— que tenías que estar borracho para besarme.

Después de levantar la mano con gesto de orador y aspirar profundamente, Carey se dominó.

Era una provocación tan evidente que se negó a tomarla en consideración. Tenía la desagradable sospecha de que iba a oír mucho sobre este mismo asunto, de cuando en cuando, en el futuro. Pero en aquel momento su cerebro estaba tan ocupado con miles de preguntas y conjeturas que no podía expresarlas lo suficientemente aprisa.

—¡Escucha! —dijo, sacudiendo a Madge hasta que le castañetearon los dientes, pidiéndole perdón al punto y volviéndola a besar—. ¿Qué demonios pasa aquí? ¿Dónde está la Policía? ¿Estás sola? ¿Por qué no respondiste a la llamada del timbre? ¿Quién...?

Estaba tan sofocado que no pudo terminar la frase, y acabó señalando con un violento ademán a la figura de cabello castaño que había en el escenario.

Madge siguió la dirección de su mirada.

—¡Carey! —exclamó—. ¿No pensarás que era yo?

—¡Sabes muy bien que lo pensé! Me dejó helado. ¿Quién es o qué es?

—Es un muñeco —respondió Madge—. Se llama *Corinne*.

—¿*Corinne*?

—Cuando la inventó mi bisabuelo se llamaba *Fátima* y jugaba al *whist*. Yo he hecho otra figura y la he modernizado para mi nuevo espectáculo, si es que se llega a estrenar el nuevo espectáculo. Pero el principio es el mismo.

Carey examinó a *Corinne*, el autómatas que se movía sin alambres ni resortes, o sin que en su interior se introdujese una persona. Sus ojos recorrieron el escenario, las baterías, el gran teatro en sombras.

Los fantasmas de Abel Palliser y Chester Quint deberían de encontrarse allá abajo. Deberían de estar entre bastidores, con sus bigotes y todo lo demás, mirando con ojos espectrales lo que hacían sus dos descendientes. A Carey le parecía muy simbólico que la querrela terminase uniéndose los enamorados ante el mismo muñeco que había sido la causa de todo.

Vio que la misma idea se le había ocurrido a Madge, que debió de estar mirando también a los dos fantasmas, allá abajo, entre bastidores.

—Todo ha terminado, ¿verdad? —preguntó Carey.

—¿Qué?

—Todo este pelear, este odio, el estar tirándonos fango unos a otros y...

—¡Querido, ya sabes que sí! —dijo Madge.

Y su abrazo fue tan largo, tan completo, que hubiese podido disculpársele a uno de los fantasmas el consultar su reloj fantasmal.

En aquel momento, Louise Benton llegó a la pasarela. Se detuvo, y su expresión de temor se trocó en una mirada de asombro, no exenta de indulgente irritación.

—¡Bueno! —dijo, mientras su rostro se teñía de rosa—. ¡Deseaba que llegasen ustedes a comprenderse! ¡Deseo que...! —en su garganta luchaban palabras incoherentes; todavía llevaba aquella fotografía que le diera Carey; la agitó en el aire, riendo, aliviada—. ¿Está usted bien, Madge?

—¡En toda mi vida me he encontrado mejor que ahora!

—Pero no contestó usted al timbre, y Carey...

—Eché abajo la puerta, ¿no? —preguntó Madge—. Ahora estoy empezando a conocer los procedimientos que utiliza.

—Pero ¡usted no contestó!

—¡Tenía miedo de hacerlo! —dijo Madge; contra su voluntad, a pesar del cálido contento que la embargaba, Madge se estremeció—. Dijeron que todo marchaba bien. El inspector Masters dijo que ya no había peligro, y por eso fue por lo que retiraron de aquí al policía. Pero de todos modos...

—¿Que retiraron al policía? ¿Por qué?

—Porque han descubierto al asesino —replicó la muchacha.

Silencio.

¿Silencio? En lo más profundo de su ser, Carey percibía un ruido o, mejor, una débil confusión de ruidos mezclados que chocaban contra las paredes del teatro; más

como una vibración que como un sonido determinado.

El rosado color de Louise había desaparecido; sus azules ojos brillaban de una manera extraña; sus dedos oprimían la fotografía.

—¿Quiere usted decir que han detenido al asesino? —preguntó.

—¡No, pero saben quién es! De modo que pueden vigilarle y, por consiguiente, no importa si me vigilan a mí o no —Madge tembló de nuevo—. Sé que no me iban a engañar o, por lo menos, no creo que lo hicieran. Pero cuando se oye sonar el timbre de la puerta..., y luego alguien la echa abajo, y parece que la persigue alguien...

Louise se humedeció los labios.

—¡Madge! ¿Quién es el asesino?

—No lo sé. No me lo dijeron. Lo único que hicieron fue tratarme como a una criatura.

—¿No le dieron el menor indicio?

—No; ni el más leve.

—Por casualidad, ¿recordaste lo que tenías que recordar? —preguntó Carey—. La pista por la que ellos creían poder resolver el problema si tú recordabas.

—No —replicó Madge; se separó de él y extendió las manos—. ¡Escucha, Carey! Si alguien te dice: «Haga el favor de decirme qué estaba pensando en un momento determinado del último miércoles», ¿cómo diablos podrías hacerlo?

—Sí —admitió Carey tristemente—. Creo que tienes razón.

—De todos modos, parece que no necesitaron esa información. Creo que sir Henry Merrivale lo adivinó todo él solo.

—Sí; eso es lo me estaba diciendo Louise.

—¿Acerca de qué? —se apresuró a preguntar Madge.

—Acerca del armario del vestíbulo, ¡cualquiera que sea su significado!, sobre la coartada de su tío Horace y la figura del policía con bombín...

—Y, por supuesto —interrumpió Madge—, sobre el doctor Rivers.

Louise pareció cogida por sorpresa; abrió mucho los ojos y luego los entornó.

—¿Qué hay sobre Jack Rivers? —preguntó.

—Pero, ¡Louise —protestó Madge, mirándola con perplejidad—, usted estaba allí! ¡Usted lo oyó! Fue a la hora del té cuando sir Henry Merrivale llegó y se puso a revolver toda la casa. Se llevó al doctor Rivers a un lado y comenzó a hacerle pregunta tras pregunta, sin permitir que le escuchásemos.

Louise reflexionó y después se encogió de hombros con una ligera expresión de alivio.

—¡Oh! ¿Es eso? —dijo—. Sí; recuerdo. Después me dijo Jack que no era nada de importancia.

—¡Seguramente sir Henry Merrivale le hizo jurar que guardaría el secreto! —dijo Madge.

—Pero, ¡querida!, secreto ¿por qué?

—No lo sé —confesó Madge.

Los ojos verde-gris estaban fijos por efecto de la concentración de su pensamiento.

—La cosa más horriblemente desesperante —continuó, golpeándose con los nudillos en la frente— es el resolver un problema y no poder averiguar, por nada del mundo, cuál es la solución. Solo hay un consuelo, Carey.

—¿Cuál?

—Adiviné el truco de la habitación precintada —explicó Madge con sencillez—. Una Palliser lo adivinó antes que un Quint.

Carey experimentó un ligero sobresalto. Le pareció que allá, entre bastidores, los fantasmas de Quint y Palliser aguzaban el oído y escuchaban atentamente.

—¿Será superfluo decir, Madge querida, que no lo has resuelto?

—Mi querido Carey, ¡lo he resuelto! ¡Por lo menos, eso no lo puedes negar! ¡Oíste que sir Henry Merrivale lo decía así!

—Entonces, ¿cuál es la solución?

—En este momento, como es natural, no puedo decírtelo —dijo Madge con dignidad—. Pero eso no altera, en manera alguna, el principio de la cuestión.

—¿Por qué diablos —dijo Carey, haciendo un esfuerzo para contenerse— has de hacer esas observaciones, cuando sabes que la teoría que avanzaste es, evidentemente, un error de lógica?

—¿Estás lanzando juramentos, querido?

—No, querida Madge; únicamente razonaba contigo lo mejor que podía sobre un punto en el que tu buen sentido parece haberte abandonado.

—Hablando de buen sentido —observó Madge—, estaba pensando precisamente en un episodio de la historia de los Quint que es mejor olvidar. Me refiero al curioso comportamiento de mistress Arabella Quint, esposa del primo de tu padre, Andrew Quint...

—¡Por favor, no sean tontos!

La intervención de Louise Benton les hizo detenerse. Louise corrió hacia ellos extendiendo una mano a cada uno y sonriéndoles implorante. Después se detuvo por segunda vez. Miraba hacia abajo y vio el muñeco que había en el escenario.

—¿Qué es eso? —gritó Louise—. ¡Miren!

—No tiene vida —le aseguró Carey—. Es *Corinne*, llamada primitivamente *Fátima*. Es un muñeco que antiguamente jugaba al *whist*.

—Eso —dijo Madge— fue lo que me recordó a Arabella Quint. El éxito de mistress Quint, jugando al *whist*, después que su esposo le enseñó el secreto del falso pase y del doble corte...

—¿No querrá decir —exclamó Louise— que es el mismo muñeco que yo solía ver aquí cuando era una niña? Mostraban al muñeco sentado sobre un cilindro de cristal transparente, de forma que se podía ver que no había comunicación alguna con el escenario. ¿Es el mismo?

—El mismo —dijo Madge.

Louise estaba fascinada por completo. Inclinandose sobre la barandilla, examinó la figura y continuó hablando casi sin aliento, a pesar de su intento de echarse a reír.

—Creo haberles dicho —continuó— que los momentos más felices que pasé cuando era niña fueron los pasados en Saint Thomas's Hall. Me acuerdo de *Fátima* porque era una cosa extraordinaria. ¡No comprendía cómo funcionaba y aún hoy no lo entiendo! —Louise dudó; se volvió a ellos con una sonrisa suplicante—. Es una indiscreción que se lo pregunte, lo sé; pero ¿habría algunos alambres ocultos?

—No —dijo Madge.

—Pero, ¡francamente! —dijo Louise—, ya sé que ahora no es el momento oportuno para hablar de esto. ¡De todas formas, eso es imposible! La figura estaba sentada en medio de la escena. ¡Nadie la movía! ¡No había comunicación de ninguna clase! En su interior no había más que una maquinaria de reloj y unas gomas o lo que fuera. Sin embargo, se movía y jugaba al *whist* como una persona.

—¡Exactamente! —dijo Madge, sonriendo.

—Supongo que no debo preguntarles cómo funcionaba, ¿verdad?

—No —Madge sonrió—. Me temo que es un secreto profesional.

—¡Tontería! —dijo Carey—. Yo le diré cómo funcionaba.

Al ver la ofendida y asombrada expresión del rostro de Madge, el tono de Carey se hizo amargo.

—¡Sí, ya lo sé! ¡Soy un traidor! ¡Dilo!

—¡Eres un traidor! ¡Lo digo!

—Si hay algo en el mundo que no puedo soportar —prosiguió Carey—, y que nunca pude soportar, ni aun siquiera antes de aprender algo sobre el ilusionismo, es la sonrisa astuta, tolerante y soñadora que adoptan todos los de nuestra profesión cuando se les pregunta algo sobre su trabajo. Tal vez eso esté muy bien ante los extraños, pero entre amigos me saca de quicio. Puede que no ponga mi alma en el trabajo. Puede que sea una desgracia para la profesión. Ya lo he admitido. Pero el insulto que supone esa sonrisa me hace verlo todo rojo. No puedo fingirme el místico Yogi en privado como tengo que hacerlo en público. Por eso es por lo que le voy a decir a Louise una cosa que se refiere a...

De repente se detuvo. En aquel momento todo el Isis Theatre pareció vibrar como una cuerda de un arco.

Tampoco ahora oyeron ruido alguno, sino un lejano gruñido, que podría haber sido un estremecimiento de la tierra. Se dieron cuenta de que aquello no era más que un cascarón de viejos ladrillos; de que la pasarela temblaba bajo sus pies; de que algo lejano y abominable había clavado las garras en su mundo. El tejado del Isis Theatre tembló. En alguna parte se apagó una luz eléctrica.

Madge abrió los labios para hacer una pregunta; nadie se movió.

—Por si no lo saben —dijo Louise, fingiendo despreocupación—, han estado atacando el East End, por la parte de los muelles, desde esta tarde.

—Pero ¡no se oye gran cosa! —protestó Madge.

—No, todavía no. Pero espere a que empiecen por aquí.

Madge se humedeció los labios.

—¿Es eso? —preguntó.

—Sí —dijo Carey—; creo que sí.

Después, todos permanecieron en silencio, escuchando, como tantas otras personas lo estaban haciendo en aquel instante.

Pasándose la fotografía del hombre desconocido a la mano izquierda y poniéndosela después bajo el brazo, Louise miró con expresión de indiferencia su reloj de pulsera.

—Tengo que irme a casa —dijo—. Tenía una cita allí y lo había olvidado por completo —levantó bruscamente la mirada—. Pero ¿no es esto una tontería? La brutalidad se aproxima, no sabemos hasta qué punto. Lo único en que puedo pensar antes de irme —se echó a reír— es en ese muñeco y en cómo funciona.

—El secreto de ese muñeco —le dijo Carey— se puede explicar en dos palabras: ¡aire comprimido!

Louise le miró asombrada.

—¿Aire comprimido? —repitió como un eco.

—El muñeco, como usted recuerda bien —dijo Carey, señalando con la cabeza hacia el escenario—, se colocaba sobre un cilindro hueco de cristal corriente. En apariencia, era para demostrar que no podía existir comunicación alguna con el suelo del escenario.

—Sí, claro.

—El cilindro estaba completamente hueco, y en eso estribaba todo. En el interior de la figura, para mover los brazos, los dedos y la cabeza, hay unos tubos que tienen acoplados unos contrapesos. El aire comprimido, a una presión variable, se hace pasar desde debajo del escenario a través del cilindro hueco. Con una determinada cantidad de presión se mueven los pesos que levantan los brazos del muñeco. Se quita la presión, y los brazos bajan. Al devolverla de nuevo, se consigue otro movimiento. En realidad, se trata de un magnífico mecanismo de relojería, con un cuadro de mandos bajo el escenario que gobierna todos los movimientos. ¿Empieza a comprender ahora?

—¿Y es eso todo? —preguntó Louise.

—Eso es todo. ¡Guárdese de lo que en apariencia hace difícil un truco, como, por ejemplo, el cilindro de cristal, porque es lo que hace que los trucos sean más sencillos! El principio del ilusionismo, cuando se piensa en él...

Al llegar a este punto, Carey se detuvo. Asombrado, miraba ante sí, en aquel vacío en penumbra sobre el escenario, sin ver nada. La luz se había hecho en su cerebro.

—¡Dios mío! —murmuró Carey, golpeándose con el puño derecho sobre la palma de la mano izquierda con gesto de haber comprendido.

—¡Escuchen! —gritó Louise.

A pesar de lo que pudiera haber dicho, no parecía interesada en el funcionamiento de un muñeco de ilusionista. Con los ojos fijos en el techo, escuchaba un zumbido palpitante —el zumbido de los bombarderos pesados—, que se fundía y mezclaba en el oído con aquella otra lejana confusión. Era más persistente que el zumbido del avión solitario que escucharan la noche anterior. Era un zumbido abominable, que estremecía todo el cielo.

Y a Madge, aunque le asustaba hasta hacerla palidecer, le recordaba algo.

—¡Carey! —exclamó, apuntándole con un dedo, como si al fin hubiese conseguido alcanzar un recuerdo.

Y entonces los dos hablaron simultáneamente.

—¡El fósforo quemado! —dijo Madge.

—¡El armario! —dijo Carey.

—¿Qué pasa? —exclamó Louise casi gritando—. ¿De qué están hablando ustedes?

—Louise —dijo Carey—, este no es momento oportuno para decirlo, pero creo que los dos lo sabemos ahora. Sabemos cómo murió su padre. Sabemos cómo se llevó a cabo el truco.

Dando un paso atrás, Louise se apoyó en la barandilla de la pasarela. Su pecho se agitaba. A pesar de que era una ilusión, un estado de hipnosis producido por la tensión nerviosa, el zumbido de los aviones parecía hacer vibrar todo el edificio; las baterías temblaban, las cuerdas se estremecían, y hasta los fantasmas de Quint y Palliser parecían esperar, alerta.

—¿Y ahora? —balbució Louise, temblándole la boca.

—Ahora —respondió Carey— vamos a coger un taxi, si podemos encontrarlo. Iremos a su casa tan rápidamente como podamos.

Tan brillante era la iluminación producida por los incendios en el East End que su rosado resplandor podía verse a varias millas de distancia, como si fuera un reflejo del cielo. Los terrenos del Royal Albert permanecían en sombras, susurrantes, encerrados tras las verjas y las puertas, cuando el taxi se detuvo junto al encintado.

—No pueden entrar —gritó una voz cuando Madge, Louise y Carey ponían el pie en el suelo.

Junto a la entrada de la izquierda pudieron distinguir vagamente la maciza silueta de Angus MacTavish, que llevaba una manga de riego colgada al hombro.

—¡Eso es una tontería, Angus! —dijo Louise serenamente, lo que hizo que MacTavish bajase la mano—. Creo que no impedirá que vaya a mi casa, ¿verdad?

—Están atizándole al East End —explicó MacTavish innecesariamente.

—Ya lo sabemos, MacTavish.

—Ahora están repartidos por encima de toda la ciudad. Hay un aparato —MacTavish señaló al cielo— que no hace más que dar vueltas por encima de mi cabeza sin darme un momento de reposo.

—Esa es la impresión que tenemos todos en este momento —convinieron tres voces al unísono.

—Si yo tuviese aquí plena autoridad, miss Louise —añadió MacTavish—, no entraba usted en el Parque esta noche. Pero no lo puedo impedir, y si usted o sus amigos quieren reunirse con los que están reunidos en la Casa de los Reptiles...

—¿Qué es eso de la reunión en la Casa de los Reptiles? —preguntó Louise.

El tono del portero mayor se hizo amargo. Explicó que sir Henry Merrivale, el inspector Masters y el doctor Rivers se habían dirigido allí a toda prisa, discutiendo y no mostrando respeto alguno a Dios ni a los hombres.

—Algo va a pasar —dijo Carey—. Esta noche van a cazar al asesino, o yo no conozco a sir Henry Merrivale. ¡Vamos!

—Pero ¡yo no puedo ir! —objetó Louise—. ¡Tengo una cita en casa y me he retrasado mucho! Por otra parte...

—¡Vamos! —le rogó Madge—. Usted nos mostrará el camino.

Madge tenía una pequeña linterna eléctrica, que dio a Louise. La puerta giratoria les franqueó el paso y se adentraron en las tinieblas que se abrían ante ellos, con MacTavish rezongando a sus talones.

Algo gritó. No era más que un periquito, que chillaba en una de las jaulas de los pájaros; pero su grito puso en conmoción un enjambre de emplumados cuerpos. Su efecto se propagó como una onda avasalladora en aquella inquieta selva.

Se identificaba con el tumultuoso cielo y la agobiante sensación de inseguridad.

—Además —dijo Louise mientras la luz de la linterna se deslizaba por el Broad Walk—, ¿de qué sirve nada si ustedes dos se muestran tan misteriosos como sir Henry y míster Masters? Dicen tener una idea de cómo se realizó, aunque no saben quién lo hizo. Entonces, si...

—¡Cuidado! —gritó una voz—. ¡Cuidado con la linterna!

Madge dio un pequeño salto.

A su alrededor todo era ruido y movimiento, el ruido que producían los guardianes al patrullar por los caminos asfaltados, un ruido que se fundía con la constante vigilia de los animales. Pero aquella voz no era la de un guarda.

Mientras caminaban por el Broad Walk, en cuya enarenada superficie no se oían los pasos, algo se movió junto al pedestal de mármol de la estatua del príncipe consorte, y pudieron ver el rojo resplandor de un cigarro encendido. Alguien que había estado sentado en el pequeño borde del pedestal se había levantado y se dirigía hacia ellos. De la oscuridad les llegó una exclamación de sorpresa.

—¡Gran Dios! ¿Sois vosotros, queridos?

De esta forma encontraron a Horace Benton, el hombre de la coartada. Percibieron un ligero aroma de *whisky*. Carey notó que Madge se cogía a su brazo.

—Por primera vez he oído caer una bomba —dijo Horace. El resplandor del cigarro se hizo más intenso y después palideció—. ¡Qué ruido más desagradable! Aunque no se quiera, le revuelve a uno el estómago. Sin embargo, es interesante —su voz se hizo gruñona—. Me parece, queridos, que no debierais estar aquí. ¿Adónde vais?

—Vamos a la Casa de los Reptiles, Horace.

—¿A la Casa de los Reptiles? ¿Para qué?

—No lo sé —gimió Louise—. ¿Quieres venir tú también?

Madge oprimió con fuerza el brazo de Carey.

El inesperado rugido de un león, que sonó muy próximo, y al que respondieron furiosos gruñidos, les indicó que se encontraban cerca de la jaula de los leones y, por tanto, de su punto de destino. A Carey le parecía ver a los grandes felinos pasear en sus cubiles débilmente iluminados; siempre paseando, paseando, nunca quietos, restregándose contra los barrotes de sus jaulas, con la cabeza inclinada y los verdes ojos, de mirada estúpida, fijos, sin ver.

Pero si tenía miedo a algo era a la Casa de los Reptiles. Y tenía razón para ello.

Las dobles puertas de la Casa de los Reptiles, protegidas por el saliente del estrecho pórtico, estaban cerradas, aunque no con llave. Cuando Louise empujó una de ellas se abrió, resonando en el interior el ruido metálico de una barra de seguridad. Pero ni aun esto distrajo la atención de los tres hombres que se encontraban en el local.

Todos los departamentos estaban iluminados, así como el suelo de vidrio, bajo el cual se podía ver a los inmóviles cocodrilos. Un poco más allá del vestíbulo, a la

derecha, se encontraban sir Henry Merrivale y el inspector Masters. Estaban tan enfrascados en una violenta discusión, el primero agitando el puño en el aire y el segundo levantando una mano con gesto de hipnotizador, en respuesta, que ni siquiera vieron entrar a los recién llegados.

—Le digo y le repito —gritaba el inspector jefe— que yo no puedo permitir eso. Eso es una... ¡Bueno; de todas formas, no puedo permitirlo!

—¿Y por qué no puede permitirlo, hijo?

—Escuche, señor: ¿quiere atender a razones? ¡Yo soy un oficial de la Policía!

—Seguro. ¿Es su obligación atrapar criminales o no?

—Sí. Pero atraparlos —Masters extendió las manos con gesto implorante— de acuerdo con un código llamado *Reglamento judicial*. Cualquier otra cosa que hiciera me arruinaría para siempre. Y usted no querrá ver mi ruina después de llevar treinta años en el Cuerpo, ¿verdad?

—No se arruinará, hijo. Yo me encargaré de ello.

Masters sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

Carey percibió un poco más lejos al doctor Rivers. El médico se pellizcaba el labio inferior, pensativo, mientras contemplaba a los dos contrincantes con una mirada que tenía un brillo singular. Los otros dos parecían haberse olvidado de él.

—¡No puedo hacerlo, señor! —dijo Masters—. Aunque sea cierto eso que dice usted del suelo de vidrio —golpeó sobre él con el tacón—, es demasiado arriesgado.

—Yo soy el que corre el riesgo, ¿no? —preguntó H. M.—. Pues con franqueza, Masters, le digo que me da miedo.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

H. M. apretó las mandíbulas y habló con voz suave:

—Porque este asesino, hijo mío, es astuto. Astuto hasta más no poder. Tiene un cerebro astuto, un alma astuta; todo él es astucia. Voy a romper el mito de una persona que vive del engaño. Por tanto, Masters, ayúdeme. Voy a deshacer el engaño en la única forma que puede hacerse.

—Todo eso está muy bien, señor; pero...

—Si no quiere estar aquí, dígalo. Váyase y que entren los guardias. Tenga confianza en este viejo.

Masters se le quedó mirando torvamente.

—Está bien, señor. Hemos recorrido juntos un largo camino —dijo el inspector jefe, suspirando profundamente y enrojeciéndose—, y usted sabe perfectamente que, a pesar de todas sus burlas, no le voy a abandonar por la sencilla razón de que quiera hacer una locura. ¡Hum! ¡Eso es! Pero, aun así, le digo...

Al llegar a este punto se volvió y percibió a los recién llegados.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Masters—. ¿No les dije a ustedes que se fueran a casa y que estuvieran allí?

Louise Benton se mantuvo firme.

—Lo siento, míster Masters; pero teníamos precisión de venir. ¿Qué va a pasar

aquí?

No oían el ruido de los aviones, pero todos percibían distintamente el ligero silbido de las lejanas bombas.

Nadie hablaba de aquello. Venía de la nada, y Londres lo recibía sin otro resultado que un ligero golpe y un estallido al chocar contra la tierra. Pero la Casa de los Reptiles saltaba, las cajas crujían y hasta se habría imaginado percibir un crujido siniestro en el grueso pavimento de vidrio. Entonces fue cuando Carey se dio cuenta de otra cosa.

La mayoría de los departamentos en que se exhibían los reptiles estaban vacíos.

Seguramente las serpientes venenosas habían sido retiradas para ser destruidas más tarde. A lo largo de una de las paredes. Carey vio una serie de grandes cajas de madera con respiraderos y dos o tres sacos de lona que se movían ligeramente —de una manera harto desagradable— cuando estallaba alguna bomba. Pero no había tiempo para detenerse en un examen cuidadoso.

Louise señaló al doctor Rivers.

—¡Jack! —dijo con cierto tono de reproche—. ¡No creí encontrarle aquí!

El doctor Rivers sonrió mientras manoseaba su corbata.

—El caso es, querida...

—¡Cuando me dejó en el restaurante dijo que tenía que ir al Bart's Hospital!

—El caso es, querida, que me llamaron. Querían... Bueno; deseaban ciertos informes.

—¿Sobre qué? —preguntó Louise.

Horace Benton chupaba su cigarro con tal delectación que una nube de humo flotaba en el espacio, visible a la brillante luz que despedían las cajas de vidrio. El inspector Masters no estaba de humor para contestar preguntas, ni nadie quiso hacerlo.

—Quiero recordarles, señoras y caballeros —dijo el inspector jefe con una solemnidad que en aquellas circunstancias infundía miedo—, que se trata de un asunto oficial. Esto es, les dije que se estuvieran en casa y deseaba que lo hicieran.

—Escuche, Masters —interrumpió H. M. con tono de disculpa.

—Diga, señor.

—¡Déjelos que se queden!

—¿Ha perdido usted la cabeza, sir Henry? —preguntó el inspector jefe—. ¡Yo no haré semejante locura!

—Deje que se queden —insistió H. M.—. Siempre podremos encerrarlos cuando llegue el momento.

Una escalofriante sensación, que nada tenía que ver con el tumulto del cielo ni con el principio del ataque, hizo presa en Carey Quint con un efecto desastroso para sus nervios.

—¿Qué es eso de encerrarnos? —preguntó vivamente.

—Hasta cierto punto —interrumpió Louise Benton—, también nosotros estamos

aquí en misión oficial. Porque Carey y Madge —los señaló— creen haber descubierto la forma en que mi padre fue asesinado.

Silencio absoluto.

Horace Benton hizo salir más humo de su cigarro.

—¡Hola, hola! —exclamó H. M., contemplando a Madge, y estalló en una risa repentina que a nadie le pareció graciosa; se ajustó las gafas a la punta de la nariz—. Así que ha estado usted pensando y pensando, ¿verdad, querida? Y parece ser que, al fin, ha recordado algo, ¿no?

—Sí —respondió Madge—. Porque hubo algo que hizo que lo recordara. Cuando vi aquel fósforo quemado, en el suelo, me acordé de...

—¡Un momento!... —dijo H. M.

Dejando aquel asunto a un lado, como si no tuviese la menor importancia, H. M. se puso las manos en las caderas y se quedó mirando a Louise Benton.

—No es que me importe, en realidad —dijo—, pero ¿por qué estrecha con tanto cariño contra su corazón esa fotografía tan curiosa? ¿Se trata de algún recuerdo sentimental?

Por primera vez pareció recordar Louise la fotografía que aún llevaba en la mano. La miró, entre absorta e impaciente, mientras jugaba con ella y con la linterna, y pareció tan desconcertada que Carey intervino.

—Encontré esa fotografía colgada en la pared de mi cuarto —dijo Carey—. No sé a quién representa ni lo que significa. Pero proporciona una conexión entre este Parque y la cuestión del ilusionismo. Yo juraría que he visto esa cara, o una muy parecida, hoy en alguna parte.

Tomó la fotografía de manos de Louise y se la dio a H. M. Cuando este y Masters la examinaron y Carey explicó las circunstancias del hallazgo, cambiaron una mirada enigmática.

—¡Vaya, vaya, vaya! —murmuró el viejo maestro.

—Exacto —dijo Masters con un tono que parecía el de un actor en escena—. Pero más viejo, por supuesto.

—Claro, más viejo. Al principio de su carrera.

—Bueno —preguntó Carey, a quien estas misteriosas palabras tenían desconcertado—, ¿qué contestan? ¿O es que no contestan nada? ¿Vi ese rostro o no?

H. M. se acarició la mandíbula.

—Bueno...; verá usted —murmuró—: es un poco extraño, hijo. En cierto sentido, lo vio y no lo vio. En efecto, usted lo vio; pero no exactamente como cree que lo hizo. Ya sé que esto parece un contrasentido —levantó la mano para contener la explosión de Carey—; pero todo es muy sencillo cuando se sabe la verdad.

Carey agitó los brazos.

—¡Maldita sea! ¿Y cuál es toda la verdad?

—A eso vamos —dijo H. M.—. Ya estamos muy cerca de ella. ¡Ya lo creo!

Carey señaló la fotografía.

—¿Es ese el retrato del asesino? —preguntó con cierta violencia.

—No —dijo H. M.

—¿Es el retrato de alguien que se parece al asesino?

—No —replicó H. M.

Entonces su teoría, todavía no acabada de dar forma, hirió los oídos de Carey.

En aquel momento fue cuando Mike Parsons —todavía con la mirada desafiadora, pero algo más sumiso— penetró en el vestíbulo. No entró por la puerta principal, sino que lo hizo por la puerta próxima al fondo del vestíbulo, que era la que daba al pasillo que conducía al despachito por la parte posterior de los departamentos. Gruñendo entre dientes, Mike se dirigió hacia H. M.

—La habitación está preparada, señor —dijo.

Y algo en la forma que lo hizo produjo un estremecimiento en sus oyentes. Parecía como si se complaciese en hablar de una cámara de tortura.

—¿Qué habitación? —preguntó Madge con vivacidad.

—El despacho de ahí dentro —respondió H. M., señalando con el pulgar por encima de su hombro. Después, con gesto de vampiro, insistió—: Está oscurecido y cómodo. Esta noche no habrá ninguna tontería con el teléfono. ¡Vamos! ¡Tenemos aún bastante trabajo ante nosotros!

Horace Benton carraspeó.

—Perdonen —interrumpió. El hecho de ser aquella la primera vez que hablaba hizo que todos se volvieran para mirarle—. ¿Me necesitan para algo?

H. M. le miró un momento.

—Me pasa lo que a mucha gente —explicó Horace con voz ronca, lanzando bocanadas de humo de su cigarro, que se quitó de la boca—. Tengo claustrofobia; prefiero estar al aire libre cuando hay un *raid* aéreo. Así es que si no me necesitan para nada...

—No, muchacho —dijo H. M. con suavidad—; puede marcharse si quiere. Dejo por sentado que no le interesa saber cómo murió su hermano, ¿no?

—El pobre Ned se suicidó.

—¡Oh hijo mío! ¿Todavía sigue aferrado a esa idea?

—¿Puede usted probar lo contrario?

—Sí —dijo H. M., abandonando el tema seguidamente—; pero quiero que el doctor venga con nosotros —continuó—, y quiero que venga usted, querida —miró a Louise, que asintió y esbozó una vacilante sonrisa—. Supongo que los dos ilusionistas profesionales pueden poner su sello de aprobación a la molestia que nos vamos a tomar.

—¿Es eso sensato? —rugió el inspector Masters.

—Supongo que no —dijo H. M.—; pero vamos, de todos modos.

Horace Benton dio un paso adelante, como si, a pesar de todo, fuese a ir con ellos. Pero lo pensó mejor. Uno de los sacos de lona que había en el suelo, uno de aquellos sacos de lona de aspecto tan significativo, se retorció vivamente, y Horace se echó

atrás.

Carey vio el miedo que se apoderaba de Madge cuando entró por la puerta que daba al pasillo. Era el escenario de su aventura con la cobra; ahora, con los bombarderos volando por encima de ellos y un asesino cerca, podría ser escenario de peores aventuras.

Sin embargo, entró.

Masters iba delante, llevando a Mike cogido suavemente por el cuello. Le seguían Carey y Madge, e inmediatamente después Louise y el doctor Rivers, que llevaba a la muchacha cogida del brazo y se inclinaba como murmurándole algo al oído. H. M. cerraba la marcha.

Polvorientas bombillas eléctricas alumbraban el pasillo. La ventana empapelada, donde se alzara la cobra aquella tarde, tenía ahora una cortina que impedía que la luz saliese al exterior. No quedaba ninguna señal de lo ocurrido, a excepción de algunas manchas en el suelo. Sin embargo, Madge no podía mirar en aquella dirección, ya que su proximidad evocaba el fantasma de la cobra, no un bondadoso fantasma, como los del Isis Theatre, que se enroscaba y se balanceaba amenazador.

Las ventanas del despacho también tenían corridas unas cortinas. Una lámpara provista de una pantalla verde, que colgaba del techo, esparcía su luz sobre la mesa. H. M. les señaló unas sillas de madera, semejantes a sillas de cocina, colocadas cerca de la mesa. Después se dirigió al inspector jefe.

—Cierre la puerta, Masters —dijo con un tono de voz completamente distinto.

El inspector jefe dio vuelta a la llave. El doctor Rivers frunció el ceño con un gesto de interrogación.

—¿Qué nos va a enseñar usted? —preguntó.

—Voy a demostrarles —respondió H. M.. cómo se enfoca el problema de la habitación precintada. ¡Siéntense!

Pesadamente se deslizó al otro lado de la mesa y se dejó caer en la silla. Después puso los pies sobre la mesa, echando la silla hacia atrás, cruzó las manos sobre el vientre y parpadeó por efecto de la luz.

—No es que me enorgullezca mucho —añadió—. Fui un perfecto idiota, queridos —mover la cabeza con desconsuelo y su expresión se hizo más inhumana y maligna—. Si hubiera percibido antes, si hubiese adivinado antes el significado de la comida quemada, podría haber salvado la vida de Ned Benton.

Louise abrió la boca para decir algo; pero cambió de opinión.

—¿El significado de la comida quemada? —repitió como un eco.

H. M. cerró los ojos y permaneció así durante algún tiempo, como si se hubiese quedado dormido.

—Deseo que todos ustedes recuerden —continuó— los extraños sucesos de la pasada noche. Ustedes —señalaba con el dedo a Louise, Rivers y Mike Parsons— han oído hablar de ello *ad nauseam*. Ustedes dos —señaló a Madge y a Carey— vieron lo que sucedió. Nosotros tres llegamos al Parque a eso de las ocho y media. Nos dirigimos a la casa del director y tocamos el timbre. La casa parecía abandonada por completo. La primera cosa extraña es que alguien había ido a la cocina y abrió las llaves del gas, bajo la comida, en el fogón, antes que nosotros llegásemos; lo que hizo que la comida se quemase y que una nube de humo invadiera la casa. Está bien. ¿Por qué hicieron eso?

—Sí —dijo el doctor Rivers—, ¿por qué?

H. M. le lanzó una fulgurante mirada.

—La segunda, y más extraña cosa —continuó con gran claridad—, fue esta: después de descubrir la comida quemada, entramos los tres en la sala. Nos sentamos y comenzamos a preguntarnos qué diablos haríamos. Mientras estábamos allí, y antes que el joven Mike pasase gritando: «¡Luces!», alguien nos encerró *deliberadamente*.

Se detuvo y arqueó las cejas con gesto maligno.

—¡Está bien! —gruñó—. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué probaba?

—Yo diría —dijo el doctor Rivers— que probaba que el asesino estaba todavía en la casa.

H. M. pareció dolorido.

—¡Oh hijo mío! ¡Claro que quiere decir que el asesino estaba todavía en la casa! Eso es obvio. Eso está tan claro como el agua; pero no es el punto más interesante de la cuestión. ¿Qué otra cosa quiere decir? Para hacerles pensar un poco, les explicaré el problema que tenemos ante nosotros. El asesino llegó solo para hablar con Ned Benton, probablemente, a las ocho y cuarto. Entabló conversación con Ned, le golpeó en la cabeza con algún objeto pesado y le dejó sin sentido. Después, el asesino colocó la cabeza de Ned sobre el guardafuegos, para hacer creer que el golpe se debía a un accidente, y abrió la llave del gas.

—¡Está bien!

—Después de hacer esto, el asesino tenía que salir de la habitación dejándola precintada. Las únicas salidas que tiene esa habitación son; a) la puerta; b) las ventanas. De esta forma, el asesino nos engañaba, bien con la puerta, bien con las ventanas, dando la sensación de que la habitación estaba *herméticamente* cerrada. Pero ¿por cuál nos decidíamos: por la puerta o por las ventanas? ¿Teníamos algún indicio? ¿Teníamos alguna pista que seguir? La respuesta es un rotundo «sí». ¡Oh hijos míos! ¿No ven que es seguro que el asesino salió por la *puerta*?

De nuevo Louise trató de hablar, pero se contuvo.

—Al encerrarnos en la sala con una de las llaves que servían para las otras puertas —continuó H. M.—, el asesino corrió un gran riesgo. Un riesgo enorme. Un riesgo que podía echar abajo todo el plan, porque demostraba que había algo raro en aquel *suicidio*. ¡El riesgo de ser visto! Pero lo hizo. ¿Por qué? ¡Porque tenía que hacerlo! ¡Porque era preciso! Si el asesino hubiese salido por una de las ventanas, desvaneciéndose en la oscuridad, aquello no habría sido necesario en modo alguno. Y esto nos dice mucho acerca de este triste suceso. Mientras nosotros estábamos sentados en la sala, el asesino se hallaba en el vestíbulo. Estaba haciendo algo en la puerta del estudio: estaba precintándola. Y no podía arriesgarse a que uno de nosotros saliese y le viera trabajar.

H. M. se detuvo. En el despachito hacía mucho calor y la atmósfera era sofocante. Louise Benton permanecía sentada en su silla, rígida. El doctor Rivers se hallaba a su lado, apoyando una de sus manos en el hombro de la joven.

—¿Precintándola? ¿Cómo? —preguntó Louise.

H. M. ignoró su pregunta.

—Ahora empezarán a comprender —continuó— el verdadero significado de la comida quemada. A las ocho y cuarto, repito, el asesino atacó a Ned Benton y abrió la llave del gas. Sus planes marchaban admirablemente. Producir la muerte de un hombre haciéndole respirar gas no es una cosa instantánea. La muerte puede sobrevenir a los veinte minutos, quizá a los treinta o a los cuarenta; depende de la constitución física de la víctima. Pues bien: antes que el asesino cierre la puerta de la habitación, una vez terminado el trabajo, ha de estar seguro de que Ned ha muerto. De todas formas, el criminal cree que eso es cosa fácil. Las personas que iban a

reunirse en la casa han sido alejadas por medio de falsas llamadas telefónicas, de forma que la casa está vacía. Solamente hay una dificultad en el llamado *suicidio*. El criminal no puede estar en el estudio con Ned más que unos momentos cada vez que entra a echar un vistazo. Entonces tiene que abrir la puerta del estudio, que todavía no está precintada, y siempre que lo hace, una bocanada de gas se escapa al vestíbulo. Esto preocupa al asesino. Si llega algún intruso antes que Ned haya muerto, el olor del gas puede descubrirlo todo. Únicamente se puede adoptar una medida en este caso...

Madge Palliser, en pie, junto a la mesa, no había adivinado, evidentemente, esta parte de la historia. Su creciente excitación era tal, que casi gritaba.

—El asesino —dijo Madge— abrió la llave del gas de la cocina. El olor de la comida quemada disimularía el olor del gas. Ahora que pienso en ello, recuerdo que cuando entramos en la casa había una especie de neblina, producida por el vaho de la comida que se quemaba.

—¡Eso es! —dijo H. M.

Miró significativamente a Masters y después se dirigió a los otros:

—Y surgió la probabilidad número uno entre mil. Porque nosotros tres nos metimos por medio, llamamos a la puerta a las ocho y media, llamamos y gritamos para ver quién había allí. La puerta principal no estaba cerrada con llave, y nosotros entramos en la casa.

—¡Dios mío!

—El asesino, sudando de miedo, estaba tan cerca de nosotros que habríamos podido tocarle. Tenía muchos sitios donde poder esconderse, principalmente en el armario. Pero Ned Benton no estaba muerto todavía, y la habitación no había sido cerrada ni precintada. Con la comida quemada o no, el olor del gas se percibía un poco. Y si nosotros nos percatábamos de que algo no marchaba bien, si entrábamos en el estudio y hacíamos revivir a la víctima...

Louise se cubrió el rostro con las manos. H. M., algo más que intranquilo, carraspeó.

—Y esa fue la primera vez —gruñó— que el hermoso plan del asesino estuvo a punto de venirse abajo. ¡Estuvo en un tris que aquello se evitase y que pudiésemos salvar la vida de Ned, si...!

—¿Si qué? —preguntó el doctor Rivers.

—Si ese individuo —replicó H. M., señalando a Mike Parsons con el dedo— hubiese dicho lo que vio cuando lo vio.

Mike empezó a protestar, pero su protesta fue acallada por Masters.

—Estaba de guardia —continuó H. M.—, empezando su servicio a las ocho y veinte, cuando comenzó la alarma. Esto le pareció de perilla para largarse a la taberna y echar un par de tragos. Al salir pasó por detrás de la casa del director y vio que del estudio se escapaba un rayo de luz. Se aproximó y echó una ojeada al interior...

—¡Así Dios me juzgue! —gritó Mike; pero no pasó de ahí.

—Vio el brazo de un hombre que estaba tendido en el suelo, antes que el asesino tuviese tiempo de colocarle de forma que pareciese una caída accidental contra el guardafuegos. Él debió entrar y averiguar lo que ocurría. Por lo menos, debió decir que se veía luz. Pero este vil individuo no quería a nadie. ¡Uf! Por consiguiente, pensó que podía esperar hasta que volviese de la taberna. Regresó con algún remordimiento de conciencia y también un poco intranquilo. Pasó por delante de la casa y oyó voces en la sala, lo cual quería decir —añadió H. M., señalando a Madge y a Carey— que nosotros tres habíamos llegado ya. Estábamos en la sala preguntándonos qué debíamos hacer. Nuestro amigo Mike subsanó su negligencia gritando: «¡Luces, luces!» con una voz capaz de despertar a los muertos. Y cuando respondimos nos contó un cuento. Pero entonces ya no podía despertar a Ned Benton: Ned estaba muerto.

H. M. quitó los pies de encima de la mesa, los puso en el suelo de golpe y se quedó rígido en la silla.

—Y ahora —dijo— nos acercamos a la solución del problema de la habitación precintada. Vamos a ver cómo la habitación fue precintada, y por cierto de una forma sencillísima. El crimen se había consumado cuando Mike gritó «¡Luces!». Quiero que ustedes, que no estaban allí —miró a Louise—, vean este cuadro con todo detalle. Nosotros tres nos encontrábamos en la sala sin saber qué hacer. En el vestíbulo, aunque nosotros lo ignorábamos, se encontraba el asesino, muy ocupado en precintar la habitación. Si podía tenernos allí, sin que sospechásemos nada, unos minutos, el truco podría llevarse a cabo sin peligro alguno. Y lo hizo. Lo que me saca de quicio es que nosotros oímos cómo lo hacía; oímos trabajar al asesino. Pero no adivinamos lo que era. Mientras estábamos esperando allí, y muy poco después que Mike comenzase a gritar, oímos durante unos segundos un ruido muy significativo y muy interesante.

Louise Benton parecía francamente asombrada.

—¡Un ruido! —repitió—. ¿Qué clase de ruido?

—Oímos, o creímos oír —dijo H. M.—, el ronroneo de un bimotor volando sobre la casa.

Se produjo un silencio. En el rostro del doctor Rivers, que debía de estar preparado para esto, apareció una sonrisa.

—Hasta hoy —siguió H. M.— no sospeché que probablemente no lo oímos. Yo andaba a tientas en la oscuridad, cuando este tipo —señaló de nuevo a Mike— hizo su única buena obra, al jurar que anoche no voló ningún avión cerca de la casa. Al principio no le creí. Porque, ¡maldita sea, nosotros oímos el avión! Pero parecía estar tan seguro de ello, tan ansioso de que el doctor Rivers lo confirmase, que en mi cerebro nació una sospecha. Desde luego, nosotros oímos el avión, porque estábamos esperando oírlo. En estos días estábamos siempre escuchando, tanto con los oídos como con el subconsciente. Tenemos tendencia a ser hipnotizados, y aquel ruido, que parecía producido por dos motores y que, según nuestra subconsciencia, se

aproximaba y se acercaba, no podía haber sido otra cosa. Pero supóngase que Mike tenía razón. Supóngase que nosotros estábamos equivocados. Supongamos que, después de todo, no oímos avión alguno. Entonces, ¿qué demonios habíamos oído?

Aquí, H. M. hizo una mueca y señaló a Madge.

—Esa muchacha —explicó— estuvo a punto de adivinarlo todo antes que nosotros. Puede que la inteligencia de una joven se encauce hacia las cuestiones domésticas. Pero ella no creyó que tuviese importancia; no veía su aplicación en este caso, aunque su idea resultó cierta. Por tanto, pasó por su mente y lo olvidó. Un poco después, aquella misma noche, ustedes recordarán que Horace Benton estuvo haciéndole algunas preguntas sobre los principios del ilusionismo. Ella contestó negando que el movimiento de la mano fuera más rápido que la vista: «Se hace creer a la gente que ha visto una cosa, cuando en realidad ha visto otra. Se le hace creer que ha oído una cosa, cuando en realidad...». Y aquí fue donde se detuvo. No pensaba en una solución del problema; pensaba en un ejemplo destinado a ilustrar la observación. ¡Y ya lo creo que había un ejemplo! Porque estaba mirando un fósforo quemado que se encontraba sobre una immaculada alfombra, en una casa no menos immaculada. Pensó en el ruido del avión que podíamos haber jurado oír sobre la casa un poco antes, y relacionándolo con el fósforo quemado que había sobre la alfombra, le recordó...

El doctor Rivers dio un paso hacia adelante. Tenía las manos crispadas y respiraba con dificultad.

—Escuche, sir Henry —dijo—. He confirmado lo que dijo Mike; hoy le he dicho a usted docenas de veces, cuando me ha interrogado, que cuando yo llegué anoche no había ningún avión sobre la casa. Ahora dígame qué demonios significa todo eso. Si miss Palliser tiene la solución, ¿qué fue lo que le recordó el ruido?

—Una aspiradora eléctrica —respondió H. M.

De nuevo se produjo un silencio. Nuevamente la memoria de Carey Quint recordó aquel curioso zumbido entrecortado que oyera a través de las gruesas puertas cerradas. Pensó en la imposibilidad de determinar el origen del ruido; pensó en cómo el ruido que escuchara la noche anterior pareció detenerse de repente, en lugar de irse debilitando en la lejanía, igual que el ruido de los motores de los aviones. Y toda la escena se reconstruyó en su imaginación.

Entonces intervino Carey, dirigiéndose a Louise:

—Cuando Madge y yo llegamos ayer a su casa —le dijo—, la doncella estaba pasando la aspiradora por el comedor. Me fijé en ello especialmente porque hacía mucho ruido, y usted dijo a la chica que la desconectase. Pero la misma aspiradora, o por lo menos una parecida, apareció esta mañana en el armario del vestíbulo. Madge y yo la vimos allí.

Louise, que se había levantado de la silla, miró incrédulamente a los dos jóvenes. Fue Madge Palliser, que casi saltaba por efectos de la excitación, la que exclamó:

—¿No lo ve, Louise? ¿No adivina el secreto de la habitación precintada?

—No. Todavía...

Madge hizo un gesto feroz.

—Imagínese —dijo— que usted es el asesino.

—¡Por favor!

—Lo que necesita —continuó diciendo la joven— son dos tiras de papel grueso y oscuro. Una tira pequeña para el agujero interior de la cerradura. Pero la más importante es una tira larga, que debe colocarse en la parte inferior de la puerta. Cuando trate de precintar la habitación no es preciso que esté dentro de ella, máxime si está llena de gas durante mucho tiempo. Es tan sencillo que no podrá por menos de verlo claramente. Engoma la tira larga de papel y pega el borde superior a la parte inferior de la puerta, a lo ancho de la misma. Hace lo mismo con el agujero de la cerradura. Después sale. Cierra la puerta y echa la llave por fuera, con cualquiera de las que sirven para las puertas del piso bajo. Entonces todo está listo para utilizar la aspiradora. ¿No comprende? Una aspiradora funciona por succión, por aire comprimido. Aspira, y aspira muy fuerte. Bajo la puerta hay una rendija un poco más ancha que la hoja de un cuchillo. Todo lo que hay que hacer es aplicar la boca de la aspiradora a lo largo de la rendija. La tira de papel engomado es atraída hacia la parte baja de la puerta. El papel es atraído con fuerza; se aprieta y se moldea a lo largo de toda la abertura, como si una mano hubiese hecho presión sobre sus bordes por el interior. Se deja pasar un minuto para que la goma se seque, y tiene usted una habitación perfectamente precintada por alguien que, en apariencia, debe de encontrarse en el interior. Exactamente igual puede decirse del ojo de la cerradura. Y eso es todo lo que hay.

Madge hablaba tan rápidamente, volviéndose de uno a otro de los allí reunidos, que terminó casi sin poder respirar.

El doctor Rivers, muy pálido, lanzó un juramento que hizo dar un salto a Louise.

—¿Es eso verdad, sir Henry?

—¡Hum! —dijo H. M.—. Solo que nadie me dijo nada de una aspiradora y tuve que andar a la caza de una, porque parecía lo más indicado.

—¿La encontró usted?

—Claro. En el armario del vestíbulo, junto al contador del gas. No es un gran milagro, ¿verdad?

—Muy inteligente —dijo el doctor—, tan inteligente que... —luchó por encontrar las palabras—. ¿Y qué me dice de precintar también las ventanas?

—¡Oh hijo mío! Eso fue hecho algunos minutos antes desde dentro de la habitación y con las manos, mientras el asesino preparaba las primeras escenas de su plan. Una vez muerto Ned Benton, no se tardaría dos minutos en precintar la puerta desde el exterior. Después, el criminal se largó por la puerta de atrás, dejándonos a nosotros encerrados en la sala y...

Se retorció la muñeca, completando su pensamiento. Después miró a Madge.

—¿Qué le hizo pensar en ello, querida?

Fue Carey quien contestó:

—*Fátima*— dijo, y hasta H. M., hasta el viejo maestro pareció sorprendido.

—Se trata de un muñeco —dijo Madge, olvidándose por completo del secreto profesional— que ha pertenecido a mi familia desde hace varias generaciones. Funciona por medio de aire comprimido. Y esto también era aire comprimido, solo que al revés.

Ahora le llegó la vez a Madge de buscar las palabras.

—Carey y yo lo pensamos al mismo tiempo. Algunos aviones volaban por encima de nosotros, y recordé lo que había olvidado, que aquello me sugería una aspiradora eléctrica. Y Carey pensó en el aire comprimido al mismo tiempo. Toda la explicación estaba allí, ante nosotros. Durante todo el tiempo la tuvimos delante, pero no la vimos.

El doctor Rivers habló con tono cortante:

—No, no creo que sea toda la explicación. Sir Henry, ¿quién mató a míster Benton?

—A eso vamos, hijo —respondió H. M. con suavidad.

—Tengo que hacerle otra pregunta —dijo el doctor, que hablaba con una excitación de demente—. ¿Cuál ha sido el motivo del asesinato de míster Benton?

—Dinero —respondió H. M. lacónicamente.

La palabra sonó pesada y desagradablemente.

También ahora había aviones. El distante zumbido, que parecía partir de todos los puntos del cielo, estremecía el pequeño despacho. Sugería muchas posibilidades, muchas cosas malignas, muchas muertes.

Y en aquel momento fue cuando sonó el teléfono.

H. M. había dicho que no habría, según él lo llamaba, *tonterías* con el teléfono aquella noche. Sin embargo, la llamada pareció afectar mucho al inspector Masters y aun al mismo H. M. Tan claramente como si hubiese pronunciado las palabras, la mirada de Masters decía: «No lo haga».

«¿Qué va a ocurrir ahora?», pensó Carey.

Mientras sonaba el teléfono, Louise Benton se sentó en la silla y ocultó el rostro entre las manos. Después de lanzar una larga y desesperada mirada al rostro de H. M., que permanecía impasible e inescrutable, Masters se dirigió al aparato. No cruzó ninguna palabra con la persona que llamara. Se limitó a descolgar el auricular y a decir: «Está bien», y volvió a colgarlo con un golpe seco.

H. M. se puso en pie.

—Masters, el doctor Rivers y yo —dijo— vamos a salir un momento. Ustedes se quedarán aquí.

—¡Un momento, sir Henry! —protestó Carey, mientras H. M. ponía una mano en el hombro de Rivers—. ¿Es este el final del espectáculo?

—No le importe lo que esto sea, míster Quint —dijo Masters interviniendo—. Se trata de un asunto oficial. Creo que haremos lo que sugiere sir Henry, y para evitar

cualquier contingencia los encerraremos.

Todo se hizo con tanta rapidez y tal suavidad que Masters hubiera podido ser un prestidigitador. Ni Louise tuvo tiempo de formular la pregunta que iba a hacer a Rivers, ni el doctor tiempo de contestarla, antes que el inspector y H. M. se lo llevaran de la habitación.

Abrir la puerta, salir al pasillo y cerrar de nuevo con llave fue cuestión de un abrir y cerrar de ojos para Masters. Madge, Carey, Louise y el mismísimo Mike Parsons oyeron rechinar la llave al retirarla de la cerradura.

—¿Qué pasa? —preguntó Louise—. ¿Qué hacen?

—¿No comprende —dijo Madge, furiosa y perpleja, haciendo un movimiento con las manos— que tienen al criminal?

Louise tuvo que agarrarse al respaldo de la silla para recobrase.

—¿No...?

—¡No sé quién es! —exclamó Madge, golpeando el suelo con el pie—. Pero ¡esto es indigno! ¡Nos han dejado! ¡Después que prácticamente les hemos resuelto el problema o, por lo menos, tuvimos una pista casi al mismo tiempo que sir Henry Merrivale, no nos dejan estar allí! Me parece que...

Madge titubeó. La luz de la inspiración brilló en sus ojos. Se volvió rápidamente, mirando fijamente.

—¡Carey!, ¿tienes todavía esas ganzúas?

Carey tragó saliva. La idea también se le había ocurrido a él. Y, sin embargo...

—Nos han dicho —murmuró— que no nos movamos de aquí.

—¡Carey!, ¿tienes todavía esas ganzúas?

—Sí que las tiene —dijo Louise, señalándole con el dedo—. Me dijo que las llevaba consigo cuando entramos en el teatro esta noche.

—Pero nos han dicho...

Madge extendió la mano.

—Si tú no quieres utilizarlas, dámelas a mí. Yo he sido perseguida hasta el punto de que casi han llegado a matarme, y voy a ver cómo termina esto.

Carey no discutió más. Su curiosidad ardía también con abrasadora llama. Pero cuando se puso a trabajar en la cerradura, esta resultó ser mucho más difícil de abrir de lo que parecía. Los minutos pasaban y la cerradura resistía.

El desagradable zumbido de los aviones intensificaba la calma. Madge casi bailaba de impaciencia. Al fin, la cerradura cedió con un fuerte chasquido. Carey abrió al punto la puerta, aunque procedió con sumo cuidado; ante ellos no vieron más que el vacío pasillo, alumbrado por algunas bombillas eléctricas.

No había rastro de H. M., de Masters ni del doctor Rivers.

Era una voz profunda, pausada, que parecía murmurar en el pasillo, saliendo de la nada, apagada y como arrastrando un eco tras sí. Pero ya había pronunciado varias palabras antes que pudieran identificarla como la voz de sir Henry Merrivale.

—¡Oh, sí! ¡Usted es el asesino! —decía la voz—. ¡El crimen no pudo ser

cometido por nadie más!

Louise Benton miró a su alrededor con asombro.

Fue Madge quien señaló, con gesto salvaje, el lugar de donde procedía la voz. Frente a ellos, abierta, veíase una puertecilla de las que tenían en su parte posterior los departamentos de cristal, ahora vacíos. Además, Carey recordaba que el frente de vidrio del departamento que anteriormente encerrara al lagarto tropical americano no era ahora más que una abertura que se hallaba cubierta con una cortina de arpillera por la parte del vestíbulo. H. M. se encontraba allí, hablando con el asesino, y su voz llegaba hasta ellos con un acento impresionante.

—¡Chis! —susurró Madge.

Sin dudarlo un momento abrió de par en par la puerta del departamento y se deslizó suavemente en su interior. Jurando entre dientes, Carey la siguió. Como las luces estaban apagadas desde el día anterior, les rodeaba una acogedora semioscuridad. A Carey le pareció aquel un extraño final para aquella extraña noche: agazapados en la guarida de un reptil, entre rocas artificiales, para mirar por el borde de una cortina de arpillera y ver...

¿Y ver qué?

Una débil mancha de luz, procedente del vestíbulo de la Casa de los Reptiles, se proyectaba sobre la cortina. Acurrucado al lado de Madge, Carey tocó la arpillera y la corrió ligeramente hacia un lado. Al hacerlo, percibió la respiración de Louise Benton junto a su hombro.

Ante su vista apareció el vestíbulo brillantemente iluminado, con su pavimento de grueso cristal verdoso y los también iluminados departamentos de cristal, vacíos. Era una escena de las que solo se imaginan en una pesadilla.

Sir Henry Merrivale estaba de espaldas a la cortina, con las manos puestas en las caderas. Y ante él, un poco más allá, había alguien. Alguien a quien no podían ver los ocultos espectadores, porque la ancha espalda de H. M. se lo ocultaba. Sir Henry habló de nuevo:

—Si yo fuera usted —continuó diciendo con la misma voz—, no trataría de escapar. La puerta está cerrada con llave, ¿comprende?...

La otra persona se desplazó repentinamente hacia un lado como un gato.

Entonces, al aparecer su rostro, que ocultaba la espalda de H. M., Carey se tambaleó sobre sus talones, y Madge, que miraba por el borde de la cortina de arpillera, se llevó ambas manos a la boca para ahogar un grito.

Porque el rostro del asesino era el de Agnes Noble.

Después de un momento de vacilación, mistress Noble no demostró la menor inquietud. Se irguió. Llevaba el mismo vestido de paño verdoso de la noche anterior.

Sus indomables ojos oscuros estaban fijos en H. M. La expresión de su mirada daba a entender que aquella broma no le hacía ninguna gracia, que era de un gusto detestable y que debía terminarla inmediatamente.

—¿Puedo preguntarle, sir Henry, qué significa todo esto?

—Usted mató a Ned Benton —dijo H. M.

Mistress Noble pareció no haberle oído.

—He de rogarle que abra esa puerta y me deje salir de aquí —dijo ásperamente—. Tengo una cita con miss Louise Benton en su casa...

—¡Oh, no! —replicó sir Henry—. Se ha suspendido.

—Y sus amigos los policías parece que se equivocaron y me enviaron aquí...

—Usted mató a Ned Benton —volvió a decir H. M.

—Supongo que estará usted en condiciones de poder probar eso, o de lo contrario habrá de atenerse a las consecuencias de una demanda por difamación, ¿verdad?

—No voy a tratar de probarlo sino para mi propia satisfacción. Y usted va a confesar.

Mistress Noble se echó a reír, y su risa sonó de una manera desagradable.

—Ya ve, señora —continuó H. M. con voz monótona, en la que no había rastro de emoción—, que está bien claro que anoche era usted la única persona que podía estar detrás de todo esto.

—¿Puedo rogarle, sir Henry, que abra la puerta y me permita salir de aquí?

H. M. avanzó otro paso.

—Ayer por la tarde —continuó—, Ned Benton recibió una noticia grandiosa. Sus sueños iban a convertirse en una realidad. En contra de todos los pronósticos, una posibilidad entre mil, el Ministerio de Transportes le había concedido el permiso necesario para traer a Inglaterra un cargamento de animales salvajes. Estaba loco de contento por la noticia. La primera persona con quien quiso ponerse en contacto fue usted. Usted era su agente; usted dirigía el negocio; usted sabía dónde se encontraba el cargamento y usted tendría que ocuparse de todo lo relacionado con el transporte. Según lo que me han dicho, lo primero que Ned Benton preguntó a su hija fue si no había sido usted invitada a cenar anoche. Porque el que Ned tratase de ponerse en contacto con usted inmediatamente era una cosa inevitable. Sin embargo, cuando se lo preguntamos a usted negó que hubiese tratado de hacerlo. Eso parecía una cosa imposible; pero había algo más increíble aún: el descubrimiento de una muerte.

Mistress Noble parecía aburrida. Sin embargo, sus acerados ojos oscuros no se separaban del rostro de Henry Merrivale.

—Ayer por la noche —continuó este— alguien hizo una serie de interesantes llamadas telefónicas y consiguió alejar a todo el mundo de la casa, a excepción de Ned. La escena se preparaba para el asesinato. Pero en los planes del asesino hubo un pequeño contratiempo. El criminal quería tener libre la casa, no deseaba ser interrumpido. Pero había otros tres invitados: Madge Palliser, Carey Quint y yo, que no habían sido embaucados por aquellas llamadas telefónicas. Ese fue el motivo de que nos encontrásemos allí. Es inconcebible que el asesino quisiera que estuviésemos allí y que, al mismo tiempo, desease que nadie le interrumpiera. La única explicación plausible del hecho de que a nosotros no se nos avisase es que el criminal no sabía nada absolutamente de nosotros; no sabía nada de aquellos tres huéspedes que habían sido invitados a última hora. Nuestra invitación fue una cosa imprevista, y aparte del propio Ned Benton, usted era la única persona interesada que no sabía nada de ella.

Mistress Noble le sonrió; pero sus mandíbulas se apretaron en tal forma que podían verse sus músculos perfectamente.

—Louise Benton lo sabía —prosiguió H. M., llevando la cuenta con los dedos—. Ella hizo las invitaciones. Horace Benton lo sabía, porque estaba allí cuando yo fui invitado, y oyó también lo de los dos ilusionistas. Rivers lo sabía también, porque estaba allí en aquel momento. Pero Ned lo ignoraba y usted también. Y se quedó muy sorprendida cuando se enteró. Sin embargo, yo no podía imaginar un motivo por el que pudiera haberlo hecho ni cómo lo hizo. Pero, ¡Dios mío!, esta mañana... el doctor Rivers contó una pequeña historia que había oído referir a Horace Benton. Según Horace, el capitán Noble, su esposo, había estado emborrachándose en el Soho durante los pasados dieciocho meses. ¡Dieciocho meses! Si aquello era cierto y el individuo estuvo de juerga todo ese tiempo, no podía haber estado en África. No podía haber estado coleccionando animales y reptiles durante el pasado año. Por consiguiente, la famosa colección por la que Ned Benton había pagado cinco mil libras no podía existir.

H. M. se detuvo.

Mistress Noble sonrió despectivamente.

En la sofocante oscuridad que reinaba tras la cortina de arpillera, Carey y Madge se miraron uno al otro.

—Obró usted con una gran astucia —dijo H. M. con admiración—. Hace cerca de un año, Ned le ofreció todo ese dinero por reunir la colección. Usted sabía que su esposo no podía hacerlo, y como es una perfecta embaucadora, vio el medio de obtener algo sin exponer nada. Había guerra y, por tanto, era una jugada de éxito; tenía mil probabilidades de salir bien. Ned no podría obtener el permiso para embarcar el cargamento. Todo lo que hizo usted fue garantizar dulcemente que reuniría la colección, lo que jamás hizo. Pero Ned no había de enterarse de ello. Le estuvo entreteniendo y, finalmente, cuando comenzó a mostrar impaciencia, le dijo

que ya estaba preparada. ¿Cómo iba a decirle lo contrario? Pero, por un milagro, la jugada falló. Ned obtuvo el permiso, y en breve, muy en breve, habría de enterarse de la verdad. Por eso tuvo usted que matarle.

Agnes Noble se frotó suavemente las manos. Podían verse sus encías al levantar el labio superior; pero no demostró la menor perturbación.

—¿Insinúa usted, sir Henry —dijo burlonamente—, que fui yo la que hizo esas misteriosas llamadas telefónicas?

—¡Oh, no! —respondió H. M.—. Su esposo la ayudó en eso.

Los ojos de la mujer se entornaron ligeramente.

—No tenemos intención de acusarle de complicidad en esto —dijo H. M.—. Según descubrió Masters cuando investigó si era cierto que el capitán Noble estuvo en una taberna del Soho...

—Entonces, ¿lo han investigado ya?

—Naturalmente. Según averiguamos, el capitán Noble estaba tan empapado de alcohol que casi no sabía lo que estaba haciendo. No hizo más que lo que usted le dijo que hiciera, por el precio de la ginebra suficiente para continuar en el mismo estado. Su esposo, señora, comenzó su carrera en la pista de un circo y después pasó al teatro. En cierta época estuvo asociado con Quint, en sus *Misterios*, en el Saint Thomas's Hall. Carey Quint encontró su fotografía allí esta tarde. Yo tenía algo más que una sospecha de que fue el capitán Noble el que inventó la forma de precintar una habitación desde el exterior, mientras Eugene Quint luchaba con el mismo problema. Usted es muy lista, querida; pero dudo de que hubiera podido idearlo sola. Una vez, el buen capitán se lo dijo a usted, y lo más probable es que ahora él no lo recuerde siquiera. Pero usted sí lo recordó, mistress Noble. ¡Ya lo creo! Usted lo recordó, porque le proporcionaba el medio de librarse de Ned Benton, haciendo creer que se trataba de un suicidio. Ayer por la tarde —prosiguió—, Ned le telefoneó y le dijo que había conseguido el permiso para embarcar el cargamento. Usted es muy rápida, tan rápida como una serpiente. Comprendió que tenía que obrar inmediatamente. «Venga a cenar esta noche —le dijo Ned—. Hablaremos del asunto ante los invitados». Aquella cena con otros invitados no le convenía a usted de manera alguna. «Me veo obligada a declinar su invitación para la cena —la imitación que hacía H. M. de la voz de mistress Noble era tan grotesca que resultaba horriblemente vivida—, porque no le soy grata a su hija y no me sentiré a gusto. Si voy, será preciso que no vayan sus otros invitados». Y consiguió usted que el pobre hombre hiciera lo que usted quería. Esa es una de las cualidades que usted posee. Realmente fue la voz de Ned la que habló con Horace y el doctor Rivers; por eso estaban los dos tan seguros. Pero Ned no podía hacer una cosa: no podía llamar a su hija y a la doncella para que abandonasen la casa. Mas usted estaba decidida. Si él no lo hacía, lo haría usted. Por consiguiente, hizo que su esposo la llamara, empleando una cruel mentira respecto a un falso accidente de automóvil; Louise se marchó, y más tarde la doncella. Ned (si recuerda la descripción que Louise hizo de su

comportamiento) debió de darse cuenta de lo que se trataba; pero no podía hablar por miedo a ofender a su señoría. Lo único que él desconocía y, por tanto, usted también, era que iba a haber otros tres invitados que serían una sorpresa para él. Por eso es por lo que nosotros tres nos cruzamos en medio de su plan.

Agnes Noble levantó las cejas.

—¿Mi plan? —dijo como un eco.

—Con la aspiradora.

—¡Pruébelo! —dijo mistress Noble, echándose a reír en su misma cara.

Más que una carcajada fue una especie de ronquido. Su sonrisa, escéptica, incrédula e inexpresiva, permaneció inmutable. Parecía decir: «Está tratando de engañarme, aunque en realidad no servirá de nada». Tan superior era la confianza que aquella mujer tenía en sí misma que Carey Quint experimentaba vehementes deseos de darle un golpe.

—Después, cuando ya estaba muerto —dijo H. M.—, llegué a admirarla.

—¿De veras, sir Henry?

—¡Hum! De veras. Tuvo que encerrarnos en la habitación, mientras usted trabajaba con la aspiradora...

—¡Qué interesante!

—Tenía usted que averiguar si nosotros encontrábamos algo raro o sospechoso en aquel *suicidio*. ¿Lo hizo? ¡Ya lo creo! Volvió a la casa, tocó el timbre y fingió gran sorpresa cuando se enteró de la muerte de Ned. Después, deliberadamente, me preguntó si estaba satisfecho con la teoría del suicidio. ¡Magnífica táctica, señora! ¡Hermosa táctica! Yo dije que estaba satisfecho con la teoría del suicidio...

Mistress Noble le miró con astucia.

—¡Claro que lo estaba usted! —dijo.

—¿Qué quiere decir con eso de «claro que lo estaba usted»?

—Cualquiera vería —observó mistress Noble— que siente usted una gran simpatía por miss Benton. Usted tenía miedo, desde luego, de que ella hubiese matado a su padre. Especialmente cuando no era su padre, sino su padrastro. Así que trataba, muy torpemente por cierto, de resguardarla sosteniendo que era un suicidio.

Fue un golpe, un golpe tan certero, que hizo enrojecer a H. M.

—Yo tendré algo que decir sobre esto —continuó mistress Noble— cuando haga la demanda por difamación. Estaba usted dispuesto a transigir con un crimen, y solo se decidió a llamarle asesinato cuando vio la oportunidad de acusarme a mí.

Carey pensaba: «¡Por el amor de Dios! ¡Por el amor de Dios! Tenga cuidado, o todavía se le escapará de las manos».

—La estoy acusando, señora.

—Pruébelo —repuso mistress Noble fríamente.

—Cuando Louise entró y nos dijo que iba a dedicar su vida a probar que se trataba de un asesinato, la desconcertó a usted. Su astucia la abandonó unos instantes y lanzó algunas acusaciones contra Louise. No muchas, porque se iba usted a ofrecer,

mediante una comisión, a disponer de la colección de animales que no existía. Eliminado Ned, estaba usted segura. Louise, menos que nadie, quería que se trajese la colección a Inglaterra. Ella estaría encantada con que dispusiera usted de los animales en la forma que tuviese por conveniente. Ese era otro plan brillante, y dio resultado. Por mucho que odiase a Louise, no podía llevar su antagonismo tan lejos. Pero quien verdaderamente la desconcertó fue Madge Palliser. Ahí fue donde usted patinó. Por muy superior que trate de hacerse un hombre o una mujer, su imaginación es la que suele jugarle malas pasadas. Usted sabía el cuento del culpable que corría sin que nadie le persiguiese. Usted sospechó que Madge sabía algo, más de lo que en realidad sabía. No era que Madge hubiera casi adivinado lo de la aspiradora o que usted pensase que lo había hecho. Era otra cosa que, desde su punto de vista, era peor, mucho peor. ¿Recuerda usted lo que dijo antes que pensara en lo de la aspiradora? Hablando aún de los principios del ilusionismo, dijo: «Se pretende que hay una cosa cuando no la hay. Después, por supuesto, es preciso ocultarlo». Ella lo dijo con la más completa inocencia, señora; pero en sus oídos sonó como una sentencia. Leyó usted en sus palabras todas las miradas de reojo y todas las segundas intenciones que pone usted en las suyas. Pensó que hablaba de la colección de animales que no existía. Creyó que insinuaba que, adivinando, se había acercado tanto a la verdad, que con un poco más lo sabría todo. Por eso la muchacha tenía que morir.

—Pruébelo —dijo mistress Noble.

—Hizo usted su primera tentativa aquella noche, deslizándose en el interior del Isis Theatre (el plano completo del teatro se publicó en el *Picture Post*), y abrió la llave del gas. Aquello fracasó; pero usted es una mujer terriblemente constante, mistress Noble. Usted no ceja nunca. Por eso hoy realizó un nuevo intento con la cobra. Entonces llegó usted a tener la seguridad de que la muchacha lo había descubierto todo. ¿Por qué? Porque cuando fue usted, a toda prisa, esta mañana a la casa del director, la encontró mirando dentro del armario en que se guardaba la aspiradora. Ella ha manifestado que tuvo la impresión de que alguien la estuvo mirando. Usted hubiera aprovechado la oportunidad que se le presentaba de atacarla allí, en aquel momento, en una casa vacía; pero la joven tenía una pistola en la mano, una pistola que había cogido del armario. Y las pistolas pueden resultar muy desagradables, aunque estén en manos de personas que no saben usarlas. Así es que, con intervalos en los que me molestaba a mí y molestaba a Masters, concibió usted la idea de utilizar la cobra. Tal vez fuese la presencia de su esposo en este lugar lo que le sugiriese esta brillante idea, tan brillante como las demás.

De nuevo mistress Noble arqueó las cejas.

—¿La presencia de mi esposo?

—Naturalmente —dijo H. M.—. Él andaba detrás de usted en su habitual estado comatoso. Nadie, a excepción de Ned Benton, le había visto jamás, así que no podría ser reconocido. Pero Carey Quint se fijó en él aquí, en la Casa de los Reptiles, cuando entrábamos en procesión por aquella puerta para realizar un experimento con una

pequeña cobra de ocho pies.

Corriendo peligro de golpearse la cabeza, Carey se enderezó. Ahora recordaba.

Recordó al doctor Rivers mientras los conducía hacia aquella puerta, diciéndoles: «Entren». Recordaba el rostro de Rivers, iluminado por el resplandor del departamento de la tarántula. Recordaba, ahora claramente, a un hombre grueso, de cierta edad, de aspecto abotagado, tocado con un sombrero verde, que miraba estólidamente el iluminado departamento por encima del hombro del doctor Rivers.

Aquella imagen, confundida en su mente con el brillo de las luces y el cristal, se fijó allí, en un momento en que el peligro se cernía sobre ellos. Aquel era el rostro de la fotografía que encontrara en su piso. El hombre de aspecto marcial, el capitán Noble.

Pero Agnes Noble tenía algo que decir sobre esto.

—¿Insinúa usted, sir Henry, que mi infortunado esposo tiene algo que ver con el asunto de la cobra que se dice atacó a miss Palliser?

—¡Oh, no! —dijo H. M.

—Entonces tenga la amabilidad de decirme qué es lo que insinúa.

—Todo lo que hizo —repuso H. M.— fue recibir órdenes de usted. Él telefoneó a Madge Palliser al despachito, le dijo que era Master y la hizo salir de allí. Usted había realizado ya su feo trabajo.

—¿Feo trabajo?

—A usted le dan miedo las serpientes, ¿verdad? —preguntó H. M., mientras los ojos de mistress Noble se desviaron un poco—. El doctor Rivers nos lo dijo. Pero no tenía usted necesidad de acercarse a la cobra; todo lo que tenía que hacer era introducirse por detrás de la cortina de arpillera —H. M. se volvió de repente y señaló la cortina tras la que se encontraban ocultos Madge, Carey y Louise— y abrir la puerta del departamento de la cobra que daba al pasillo. Cuando la serpiente salió y se deslizó hasta los radiadores, usted estaba ya preparada para empujar a Madge Palliser. Pero, de todos modos, fue una perfecta tontería, porque la vieron.

—Eso es mentira —dijo mistress Noble sonriendo.

—¡Oh, no! —replicó H. M.—. Un chicuelo de ocho o nueve años la vio a usted en la semí-penumbra y la confundió con un hombre.

Mistress Noble movió ligeramente una mano.

—El chico —continuó H. M.— dijo que llevaba usted unas grandes botas y un bombín. Masters pensó que se trataría de un guardia. Pero los chiquillos no hacen distinciones entre botas y zapatos. El muchacho no quería decir eso. Quería decir botas. Y usted, señora, cuando vino aquí esta mañana, llevaba un traje de montar.

A excepción del ligero zumbido que había en el aire, el vestíbulo de la Casa de los Reptiles estaba tan en silencio como las profundidades de una caverna. Carey no veía el menor rastro de Masters ni del doctor Rivers.

Mistress Noble se encogió de hombros.

—Está usted mintiendo —dijo—. Y no puede engañarme. ¿Qué piensan de todo

esto sus amigos de la Policía?

—No están de acuerdo conmigo en lo que voy a hacer —respondió H. M.—. Es decir, si usted no quiere contármelo todo.

—Esto es una completa estupidez —dijo mistress Noble—. Yo hago de mi vida lo que me place. Contesto a las preguntas cuando quiero y hago que la gente conteste a las mías. Esa es mi manera de proceder; siempre lo ha sido y tengo la intención de que continúe siéndolo.

—Muy bien —dijo H. M.

Aunque pálida de ira, mistress Noble continuó hablando con voz tranquila:

—Si tiene usted que añadir algo más, tenga la bondad de decírselo a mi abogado. Me temo que, lo quiera o no, tendrá usted algo que decirle. Cuando termine con usted, señor mío, desearé... —se detuvo—. ¿Puedo preguntarle qué es lo que va usted a hacer ahora?

—Vamos a hacer una prueba —dijo H. M.— que no es un engaño.

En uno de los lados, a lo largo de la pared e iluminadas claramente por la luz de los departamentos vacíos, veíanse alineadas las cajas de madera y los sacos de lona, de los que se desprendía una desagradable sensación de vida. Carey, con la espalda dolorida, sintió un escalofrío. Oyó que Madge contenía el aliento.

Aunque no podían ver el rostro de H. M., percibían lo que hacía, con la sensación de que el mundo marchaba al revés. Cogió uno de los sacos de lona, quitó la cuerda que ataba la boca y, con un fiero gesto de repugnancia, lo vació, dejando caer al suelo una serpiente de cascabel, con manchas romboidales en el lomo.

El crótalo fue a parar a los pies de mistress Noble. Era una masa que se retorció en el suelo, destacando sus anillos casi negros sobre el luminoso pavimento de cristal.

—Me han dicho que Ned Benton —dijo H. M. con el rostro pálido, según pudieron ver cuando se volvió, aunque su voz continuaba serena— solía hacer esto. Vamos a probar ahora con una mamba negra.

Paralizados por el horror, Madge y Carey se echaron hacia atrás, pero la mano del último mantenía aún descorrida la cortina que cubría la abertura. Deliberadamente, H. M. levantó una caja de madera clara, con pequeños respiraderos, y la arrojó contra el suelo, donde se hizo pedazos con un golpe seco. La mamba verde oliva apareció entre los restos de la caja, retorciéndose y agitándose a los pies de Agnes Noble.

Mistress Noble comenzó a chillar.

Su rostro estaba ahora amarillo como la cera, y bajo los arrugados párpados, sus ojos castaños con reflejos de cobre parecían moverse como si estuvieran dotados de vida propia. La cola del crótalo, tan gruesa como el brazo de mistress Noble, se agitó hasta golpearle los pies.

—Les tiene miedo —dijo H. M. con fuerte voz—. Yo también; pero vamos a ver quién puede resistir más, mientras...

Carey creyó que debía ponerse a gritar. Sin embargo, sus palabras a Madge eran poco más que un murmullo; cada sílaba parecía golpearle la cabeza.

—Deben de tener arrancados los colmillos...

—¡Oh, no! —dijo Louise Benton con voz clara.

Carey no pudo acabar de comprender la expresión de su rostro, que se distinguía vagamente en la oscuridad.

—No les han arrancado los colmillos. Son tan peligrosas como siempre.

Un desagradable silbido, más repulsivo por su misma languidez, se elevaba en el espacio, donde los grandes anillos del crótalo parecían fundirse con el diabólico fluido que emanaba la mamba. Se abrió la puerta del pasillo situada en el centro de la pared de la izquierda. El inspector Masters, con expresión de demente, intentó salir, pero retrocedió al punto al ver lo que tenía delante.

—¡Por el amor de Dios, no siga, señor! ¡No...!

—Ahora, vamos con la cobra —rugió, implacable y fiera, la voz de H. M., contestando al inspector—. ¡Váyase ahí dentro, Masters, y cierre la puerta!

Agnes Noble trató de adelantar un paso; trató de atravesar el en apariencia ancho espacio de cristal iluminado, pero le fue imposible moverse. Masters retrocedió y la puerta volvió a cerrarse. Se oyó crujir el muelle de la cerradura.

—¿Le gusta, señora? —dijo H. M.—. ¡Qué criaturitas más encantadoras!, ¿verdad? ¡Mire la cobra africana de ocho pies de larga! Madge Palliser se divirtió mucho cuando usted la arrojó contra la cobra. Y ahora, señora, usted y yo debemos esperar a que ellas se muevan.

—¡Le mataré! —exclamó Agnes Noble con una voz que difícilmente pudieron reconocer—. ¡Si Dios me ayuda a escapar de esto, le mataré!

—Lo que me parece más probable —declaró H. M.— es que ellas nos maten a nosotros. A no ser que tenga usted algo que decirme.

—¡No tengo nada que decirle!

—Observe a la cobra africana —sugirió H. M. Podían ver cómo le corría el sudor por el rostro—, y tenga cuidado con ese crótalo. Creo que va a...

El silbido de la serpiente de cascabel, un silbido suave, parecido al repiqueteo de un zumbador eléctrico, fue lo que acabó de destrozar a Madge Palliser. De haber permanecido allí más tiempo, se habría puesto mala. Aturdida, se volvió, lanzándose fuera del departamento, dándose un golpe en la cabeza con el borde de la puerta y saliendo finalmente al pasillo.

Carey la siguió. Cogió entre sus brazos el tembloroso cuerpo y lo estrechó fuertemente contra su pecho. El próximo silbido que escucharon fue el de una bomba, que cayó tan cerca de allí que las luces se amortiguaron durante unos momentos. Sin embargo, estaban tan ciegos para todo lo que sucedía fuera del vestíbulo de la Casa de los Reptiles que apenas si se estremecieron. Louise Benton ni se movió.

Arrodillada en el interior del departamento del lagarto, sujetando con una mano la cortina de arpillera, miraba fijamente lo que sucedía al otro lado.

Oyeron la voz de Agnes Noble balbuciendo una confesión que casi no se entendía. Oyeron chasquidos y disparos de revólver, una confusión indescriptible en

la que se mezclaban la voz de Masters y el ruido de pasos con el ruido de unas sacudidas, que hacían que Madge se encogiera aún más.

Luego se produjo un profundo silencio, solamente quebrado por el lejano y débil tumulto del cielo.

El vestíbulo de la Casa de los Reptiles pareció llenarse de policías, que se materializaron en los lugares más inesperados.

Y sir Henry Merrivale, encendiendo un cigarro, se dirigió pesadamente hacia el pasillo, exhaló un suspiro de tristeza y declaró que todo había terminado.

EPÍLOGO

El domingo 8 de septiembre amaneció con un cielo despejado sobre los escombros y el humo que señalaban el comienzo del ataque.

Era solo el comienzo; habría de acercarse aún más; traería consigo el terror y la tragedia. Pero el pequeño grupo reunido en la sala de Louise Benton, que tomaba café preparado por ella, no podía hablar más que de la captura de un asesino.

Louise se dirigió a H. M.

—¿Era cierto lo que dijo aquella mujer? —preguntó—. ¿Pensó usted en algún momento que yo pudiera ser culpable?

El gran hombre se acomodó en una butaca y miró a la joven por encima de su taza.

—¡Vamos, vamos! —gruñó, mientras soplaba el café con la delicadeza de una dama, para tragárselo después con la velocidad de un ogro.

Horace Benton, un poco a disgusto en el asiento de la ventana, carraspeó.

—Me parece, amigos —observó—, que mucha gente pensó que yo era el culpable.

—Eso son tonterías, Horace —dijo Louise.

—Sin embargo, soy un canalla —declaró Horace de repente—. Estaba en el prado la otra tarde, cuando oí un disparo de pistola y pensé que el pobre Ned se había suicidado...

—¡Por favor, Horace!

—Tengo deudas —continuó Horace Benton—. No he de negar que un legado en el testamento de Ned me habría ayudado a salir del apuro. Cuando oí aquel disparo, pensé por un momento... ¡No importa! ¡Bien sabe Dios que nunca deseé ningún mal a Ned! Pero tuve ciertos pensamientos, y mi conciencia no me ha dejado tranquilo. Desde entonces no he hecho más que temblar.

El doctor Rivers, que paseaba de un lado para otro con el rostro algo desfigurado por una ligera barba, se detuvo y torció el gesto.

—Si a eso vamos —declaró—, yo también tenía miedo de que mucha gente sospechase de mí. Míster Benton era un hombre rico. Yo no podía pedir a la hija de un hombre rico que se casara conmigo, solamente con lo que gano en mi profesión, a pesar de estar enamorado de ella. Pero tenía miedo de que la gente pudiera pensar...

—La hija de ese hombre —dijo Louise— puede pedirle a usted que se case con ella.

—Si alguien empieza a hacerse el amor en este lugar —gruñó H. M., alargando su taza para que le sirvieran más café—, me voy a tener que tirar de los pelos que no

tengo. Odio esas escenas y siempre me estoy metiendo en medio de alguna. ¡Brrr!

Madge Palliser, con su brazo enlazado al de Carey, le hizo un guiño, e inmediatamente se quedó muy seria otra vez.

—Verdaderamente, sir Henry —declaró Madge con la más absoluta sinceridad—, tenemos que darle a usted las gracias.

El gran hombre tosió con modestia; pero su aspecto denotaba tal satisfacción que casi se le saltó el pasador del cuello.

—¡Ejem!... ¡Bueno!... —y tragó más café.

—Lo digo en serio —insistió Madge—. Pero ¡la confesión que arrancó a Agnes Noble...! ¿No dirá que la consiguió usted con amenazas? ¿No recurrirá a los tribunales?

H. M. rió con silenciosa risa de vampiro.

—¡Oh querida! No será necesario recurrir a los tribunales.

—¿Que no será necesario recurrir a los tribunales? ¿Por qué?

—Porque —dijo sencillamente el gran hombre— hemos arrancado la confesión que deseábamos al capitán Noble. Naturalmente, él no podrá deponer contra su esposa, pero sus compinches dirán todo lo que él no pueda decir.

Madge y Carey se quedaron mirando a H. M.

—¿No tenía usted necesidad de la confesión?

Entonces, ¿por qué diablos —dijo Carey violentamente— dio aquel espectáculo de locos en la Casa de los Reptiles?

—¡Oh, no sé! —dijo H. M. serenamente—. En cierto modo, me gustaba arrancar una confesión a alguien que creía que eso era una cosa imposible. Y sobre todo, me di el gustazo de tratar a esa mujer en la misma forma que tanto le gustaba a ella tratar a los demás.

Madge le contemplaba con tal especie de temor que H. M. estuvo a punto de derramar el café por el placer que aquello le proporcionaba.

—De modo que no necesitaba la confesión —dijo la muchacha, que tenía alma de actriz—, ¿y, sin embargo, hizo ese horrible experimento de dejar sueltas unas serpientes vivas solo por..., bueno, por lo que pudiéramos llamar una justicia poética? ¡Eso le da todavía más valor!

—¡Bueno..., bueno! —dijo H. M., volviendo a toser con modestia.

—¡Arriesgó su vida —exclamó Madge— solo por...!

—¡Ejem..., bueno!

Louise Benton destruyó el encanto.

—Claro que fue algo maravilloso por parte de sir Henry —dijo sonriendo—. Pero si hemos de decir la verdad, no era verdaderamente peligroso.

H. M. la miró fijamente.

—Creo que no he oído bien —observó Carey después de una larga pausa, durante la cual el doctor Rivers también rió—. Dejó suelta una carga de serpientes venenosas bajo sus pies, ¿y dice usted que no es peligroso?

—Exacto —contestó Louise—. ¿No recuerda que una vez me hizo esa misma pregunta? Usted me dijo: «Suponga que una de las serpientes se escapase...», y yo le respondí que eso no hubiera importado. ¿Se acuerda?

—¡Sí! —contestó Madge, poniéndose una mano en la cabeza—. Fue en esta habitación el viernes por la tarde. Lo recuerdo.

—¿No comprende? —explicó Louise—. Las serpientes no pueden moverse sobre el suelo de cristal.

De nuevo se hizo el silencio.

—Es decir —añadió Louise, ampliando sus informes—, los movimientos de las serpientes consisten en una serie de ondulaciones. El cuerpo tiene que tener una superficie sobre la que pueda impulsarse, por medio de esta particular clase de movimiento, y el cristal es la única cosa que no puede proporcionárselo. Sobre él no puede moverse, no puede enroscarse, y, por consiguiente, no puede atacar. Lo único que puede hacer es dar golpes, igual que latigazos, como hacían aquellas serpientes. Se puede estar completamente seguro entre una docena de ellas mientras que...

Carey Quint comenzó a reír a carcajadas. Pero Madge, convulsa de ira, se volvió hacia H. M. El gran hombre estaba otra vez muy ocupado bebiendo café y mirándola de reojo en una forma que recordaba al pato *Donald*.

—¡Viejo diablo! —exclamó Madge.

—¡Oiga, oiga! —gruñó H. M.

—Después de todo —interrumpió el doctor Rivers—, ha proporcionado a ustedes una magnífica oportunidad. Louise me ha dicho que ha unido las casas de Quint y Palliser. Además, Louise me ha dicho también que, aunque no puedan abrir el teatro mientras duren los ataques aéreos, podrán hacerlo más tarde, con doble entrada y en comandita.

—Eso es cierto —dijo Carey orgullosamente.

Pero la romántica imaginación de Madge no se conformó con esto.

—¡Es usted un viejo diablo, taimado, astuto y calculador! —exclamó, señalando con el dedo a H. M.—. No digo que aquello no fuese capaz de destrozar los nervios a cualquiera, aunque las serpientes no pudieran moverse. No me extraña que el inspector jefe estuviera tan terriblemente asustado. Pero casi me hizo enloquecer, porque pensé que usted estaba haciendo algo noble, absurdo, desinteresado, y... ¡todo el tiempo —su voz era un rugido— no fue más que un astuto plan para demostrar a Agnes Noble que ella era incapaz de engañar tan bien como usted! No hay palabras para calificarle —levantó los brazos y tartamudeó—: ¡Es usted..., es usted...!

H. M. dejó su taza de café. Se puso en pie. Sobre su rostro apareció una expresión de gran serenidad. Bajó los párpados; hinchó el pecho con poderoso esfuerzo, como si fuesen a hacerle una fotografía, y luego, con ademán majestuoso, se golpeó el tórax.

—¡Yo soy... *el Viejo!* —dijo.

FIN



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo II de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Murió como una dama*, *Empezó entre fieras*, *Anda de noche*, *Hombre de oro* y *Se alquila un cementerio*. (Nota del E. D.) <<

[2] Señoras y caballeros: no habrá decepciones. El lector conocerá luego cómo funcionaba *Fátima*. <<